

JOSÉ C. SOTO

---

CUENTOS CRIOLLOS

---

EL

CAPITAN MORILLO

BUENOS AIRES

---

Establecimiento tipográfico de EL CENSOR, Corrientes 829

---

1889

## INTRODUCCION

---

Aparte de lo demás, á que me referiré, hay algo de simpático para mí en *El Capitan Morillo*. Es el dolor que fecundó un amor puro en un corazon digno de mejor premio.

Quizás por esto la pluma corre espontánea en estas líneas que me pide el autor de *El Capitan Morillo*, como para prestigiar con ellas su narracion fácil, amena y á veces galana.

Confesaré, sin embargo, que no creo en estos prestijios.

Las introducciones ajenas suelen ser como esas cáscaras con que se coloran ciertas confituras delicadas.

Los de buen paladar hacen de lado la

cáscara, é hincan el diente en el confite; que era éste mas no aquella lo que perseguia su apetito.

Las introducciones de Monsieur Guizot han sido leídas con avidez y con provecho, porque tan notable escritor hizo de ello una especialidad, robusteciendo con su autoridad de maestro la autoridad que en sí traían libros como los de Buckle, Gibbon, Motley y otros que hoy gozan de fama universal.

Bossuet esforzóse en imprimirle á la historia ciertos principios, los cuales se ajustaban á un preceptismo que pugnaba con los ideales modernos, llamados á desenvolverse fatalmente.

Yo desafío al autor de *El Capitan Morillo* á que lea,—si no es por via de curiosidad de bibliotecario,—la introduccion á la historia universal de Bossuet.

Lo mismo le digo de los análogos trabajos de Vico, de Hegel ó de Cousin, inspirados respectivamente en un preconcebido preceptismo que, no fundándose

en una aspiracion universal, á fuer de humana, debia de ceder con las escuelas á que dichos pensadores pertenecieron, y caer en el fondo del crisol donde se confunden todas las ideas, y de donde surjen los progresos en sus últimas fórmulas.

He de limitarme, pues, á manifestar mis impresiones respecto de *El Capitan Morillo*; que no á estudiar los tópicos de este trabajo, haciendo de estas líneas una especie de sinfonia la cual contiene los principales pasajes de la ópera.

Yo no he entendido jamás una sinfonia, ni aún la de *Traviata*; y eso que he sospechado vehementemente en ésta motivos suficientes sobre los *tristes* peruanos, despues que hube sabido que el General Santa Cruz se los preludió á Verdi, quien les dió el diapason con que suenan todavía en los organitos.

Verdad es que tampoco he entendido el argumento de la mayor parte de las óperas que con uncion tamaña resignéme á

escuchar en otros tiempos, cuando, sin nubes en mi vida, no contaba otros momentos difíciles que los en que debía aplaudir á algun renombrado tenor cuyo architipo se encuentra en el harem de Constantinopla; ó alguna virtuosa contralto cuyos *soles* denotaban á mis instintos idiotizados un pecho expreso para el éco con que Lady Macbeth pronuncia aquel *bemol* de:—«sé cuán dulce es amar al hijo que bebe nuestra leche; y bien!... yo arrancaria de mi seno los labios de mi hijo y le aplastaria el cráneo, si hubiese jurado hacerlo, como has jurado tu matar...!»

El asunto de *El Capitan Morillo* interesa, desde luego, la buena voluntad del lector.

Su autor ha tenido la feliz idea de romper el hielo buscando su protagonista en el soldado argentino, el mas digno de alabanza y el que menos ha llamado la atencion de nuestros romanceros, cuyos vuelos dominan las fantasías rebuscadas,

como si realmente les faltase el equilibrio para asentarse en la tierra é impregnarse del sentimiento de la patria.

No es mi ánimo hacer un cargo. Quizás denote con ello una enfermedad, de esas que se ponen á la moda, como lo presumia Sarcey.

Quizás la época se presta para ello. Tiempo hubo en que los alardes de un sentimentalismo exacerbado hizo estragos entre los literatos de mejor nota.

Se diria que nadie debia vivir en tierra firme, con las pasiones y con la envoltura humana.

El idealismo arrancaba la luz y el calor á la bóveda celeste, los furores á la profundidad de los mares, la quinta esencia á las desventuras mas abultadas, y hasta los vapores á las atmósferas, para descargar lluvia de lágrimas sobre una humanidad que refinaba lo romántico para liquidarse en lo etéreo.

Y se liquidó en efecto, porque,—para no hacer aquí historia de la literatura,—

una reaccíon nacida al favor de fuerzas que giraban alrededor del propio compuesto cuya estructura no era como para sostenerse en imponderables alturas, ocupó las vias de una filosofía positiva y esencialmente humana, incurriendo en excesos mayores que los que pretendia abatir; puesto que descendió á los bajos fondos sociales para poner á los sentidos en comunión diaria con los vicios y la degradación del ser moral, y exornar estas monstruosidades con los tintes de un naturalismo al que atribuían un mérito tanto mayor cuanto mas nauseabunda fuera la pestilencia que exhalaban.

Siempre hubo felizmente quienes condenasen semejantes desnudeces. Y como término prudente para no enajenarse la voluntad y los instintos mas ó menos pervertidos de las gentes que preferían tocar las desnudeces bajo la faz de lo agradable, surgió entonces una falange literaria que hizo suyo aquel conjunto de corrupción y de impudicia; con las galas

del arte doró lo feo, perfumó lo desagradable, y llamó á los sentidos con la mujer *al desnudo*, haciendo de ella el tema casi obligado de sus elucubraciones llamativas.

La mujer, tan digna de otros esfuerzos, vino á ser la marca de fábrica de esta nueva mercancía. servida únicamente á todos los que con la mujer deben seguir paso á paso la vida, así á través de los goces que dignifican el espíritu, como á través de las penas que solo ella sabe mitigar!

El argumento estaba indicado desde luego.—No era para levantar á la mujer que se tomaba el término medio vergonzante á que me he referido.—Era para seducir con las bellezas del desnudo.

No hay mas que fijarse en que el argumento explotado por esta literatura es casi siempre el mismo, á saber:—de cómo una mujer soltera, casada ó viuda, cae en el antro donde se revuelve la imaginacion de los que sienten fruiciones íntimas en presencia de un público que les pide co-

lores mas vivos y sombras mas pronunciadas para alimentar sus sentidos cada vez mas usados...

No son estas opiniones del momento.— Hace tiempo que así lo observé y que así lo escribí.—Y una prueba de que no soy el único que así lo ha observado en los libros, en el teatro y hasta en la escultura y la pintura, se tiene en que no hace mucho Mr. Quesnay de Beaurepaire, el presunto autor de la respuesta á *l'Immortel* de Daudet, hacíales á éste y á los de su laya los mismos cargos, esplicándoles de paso el porqué les falta títulos para ingresar en la Academia Francesa.

Sintiendo con su alma de patriota las desgracias de la Francia, el Padre Didon dijo poco antes, que las victorias de la Alemania se debian, mas que á la superioridad de su táctica y de sus armas, á los estragos que habia hecho esa misma literatura á que me refiero, corrompiendo la educacion y la mujer, la base y el porvenir de esa sociedad.

Debe creerse, por decoro humano siquiera, que hay un porvenir para las letras que dignifican las ideas á la sombra de las cuales se mantiene el quicio de las sociedades; levantan los sentimientos que enjendran las acciones generosas de los hombres, y rodean á la mujer de la aureola de pureza y de gracia con que debe brillar en el hogar para que el ósculo de los padres y de los abuelos selle la ley de Dios en la frente de los hijos bendecidos.

Buscar las inspiraciones en lo propio, con la promesa de mejorarlo, para que entre como factor de la moral, de la libertad y del bien, es obra trascendental, porque es semilla que fecunda aspiraciones literarias cada vez mas nobles.

Echeverria y Varela son los dos literatos y poetas de las generaciones venideras, porque localizaron las letras argentinas, tocando con mano piadosa el corazon de la patria y arrancaron de estas palpitaciones sus inspiraciones mejores.

Desde este punto de vista, *El Capitan*

*Morillo* aparece simpático al lector.—La escena y el protagonista tienen el colorido de la patria; y la trama se desenvuelve alrededor de dos corazones generosos, abiertos á un amor puro, pero á los cuales detiene la adversidad tronchando el vínculo que debió unirlos para siempre.

Esta adversidad decide de los pasos del protagonista, en las mejores mañanas de la vida, cuando se aspira los efluvios de una dicha cuyo recuerdo suele ser despues un tormento, solo comparable con la grandeza del alma que para el amor vivió.

Una de esas mañanas *Morillo* contemplaba desde las alturas de la Recoleta las aguas tranquilas del Plata.—Absorbido en sus amores, como aquel sublime Gilliat de *Los trabajadores del mar*, veía lejos, muy lejos, el ideal de su dicha; y en la soledad de su espíritu agrandábanse sus aficciones.

Los acordes marciales de la banda de Artillería sacáronlo de su éxtasis doloroso.

Aquellos soldados que, vistos por sus

flancos iban describiendo rectas distancias por la marcha mesurada; aquellos cañones cuyas bocas respondían por el honor de la bandera; esas armas que brillaban como relámpagos por sobre esas cabezas habituadas á erguirse entre los tremendos estertores de la batalla; esa columna de acero animada por la expresion del sacrificio adonde va el último como el primero de los que la forman, impresionaron vivamente su alma; y Morillo se acusó de haber desesperado cuando pensó en que los mejores títulos que podia deponer ante su amor, eran los que se crease ante aquella bandera que flotaba como una esperanza...

Morillo sienta plaza en el Regimiento de Artillería y se hace un soldado en tiempos en que nuestras armas no descansaban en los cuarteles de guarnicion ó en las continuas paradas, porque el tiempo urjía y era menester constituir la nacion, asegurar las fronteras, contener la anarquía y oponerse al extranjero invasor.

Su suerte está jugada, y Morillo confía en que alcanzará su cielo porque cree en Dios y en su amada.

En las fronteras, en el desierto, en las tremendas batallas del Paraguay, Morillo se distingue por la noble ambición de conquistar títulos para su nombre. Tiene sed de gloria. Sus lauros en la guerra serán los azahares para su amada.

Esta ambición lo alienta, lo vivifica, despeja las sombras que anublan su alma y le imprime la fuerza de los héroes.

Y anda!... anda envuelto en esta sublime sujeción de un ideal superior al que todo sacrifica, porque todo pende para él de un amor tan grande como el mundo que personifica su Cristina, esa mujer «de grandes ojos negros, que brillan bajo el arco de las cejas sombreadas por largas pestañas,» y que son la única luz en las noches de la ausencia; «cuyo cuello infantil, que él habría inundado de flores, se erguía en curvas deliciosas sobre un busto que servía de coronamiento

á un cuerpo flexible de vírgen americana»—para mostrársele en el momento de los combates pura, radiante, como evocacion celestial, y tocarlo en el hombro, y enseñarle el camino de la gloria, y... conducirlo en paroxismo amoroso á caer en cualquier sitio, con tal que ella viniese tambien á ese sitio y con sus manos cerrase sus heridas y con sus besos curase sus dolores!...

Y anda siempre, anda á paso de héroe hasta que la disyuntiva que Cristina le jurase de «ser suya ó de Dios», la resuelve por el último término uno de esos sinos implacables que condenan á ciertos seres de virtud excelsa, quienes presintieron que ni aún á costa de su amor inmenso les seria dado hacer en este mundo todo el bien de que se sentian capaces.

La borrasca azota entonces ese corazon y hace pedazos los altares donde ardía el fuego de la inmensa pasion del héroe. A la noche horrible, sin luz que la termine, sucede el vacío donde él gira entre

vértigos. La voluntad sucumbe en la lucha por una vida que ya no se estima; y el capitán Morillo llama á la muerte cuando en la hora de la amargura y del desamparo, á merced del vencedor, siente por la vez postrera el contacto de la mujer querida,—sombra fugitiva que baja hasta él para cantarle en lágrimas al oído é invitarlo á una vida mejor, en cuya inmensidad quizá puedan confundir un instante los tiernos écos de un amor tan puro como el primer beso que pensaron darse para sellarlo por siempre! . . .

Tal es el paisaje del *Capitan Morillo*. Luz que alumbra una senda hermosa . . . mas allá la cima cuyas suavidades alienan al corazón amante, y en medio del camino la piedra del infortunio, símbolo brutal del altar derruido! . . .

El autor ha puesto de relieve una pasión generosa para fundir en ella su héroe. El amor, fuente de armonía, luz divina que iluminó las tinieblas del caos y esparció en el mundo sus resplandores espléndi-

dos, y desató las borrascas legendarias, y exornó los poemas soberbios, los infortunios cruentos, los cataclismos irreparables.

Sin Cristina no existe el Capitan Morillo, no se funde el héroe, como sin Beatriz no se funde el autor de la Divina Comedia.— El autor de *El Capitan Morillo* imprime con vigor un tinte melancólico á la fisonomía de ese militar que se agranda en el peligro, y que tiembla á cada paso por la suerte de su amor al que se une su vida, como se une la vida de la flor del desierto con el rocío que fecunda su cáliz.

El tinte no será nuevo, pero no es por ello menos interesante, como que siempre produce el mismo efecto en el ánimo.— El lector comparte de esa melancolía, y se deja llevar del impulso simpático que despiertan esas heridas del amor las cuales constituyen un patrimonio humano. Siempre queda en el corazón un poco de fuego juvenil para regar con una lágrima los recuerdos íntimos ó los amores infor-

tunados. Yo lo he observado aún en hombres en quienes menos predisposiciones se notaba á ese romanticismo del corazon.

Correjtamos con Sarmiento las pruebas de la traduccion que de la Eneida emprendió Velez Sarsfield, y que juntos publicamos. — Cuando llegábamos á las querellas de la reina de Cartago, desesperada de amor i de despecho ante la partida inexorable del divino Eneas; cuando Dido, mas bella que nunca, cae desde lo alto de su orgullo á implorarle á su amante unos dias mas, para no morir sin el mísero consuelo de probar si puede habituarse á vivir en su ausencia, y ante la inflexible voluntad del héroe troyano, le pregunta si las tigres de Hircania lo amamantaron, — Sarmiento me pasaba el libro para que yo leyese, porque se conmovia á punto de no poder contener dos lágrimas sencillas. Eran los veinte años de ese corazon, reverdecidos con el recuerdo. El anciano, á dos pasos de la

sepultura, sentia con las grandes pasiones, porque estaba por su espíritu, á dos pasos de la juventud.

De otra parte, *El Capitan Morillo*, por la filiacion, por la escena, y por la natural simpatía que una y otra encarnan, quedará incorporado á los objetos que lleven nuestros batallones cuando redoblen los tambores, y con el pensamiento en la patria y la confianza en Dios, nuestros soldados inicien las campañas, donde el sufrir suele ser el pan diario, y donde la muerte es dulce, cuando se ha tenido delante la sombra de los seres queridos, y las dianas preludian la armonía que se aspira, como el éco de la posteridad en que se vivirá.

Como lo dije al principio, es toda una novedad eso de tomar al soldado argentino como tema de un romance. Lo que en otros países, en Francia y en Alemania principalmente, da el tema casi diario, nosotros lo hacemos de lado.

Solo por incidencia nos ocupamos de

los episodios nacionales, de los héroes que quedan olvidados, ó de los próceres que se antoja creemos imposibles.

En cambio narramos episodios estraños y exaltamos otros héroes, y creemos de buena fé,—es de suponerlo,—que en ello y nada mas que en ello está el ejemplo á imitarse. Solo así se explica lo poco familiarizados que están los jóvenes con nuestros hechos de armas y con nuestros hombres. Cualquiera conoce con mas propiedad á Murat que á Necochea; á Ney que no á las Heras; á Cambronne que no al Sargento Cabral.

El Coronel Garmendia ha sido uno de los pocos que ha roto este hielo. Sus *Episodios del Paraguay* y su *Cartera de un soldado* son páginas palpitantes donde titila—como Syrus—la gloria de la patria. Estos libros han dado á su autor la reputacion á que es acreedor; y serán los compañeros del soldado en las largas noches alrededor del fogon, cuando las nieves predisponen á la melancolía que

trae la soledad del espíritu, y cuando las penalidades se agrandan porque no se tiene delante la prueba de que mayores las sufrieron otros tan dignos.

Han de pasar los tiempos y cuando los nietos abarquen con las miradas del alma el país de los abuelos, encontrarán el tipo de la abnegacion, la expresion del sacrificio, la humilde pero exelsa personificacion de la virtud en el soldado argentino; héroe desde hace un siglo, á través de cinco generaciones que se trasmiten el culto sagrado de la patria.

El ejército argentino fué siempre la expresion del pueblo argentino. El soldado vivió siempre de la comunion de la patria, personificada en el derecho del pueblo y en la majestad de las leyes; á diferencia del de otros ejércitos que la personifican en el hombre coronado cuya majestad se antepone al derecho y á la ley.

Partiendo de este órden de ideas, que no son, pues, inspiracion del momento, trabajé *Los números de línea del Ejército*

*Argentino*, ó sea la filiacion histórica de nuestros batallones y regimientos, desde los primeros dias de la Revolucion de 1810 hasta nuestros dias.

Aunque circuló en tiempo en que ya comenzaban á cotizarse en la Bolsa muchas y muy muchas cosas en amigable consorcio con los papeles de gran valor pecuniario, la edicion se agotó prontamente.—¿Por el mérito real del librejo? No señor; por el propósito patricio que le servia de excusa, y que motivó la simpatía de los jóvenes militares que vinculan su vida á la suerte de la República.

A mejor título, *El Capitan Morillo* circulará entre los militares, y seguirá las marchas, y bajará á los valles, y ascenderá á las cumbres, y servirá de dulce solaz, cuando no de diáfano espejo, en la hora de las expansiones y del recuerdo, en que el espíritu se va lejos... muy lejos... y las miradas penetran en la oscuridad del campo; porque de allí viene la sombra querida que cierra los párpados con una

promesa que vale un mundo, ó entre una lágrima que simboliza la perpetuidad del dolor.

Libros de esta índole encierran suaves estímulos para el soldado, que no los tiene en nuestro país.

Henchíase mi alma al presenciar el desfile de una revista militar el 14 de Julio en París. Cincuenta mil soldados de la República recibían la ovación de enormes masas de pueblo que rodeaban esas columnas, conmovidas de entusiasmo, como en un día de batalla.

El pueblo tenía écos diferentes para exaltar con su gran voz á cada uno de los batallones y regimientos. ¡ Viva el cañón de la patria ! ¡ Viva la infantería ! ¡ Vivan los coraceros ! ¡ Vivan las banderas ! exclamaban trescientas mil bocas humanas, impregnando aquella atmósfera con los alientos del patriotismo.— Las banderas de la República se bajaban para rendir homenaje al rey-pueblo, y los viejos militares como los modernos conscriptos, las damas, y las últimas como las primeras clases sociales que

allí se daban cita, eran movidos por un mismo sentimiento que denotaba la fibra generosa de un pueblo digno de levantar muy en alto sus derechos.

Yo recuerdo haber visto en otro tiempo escenas semejantes en mi país.—Para que puedan presenciarlas nuestros hijos, nacidos en esta época de transfusion y de transformismo, de cartajinismo y de gringacia, no se requiere mas que la voluntad de sentir con la patria.

Despertemos esa voluntad dando con ello tema inagotable á nuestra literatura; y alentamos á los que, como el autor de *El Capitan Morillo*, emplean su inteligencia y su pluma en obra que á la larga ha de asimilarse fuerzas muy superiores á las que vejetan en la inaccion ó el desencanto. Estos son atributos de la decrepitud ó del escepticismo; y nuestro país no ha salido todavia de la infancia, ni tiempo ha tenido de creer en todo lo que debe guardar. Adelante!

ADOLFO SALDÍAS.

## Del Coronel Garmendia

---

Señor D. José C. Soto

Mi antiguo camarada:

*Ha sido una revelacion para mí su interesante folletín. Todo lo hubiera creído, menos tan distinguido escritor que, con un estilo fácil y lleno de armonía absorbe al lector, llevándolo impaciente á uno de los mas funestos desenlaces de aquellos episodios de mártires, que á cada momento tenían lugar en aquella inquisicion moderna.*

*El campo que ha elejido es vasto y patriótico, porque la memoria de los mártires y de los tiranos debe perpetuarse, ya sea por la pluma de Tácito ó de Suetonio, ya*

*por la novela, sin que se aparte en el fondo de la verdad histórica.*

*Sobre esto último le diré, que una de las causas del fusilamiento del capitán Morillo, además de su altivez natural, fué haberse negado un día á ir al trabajo diciendo «que en el ejército aliado los oficiales prisioneros no trabajaban como peones.» (Declaracion del sargento Dionisio Ibarra, prisionero de Acayuazá).*

*Y este bravo oficial murió valientemente como lo he descrito y como también Vd. lo dice.*

*Lo felicita otra vez su affmo. amigo.*

JOSÉ IGNACIO GARMENDIA.

---

## AL LECTOR

---

El autor de este *cuento* lo presenta sin pretensiones literarias. Lo hace solamente en vista de la aceptación que ha merecido de los lectores de «EL CENSOR», durante la publicación que en folletín apareció en este diario, bajo el seudónimo de *J. C. Wald*.

Es el tercero de una serie que en esa forma han visto ya la luz pública y que se editarán más adelante junto con otros que tiene en preparación.

Debe hacer una declaración: en «El Capitán Morillo» como en «Picardía», si bien ha tratado de sujetarse en las líneas generales á la verdad de los hechos en que

se desarrolla el episodio, no se sujeta á una exactitud rigurosamente histórica.

Queda para otros mas competentes y mejor preparados esa tarea; por su parte se concreta á presentar una narracion sencilla, tal como pudiera hacerse al calor del fogon entre personas que no son literatos.

EL AUTOR.

---

# EL CAPITAN MORILLO

---

AL CALOR DEL FOGON

---

**A orillas del Rio Negro**

---

Por fin se mandó hacer alto. Se habia echado diana en *Chel-Voró* á las 6 a. m. del 4 de Junio y ya se iban perdiendo en el lejano horizonte de la Pampa los últimos celajes vespertinos, cuando la corneta del Estado Mayor hizo oír la deseada señal de detener la marcha.

Habíamos llegado á la laguna *Cayupí* á dos horas al Norte del *Chichinal*, término de nuestra jornada, y á fé que ya era tiempo.

El termómetro de Mr. Ebelot marcaba 8° bajo cero y el agua en la orilla de la

laguna era necesario *romperla* para servirse de ella.

Lo peor de todo es que escaseaba la leña, porque empezábamos á separarnos del Valle del Rio Negro y entrábamos en la region de las altiplanicies.

Segun el itinerario de los ingenieros, habíamos recorrido once leguas: es decir, mediaba esa distancia del punto de partida al sitio en que nos encontrábamos, haciendo el cálculo matemático, en línea recta; pero nuestras respectivas humanidades protestaban contra la exactitud de los instrumentos.

Once leguas de jornada en pleno desierto por derroteros desconocidos, á marcha lenta, por terrenos vírgenes de planta civilizada, ó de otra manera, doce horas de marcha al trote y al tranco, bastan para rendir á cualquier naturaleza que no sea un indio ó un gaucho, que ahí no mas se van en eso de vivir sobre el caballo.

Cuando se enarboló la tienda, se hicieron las camas y se encendió el fogon; sin

que mediara invitacion de ningun género. nos encontramos rodeando á aquel en círculo tan estrecho, que nuestras manos cubiertas de gruesos guantes de vicuña, hubieran podido estrecharse por encima de la hoguera, sin gran esfuerzo.

Alguien dijo que íbamos á permanecer acampados algunos dias, lo que dió lugar á que nos preparásemos á reponer las provisiones que empezaban á faltar; ese fué nuestro primer cuidado, pero tan pronto como circuló el mate, el mayor Córdoba dijo con aire solemne.

—Señores: es preciso no olvidar *la ley del fogon*.

—Es verdad, repetimos todos en coro.

—El comandante Ipola tiene la palabra, dijo el mayor Fábrega, que la habia dejado en el campamento anterior.

Pero antes de continuar diremos lo que se entendia por *la ley del fogon*.

Algunos oficiales del Estado Mayor del ejército expedicionario al desierto, se habían reunido y formado una especie de

sociedad para hacer mas soportable la vida de campamento y socorrerse en caso necesario, constituyendo al efecto una caja comun, con la cual atendian al servicio de provisiones de boca y de abrigo, que eran las mayores necesidades que se dejaban sentir en una campaña tan cruel por la falta de recursos y el dilatado alejamiento de todo centro poblado.

Entre los compromisos que constituian los estatutos de aquella asociacion, entraba en primera línea el deber que cada uno contraía de contar por turno algun cuento ó episodio que alimentara por algun tiempo el hambre de sociabilidad que se siente en medio de la vida animal de campamento.

El comandante Apolinar de Ipola era un antiguo oficial de artillería; español de origen y argentino por adopcion, era valiente y muy instruido, teniendo como único defecto el ser demasiado conversador.

El trato, la compostura y la sobriedad

de palabra de sus compañeros, le habían correjido un poco su intemperancia de lengua; así es que, cuando le recordaron su turno á la *ley del fogon*, se llevó la mano á la frente, como evocando recuerdos y ordenando ideas, en cuya posición permaneció algunos minutos.

Mientras tanto, al lado de la *pava* se había colocado un puchero en el que hervían algunos trozos de *charqui* que saltaban en el caldo de arroz, el cual constituía todo el condimento de aquel potage.

La luna se mostraba sobre el horizonte en medio de un cielo límpido y sereno; se preparaba una helada polar; era el primer día de menguante: los rayos del astro penetraban al campamento á pesar de la densa nube de humo de sus quinientas hogueras.

Había cesado el martilleo que asegura las estacas de las carpas y solo se oía ese rumor de enjambre que se siente donde hay mucha gente reunida en ciertas condiciones de orden.

Todos esperábamos con el cigarro encendido, cuando el comandante Ipola, haciendo un movimiento de cintura que le era peculiar y sin cambiar de posición, empezó á decir así:

∴

Terminada la campaña de 1861 y después de la jornada de *Pavon* y del combate de *Cañada de Gomez*, el primer regimiento de artillería ligera recibió orden de volver á la guarnición de Buenos Aires de donde habia salido en el mes de Julio del año anterior.

Cada vez que ese cuerpo volvia á su cuartel del Retiro, recomenzaba la tarea interrumpida al ponerse en campaña, de instruir aspirantes, para con ellos llenar los claros que hacia la guerra en los cuadros de oficiales, no solo en ese regimiento sino en todo el ejército.

De allí salieron Levalle y Dónovan para la infantería, Villegas para la caballería,

Supisiche y ambos generales Viejobueno para la artillería ó el Estado Mayor.

El alma de esa instruccion era el coronel Viejobueno, mi paisano, tronco en América de la familia de ese nombre.

Era un antiguo militar de escuela, que seguia al pié de la letra el axioma de Napoleon el Grande: de que las tropas se preparan en la paz para probarlas en la guerra.

Tan pronto como volvia á la guarnicion, empezaba á reunir en el cuartel cuanto jóven decente creía encontrar con disposiciones y carácter para militar.

Era su neurosis: en esto era infatigable; parecia que además de su natural propósito de dotar de buenos oficiales al regimiento de su mando, habia en aquella tarea algo mas que el interés del Jefe: se hubiera dicho que un sentimiento delicado de cariño, casi paternal, lo impelia á servir de proteccion á una porcion de jóvenes que, por cualquier razón, en un momento dado, se encontraban sin familia, sin

tutor y sin amparo, espuestos á abandonar se en la edad mas peligrosa de la vida.

Cuántos que él salvó tendiéndoles una mano protectora, llegaron mas tarde por el camino del honor y de la gloria á vestir los entorchados de general!...

Es preciso tener en cuenta que entonces no habia colegio militar y que los oficiales se instruian en los cuarteles, ya por imposicion de los jefes superiores, ya por iniciativa propia.

El cuartel del regimiento de artillería mientras su direccion estuvo á cargo del coronel Viejobueno, era una especie de colegio, algo como una universidad menor; no solamente se estudiaba en él el arte de la guerra, sino que habia oficiales que estudiaban derecho y se hacian juriscultos de fama, conquistándose los honores del mármol de la posteridad, como José Maria Moreno.

Era la iniciativa inteligente, recta, moral y protectora del dos veces Viejobueno, que daba sus frutos...

## Manteo de ingreso

Finalizaba el año 1862, y llegábamos de un ejercicio de fuego en Palermo, de aquellos que de tiempo en tiempo conseguia realizar el jefe, despues de vencer mil dificultades con la Inspeccion General de Armas para la provision de cartuchos de fogueo.

Los escuadrones y compañías se habian retirado á sus respectivas cuadras y los oficiales nos dispersábamos por los cuartos del pabellon central y los escaños de las galerías exteriores, tomando las posiciones mas cómodas, si bien no las mas académicas.

Me acuerdo perfectamente que era en verano...

Los que escuchábamos al comandante Ipola suspiramos pensando en lo felices

que nos hubiéramos sentido si reinara esa estación.

El termómetro de Mr. Ebelot marcaba 9° bajo cero, dentro de la carpa!..

Ipola continuó. El día había sido excesivamente caluroso y el bochorno y la fatiga consiguiente á cuatro horas consecutivas de maniobras nos tenían postrados, esperando en silencio la hora en que el corneta de guardia hiciera con tres puntos altos, la señal de ir á la mesa.

Por mi parte, acostado en el banco mas inmediato á la guardia de bandera, soñaba con las brisas perfumadas de mi país natal, la isla de León, y con los ojos cerrados veía hundirse el sol en el Océano, que lamia á mis piés las rocas de la costa; veía en mi fantasía rodeado el disco de fuego, con todas las galas de la luz!

Era una puesta de sol en los trópicos!... Mientras tanto fumaba con una especie de beatitud franciscana, un honrado hamburgués con pretensiones y exterioridades de habano.

Ya haria un cuarto de hora que usaba la posicion que ha dado nombre despues á cierto género de damas, cuando noté un cambio de palabras entre el próximo centinela y un jóven de apariencia decente que pugnaba por penetrar al cuartel.

El centinela concluyó por llamar al cabo de cuarto, éste por dar cuenta al sargento y el sargento por llamar al teniente Badie que estaba de guardia, quien impuesto de las pretensiones del desconocido, lo hizo entrar y lo anunció al comandante Viejo-bueno.

Confieso que sin saber lo que el jóven pretendia, ni quien era, me fué desde el primer momento simpático.

Los antiguos creían que cada individuo está envuelto en una atmósfera de animalículos invisibles que le es propia, determinando la aproximacion á otra persona la fusion de las dos irradiaciones, las cuales combaten ó se unen confundándose, de lo cual resulta la repulsion ó la simpatía entre los individuos, segun sus

átomos respectivos, se hayan ó no peleado.

Los modernos espiritistas creen en el *periespíritu* que es algo análogo...

—El mayor Córbova tosió, el alférez Urtubey se permitió estornudar, y los demás entonaron el pecho.

El comandante Ipola se apercibió de las demostraciones de la barra y, como para tranquilizarla, añadió un poco picado:

—No voy á disertar sobre el fenómeno de la simpatía, aunque sé y comprendo que la puede haber de varios géneros y relacionarse con los afectos, las inclinaciones, el temperamento... ó puramente naturales como las del imán con el acero... ó diplomáticas, ó políticas, como las nuestras por el Perú en la guerra con Chile, ó fisiológicas... ó patológicas...

Los murmullos del auditorio empezaron á amenazar tempestad... Ipola se detuvo, temió una demostración contundente de la *claque*, reflexionó y volvió á tomar filo-

sóficamente y sin inmutarse el hilo interrumpido de su cuento.

—Nadie le conocia: se dijo que queria á todo trance hablar con el jete; alguien creyó haberlo visto en Palermo, durante el ejercicio, leyendo al parecer una carta, pero su nombre y condiciones eran completamente desconocidos.

Se le hizo pasar á la mayoría y allí fué recibido por el comandante, quien en ese momento discutia con los jefes de escuadron una evolucion que no habia sido hecha con la perfeccion que él exigia.

El comandante Viejobueno, como la mayor parte de los artilleros de raza antes del perfeccionamiento de los cañones, era algo sordo y no oyó bien las primeras palabras que le hablaba el desconocido; pero presintiendo algo interesante, rogó á las personas que estaban presentes que lo dejaran solo por un momento.

No se lo hicieron repetir por cierto, deseosos como estaban de poner punto final á una discusion que habia empezado en

el campo de maniobras, y que amenazaba continuar en el cuartel, en la mesa de instruccion, por un tiempo indefinido.

Dos minutos despues se cerraba la puerta de la mayoría para proseguir una conferencia que duró mas de media hora.

Muy interesante debió ser, cuando el comandante, olvidando que se le esperaba para sentarnos á la mesa, seguia sosteniendo una conversacion que; por muchos comentarios que hicimos, no pudo explicarse satisfactoriamente.

Al fin, se abrió la puerta; el jefe llamó al comandante de cuartel y le dijo.

—Ordene que se dé de alta, en la primera compañía del primer escuadron, en calidad de aspirante, al señor don Santiago Morillo.

¿Qué habia pasado entre el comandante Viejobueno y el joven Morillo?

Nadie lo sabe; jamás se habló de ello, pero alguna escena muy tocante debió ser por el estado de trémula excitacion que se notaba claramente en el novel aspirante,

asegurando al alferez Nabor Córdoba que había visto correr una lágrima por el blanco bigote del viejo soldado de Ituzaingó...

Ipola guardó silencio por un momento como para coordinar sus ideas y prosiguió:

Estábamos á fines de Noviembre, de eso estoy bien seguro. Morillo era un jóven de unos diez y seis á diez y siete años de edad. Su cabeza, una cabeza ideal de adolescente, servia de remate á un cuerpo adulto enérgicamente conformado.

Si algun inconveniente se presentó para la admision, debió ser el de la edad, porque á pesar de la estatura su cara revelaba que era un niño.

No tenia absolutamente un pelo de barba, ni el mas ligero bozo sombreaba su boca, ni prometia sombrearla jamás; eso, la armonía del conjunto de sus facciones y la tierna expresion de su mirada, daban á su cara cierto aire de afeminamiento que

contrastaba marcadamente con el desarrollo y marcial apostura de su cuerpo.

Era alto, un poco cargado de espaldas, de formas atléticas, nervioso, arrogante y de maneras que acusaban cultura y elegancia nativas.

Se parecía admirablemente al mármol de Paul Dubois destinado al sepulcro del general Lamoriciere en Nantes, y que caracteriza el *valor militar*. Los que aquel mármol conozcan han visto su retrato.

Hablando se imponía por la naturalidad y la sencillez de elocución, la facilidad de encontrar la palabra que necesitaba, la persuasión que lo poseía de que hablaba con sinceridad, concluyendo casi siempre por apasionarse si era contrariado.

Entonces aquellos ojos de un verde oscuro intenso, pero llenos de candor, brillaban fosforescentes, despedían rayos; aquellas cejas que ordinariamente se tendían en curvatura dulce y apenas perceptible, se contraían en arco violento, dispuestas á arrojar dardos mortales.

—Me permite una interrupcion? dijo el alferez Urtubey.

—Diga, dijo Ipola visiblemente contrariado, sin esperar la opinion del que presidia.

—Bien, gracias. Era para observarle que el dardo no se dispara con arco; era una lanza corta que se arrojaba con el brazo...

—Creo, dijo Ipola, que no estoy disertando sobre el uso de las armas y que bien podian ser mas indulgentes siquiera en obsequio á la brevedad... Mire, no me tire la lengua sobre este punto porque voy á verme precisado á interrumpir mi narracion para hacerle la historia del dardo, desde el usado en la edad de piedra, hasta el *Dardo* de nuestros dias... exclamó con intencionada malicia.

—Basta, repitieron á una voz todos los del círculo aterrados por la amenaza!...

—Continúo, dijo Ipola con parsimonia, retomando el hilo de su discurso... Su palabra era un torrente desbordado: se

erguía como un gladiador triunfante en la arena del circo, su voz de timbre sonoro tomaba inflecciones de trueno y su brazo terminado en un puño formidable, se extendía horizontal como el de Ajax, hijo de Oiléo, desafiando la cólera celeste. Entonces la catástrofe era inminente. . .

Sin embargo, á pesar de sus ventajas personales y de la fuerza muscular de aquel cuerpo, que podía servir de modelo al Dios de la guerra, no abusaba de ella jamás: el carácter ordinariamente dulce de Morillo, disponía en su favor á los compañeros.

Aunque desde el primer momento fué simpático. . .

—Ya eso está dicho, interrumpió alguien.

—Señores, dijo Ipola: yo no soy Castellar para no repetir, pero debo hacer presente al incivil interruptor que lo que he dicho antes es que me era simpático y ahora digo que fué simpático á los demás, y prevengo, que si se me sigue interrumpiendo me retiró á la carpa. . .

El corro guardó un silencio profundo.

—Ipola continuó... Aunque desde el primer momento fué simpático, no por eso se vió libre de pasar por la prueba del indispensable manteo del ingreso...

El dia de su instalacion en la sala de los aspirantes nos habíamos pasado la palabra para la demostracion hostil de la noche. La costumbre exigia la mayor reserva: todo debia continuar como de ordinario hasta el momento que el aspirante Bourre, que tenia su cama al lado del pico del gas, lo apagara.

Dormíamos en la sala ocho aspirantes y todos habíamos pasado por aquel trance, resignándonos á sufrir la tormenta hasta la intervencion del oficial de semana.

Aquella noche, despues de cinco minutos de tinieblas y silencio, se oyó un golpe sordo en la pared del lado de la cama del aspirante Morillo. Era una tímida almohada que rompía el fuego.

—Bueno—dijo éste, ya lo esperaba; ¡vá una! y se quedó tranquilo.

Un segundo despues sonó un golpe seco en la misma direccion: Era una mochila que entraba en combate.

—Bien! dijo Morillo, van dos!! y volvió á guardar silencio.

Esta aparente resignacion alentó sin duda á la banda, porque casi en seguida una valija de cuero curtido siguió á los otros proyectiles y cayó pesadamente sobre el fuerte bombardeado.

—Bravo! y van tres! dijo Morillo abandonando la cama de un salto y tomando la ofensiva.

Aquello fué una batalla campal. Orlando furioso, no dejó una cama en pié: todas las echó á rodar: no quedó una silla entera, ni un servicio en estado de tal. El agua de los depósitos de los lavatorios vertida en el suelo, habia hecho del campo del combate un pantano; lamentos y protestas indicaban que habia heridos y contusos... Algunos juraban como condenados, otros pedian que cesara el fuego, mientras que no faltaba quien pidiera auxilio llamando al oficial de semana.

Cuando el capitán de cuartel se presentó, aquello era un campo de Agramante; nadie estaba ileso: los asaltantes habían sido rechazados con pérdidas, mientras que el asaltado permanecía de pie sobre un ropero, envuelto en una manta y esgrimiendo aún la pata trasera de una silla, sin que se pudiera averiguar cómo había podido escalar aquel mueble.

De las indagaciones resultó que él era completamente ageno al desastre; que acometido en su lecho, había ganado desde el primer momento las alturas de aquel guarda-ropa, desde donde había podido observar que sus contrarios, desconociéndose en las tinieblas, se habían destruido unos á otros, exactamente como el ejército asirio de Salmanazar, según la versión bíblica.

El asunto concluyó en la guardia de prevención donde fuimos á dormir todos en calidad de arrestados, menos el aspirante Morillo, cuyo carácter de agredido era imposible dejar de reconocer.

Al día siguiente ni el carpintero, ni el herrero del regimiento pudieron reparar los estragos de aquel siniestro.

Cuando después de la lista de la tarde fuimos puestos en libertad y volvimos á nuestra sala-dormitorio, encontramos asegurado en el mango de una escoba un cartel que decía:

¡Aquí fué Troya!...

*Sic transit gloria mundi...*

Algunas equimosis y cardenales que servían de testimonio visible de la pasada catástrofe, nos obligaron á guardar silencio, ó pedir la paz y sellarla con una reconciliación que no se rehusó.

El cartel fué destruido.

## El viento Norte

Pronto aquella naturaleza enérgica pero delicada, fué insinuándose entre los oficiales, adquiriendo hábitos de disciplina que lo hacían intachable en el cumplimiento de sus deberes en las horas de servicio, y admirablemente sociable y apto para la vida íntima del cuartel.

Desde luego se notaba la distinción de su cuna: sus maneras cuando quería eran irreprochablemente cultas; estaba dotado de una sagacidad tan admirable, comprendía con tan fina penetración las inclinaciones buenas ó malas de sus compañeros, que sabía, como un cortesano avezado á la lisonja, la palabra que le haría simpático, aquella con que halagaría la tendencia dominante de cada uno; lo cual le valió ser solicitado para todas las confidencias.

Al principio de su carrera, mientras fué cadete, pecó como casi todos los espíritus superiores, por la travesura de colegial. En este terreno era incorregible: no perdonó ocasion de hacer alguna diablura que lo llevara al cuarto de banderas, de donde lo sacaba siempre la intervencion de algun oficial superior.

En aquella época, cuando encontraba una persona digna bajo cualquier concepto de la caricatura, se le reía sin ningun miramiento á carcajadas en su propia cara y aquella risa era tan expansiva, tan comunicativa, que rara vez se podian mantener serios los que presenciaban aquellas manifestaciones.

Él se cuidaba muy poco del grado de furor que pudiera provocar; tenia una fé ciega en el poder de conviccion que encerraban sus puños y no esquivaba el bulto para cualquier lance en que se viera envuelto.

Como no era extraño á las reacciones generosas, muchos veces se le vió dar

cumplidas satisfacciones á personas á quienes habia burlado en esos arranques de aturdimiento propios de su edad y de su carácter.

Seis meses despues de ingresar al regimiento era un tirador de sable peligroso, no solo por la destreza y rapidez de sus golpes sino por el poder irresistible de su brazo. No le daba él á esto gran importancia y parecia ignorarlo, cuando tenia que arreglar alguna cuenta con algun cadete en el próximo bosque de la ribera. Se limitaba á cubrirse manteniéndose en rigurosa defensiva hasta que cansaba á su adversario... entonces proponia el aplazamiento, el cual resultaba ser siempre indefinido.

Lo que puede asegurarse es que él jamás provocaba el lance.

Aquella alma expansiva tenia, sin embargo, momentos de honda tristeza, de abatimiento y de postracion; su frente se oscurecia, el brillo de sus ojos se apagaba, su voz se hacia sorda... parecia que al-

gun recuerdo le atormentara. Entonces huía de la sociedad, se retraía, no conversaba con nadie, permaneciendo mudo hasta que pasaba la crisis.

Los compañeros respetaban aquellas nubes preñadas de tempestad y decían: No le digan nada hoy á Morillo porque *hay viento Norte*.

—Ustedes saben que el viento Norte tiene en Buenos Aires una marcada influencia en las personas nerviosas. Azara ya lo habia notado cuando sir Woodbine Parish en su libro sobre esa provincia y las demás del Rio de la Plata estudió el fenómeno, consignando que la criminalidad aumentaba bajo su accion; que se sentia con generalidad una especie de sobreexcitacion nerviosa, algo como una depresion de los....

—A la cuestion! dijeron á una voz los concurrentes al fogon.

Ipola volvió á perder la oportunidad de hacer una disertacion sobre el viento Norte como la habia perdido para explicar la

teoría de las simpatías... Aquel auditorio era insoportable, recordó que él también se había permitido hacer interrupciones durante la elocución de los otros, pero para afectar cierta indignación que estaba muy lejos de sentir, propuso levantar la sesión para continuarla al día siguiente en razón de estarse tocando retreta y tener cada cual que ocupar su puesto de servicio.

Efectivamente, el escenario había cambiado: la mayor parte de las hogueras se habían extinguido, y no se oía más ruido que el de las cornetas y clarines que echaban la retreta. La luna brillaba como un espejo de bruñida plata en medio del cielo, y la brisa helada que soplaba al tomar campo del lado de los Andes, se había ido extinguiendo de tal manera, que el humo de los fogones se levantaba formando espirales, hasta perderse en las alturas.

En la próxima laguna se oía el grito estridente y monótono de algunas aves acuáticas obligadas á patinar sobre el hielo. Estábamos sufriendo una de esas

heladas que dejan el campo con el aspecto de una sábana siberiana... Poco á poco los ecos de las cornetas fueron cesando y con el último toque de retirada el campamento quedó en el mas profundo silencio...

Es que la jornada del dia habia sido cruda y el frio de la noche exigia guarecerse en la carpa y echarse encima todos los ponchos y mantas.

A pesar de todo, cuando se hubo recibido el parte y quedó cada cual en libertad de acostarse ó volver al fogón, por una especie de convenio tácito, todos ocupaban su puesto alrededor de la hoguera y exigian del comandante Ipola que continuara la narracion hasta el toque de silencio.

Ipola se resistió, se hizo rogar, recordó las interrupciones que se le habian hecho y declaró que estaba dispuesto á hacer observar el reglamento... pero, por último, recordando que tal vez necesitaria de algunas noches mas, continuó así:

---

## **Travesuras de cadete**

En aquellos tiempos era muy comun que vinieran recomendados por gobernadores ú otros personajes de provincia, algunos jóvenes á quienes sus familias destinaban para mantener en el ejército el brillo de apellidos ya ilustres, ó para conquistarse un nombre en la carrera de las armas.

Un dia vino entre ellos un jóven Holofernes Ludueña, recomendado al general Mitre, que era Presidente de la República, por el gobernador de Santiago del Estero D. Antonino Taboada.

El general Mitre lo mandó al cuartel de artillería para que se le diera de alta en el regimiento en calidad de aspirante.

Si bien el nombre del pobre muchacho

era del más puro asirio, su traza y acento eran *késhua, pur sang*.

Los cadetes tan pronto como lo vieron se echaron una mirada de inteligencia, comprendiendo que el destino les ponía por delante un candidato *hecho* para todo género de pillerías.

El joven Holofernes, aunque ya frisaba en los veinte años, carecía por completo de las nociones más elementales de la instrucción primaria y tenía una figura que irremediablemente provocaba la risa.

Su cabeza, de proporciones hípicas y adornada con unas orejas descomunales, se balanceaba sobre una caja de cuerpo cuadrada, que á su vez descansaba sobre dos piernas cortas, curvas y rígidas, que acusaban procedencia indígena.

Aquella fisonomía no tenía un solo rasgo inteligente, pero se notaba desde luego en ella cierta suficiencia y la estólida pretensión de que como recomendado por un gobernador de provincia al Presidente de la República, debía ser considerado en

mejores condiciones que los demás aspirantes, que no podían vanagloriarse de semejante título.

Morillo comprendió desde el primer momento que aquel camarada era un hallazgo inapreciable y se apoderó de él como de cosa propia.

Los demás cadetes se lo entregaron sin vacilar; nadie se lo disputó. Él por su parte empezó el primer día por darle algunos consejos sobre la manera cómo debía conducirse con los demás compañeros: Le declaró que por su interposición quedaba exento del manto de ingreso.

Ludueña aceptó al principio con cierta desconfianza, pero concluyó por entregarse á discreción.

Su improvisado amigo con cierta paternal complacencia le hizo ver los peligros de la carrera de las armas, le pintó con colores sombríos los graves inconvenientes del arma de artillería, donde á cada momento la vida estaba en un hilo debido á los proyectiles explosivos con

los cuales tendria que operar á cada instante.

Le relacionó una larga é imaginaria lista de victimas de las explosiones y de mutilados por las piezas en el momento de pasar el escobillon.

La prédica hizo efecto. Ludueña cayó en el mas lastimoso estado de espíritu: se acentuó la nostalgia.

Lamentaba el momento en que habia resuelto dejar la vida tranquila de provincia, los oasis de algarrobo, el silencio de la aldea, por los azares de la guerra y las inconstancias de la gloria! . . .

En la cuadra, los soldados observaban con estrañeza que no se acercaba á la caja en que se guardaban los tacos de felástica para los tiros de salva... Era que Morillo le habia hecho creer que aquellas envolturas inofensivas eran bombas explosivas de ácido fulmínico, algo como la nitro-glicerina de nuestros dias.

El pobre mozo no ganaba para sustos; su aspecto revelaba la agitacion de su es-

piritu; sus grandes ojos negros y oblicuos miraban con desconfianza: en todo creía encontrar un peligro.

Pocos dias despues de instalarse en el cuartel, sufrió una inflamacion de las glándulas amigdalas con tension de los músculos del cuello. Morillo aprovechó la ocasion de hacerle comprender que estaba en peligro inminente de un ataque de difteria *explosiva!*—la cual era muy comun en los provincianos que iban á Buenos Aires.

Le hizo conocer una extensa nómina de Absalones, Mardoqueos, Sofanores y Adeodatos del interior que habian fallecido de difteria *fulminante*, en el primer mes de permanencia, y concluyó por aconsejarle que sin pérdida de tiempo consultara con un andaluz que vivia en la plazoleta del Temple, el cual estudiaba flebotomía en la Facultad de Medicina y se permitia aplicar á título de ensayo sanguijuelas y ventosas á cuanto desgraciado caía en sus manos.

Al efecto le dió una carta de recomendación que Ludueña aceptó agradecido.

Lo que hizo el andaluz con él, fácil es imaginarse si se tiene en cuenta que aquella tarde se presentó el infeliz casi exangüe, con el cuello vendado, cubierto de cicatrices y yescas, y envuelto en una gran tohalla á guisa de bufanda.

Tenia el aspecto de un ébrio, y sus facultades debían estar alteradas porque no hablaba sino en *késhua* y sus vocablos eran tan enérgicos y predominaban tanto las *jotas* y las *eses* silbantes en ellos, que parecían blasfemias.

El comandante Viejobueno, así que se apercibió de que el pobre muchacho estaba enfermo, lo mandó al Hospital Militar temiendo un ataque grave. Cuando volvió estaba extenuado, hablaba solo, y parecía dominado por una manía: la de volverse á Santiago.

Cuando un aspirante ingresaba, se le tomaba medida por el sastre del regimiento y se mandaba orden para hacer el uniforme á *Mr. Mercier* que vestia á la oficialidad. Durante la operacion de la medida, Morillo por puro comedimiento se prestó á escribir en el cuaderno los números según iba el sastre dictando con la cinta métrica en la mano.

Algunos dias despues cuando vino *Mr. Mercier* á probar la ropa, tuvo que inutilizar todo porque con los números puestos por Morillo habia salido un traje de polichinela donde cabian cuatro Holofernes!

.....

Cerca de un año trascurrió antes que Morillo fuese ascendido á alférez de compañía.

Por razones que aún yo no comprendia, antes de entrar el mes de Noviembre,—se agitaba de una manera inusitada porque se despacharan las propuestas de ascensos que habia elevado al gobierno el jefe del regimiento.

Algunas veces, como hablando consigo

mismo, solía decir: va á llegar el primero de Noviembre y aún seré aspirante.

En esto habia algun misterio imposible de descifrar dada la reserva que Morillo usaba respecto á sus asuntos propios.

Cuantas veces intenté abordar el terreno de las confidencias, tuve que resignarme á quedar en la mayor ignorancia sobre su origen y condicion social, porque guardaba silencio tan pronto como notaba que se queria penetrar su secreto.

Ustedes saben si tengo espediente para entrar en materia cuando se trata de conversar. (Los interpelados hicieron un movimiento general de asentimiento)... Si soy capaz de insinuarme y provocar contestaciones; pues á Morillo jamás pude hacerle entrar al terreno expansivo de las confidencias.

Todo lo que despues de un año me fué posible averiguar, es que era hijo de un farmacéutico de Montevideo y que pertenecía por su madre á una distinguida familia oriental.

Cuando ingresó al regimiento se le vió pocos dias despues ir á la administracion de correos y depositar personalmente una carta; despues, solamente en el mes de Octubre repitió la visita al correo sin faltar una sola vez hasta 1865, en que marchó al Paraguay en el mes de Junio. Pero en el mes de Noviembre remitió desde el campamento en marcha la periódica misiva.

Mucho interés debia él dar á sus cartas cuando nunca confió á nadie el cuidado de darlas al correo, pero lo que mas nos intrigaba era que durante el año jamás escribiera á nadie y mucho menos con direccion á Montevideo.

Llegamos á creer que seria algun aniversario de familia, aunque nos preocupaba el desasosiego y la fiebre que se apoderaba de él en aquella época.

Se hubiera dicho que el recuerdo de algun drama íntimo le producía aquel cambio de carácter, aquella agitacion melancólica que lo ponía desconocido é intratable.

A pesar de toda la seguridad de que no revelaría la causa del fenómeno, alguien se atrevió á pedirle esplicaciones pero siempre sin resultado.

Como una muestra de lo que prometia el raro carácter de Morillo, véase lo que le sucedió con el alcaide de la cárcel pública.

Es todo un episodio.....



## Cárcel y serrallo

En aquella época, como Vdes. saben, no teníamos penitenciaría y la única prision sería que existía era la antigua cárcel del Cabildo, viejo edificio conocido en la guarnición con el nombre de «Guardia de Principal.»

Esa guardia la montaba el teniente 1° más antiguo de los cuerpos de la capital, turnándose en ese servicio por aquel tiempo el 1° de infantería de línea con el regimiento de artillería lijera. Por razón de escasez de oficiales, ó por cualquiera otra, que por el momento no recuerdo, fué nombrado en el turno para el servicio de «Principal» el alférez Morillo.

Era alcaide 1° entonces D. Tomás Lopez y según los reglamentos de la cárcel, la guardia de línea que daba el servi-

cio estaba puesta á sus órdenes en todo lo que se relacionara con el servicio de seguridad de la casa, de tal manera que solo en lo concerniente al mando inmediato de la tropa y su disciplina, el oficial conservaba su autoridad.

Era D. Tomás Lopez un hombre alto, muy sério, muy estricto en el cumplimiento del deber y muy exigente en la observancia de los reglamentos de la cárcel, celoso hasta la exageracion en la vigilancia de la tropa para cerciorarse de si le cumplian ó no la consigna; lo que le daba muy frecuentemente ocasion para tener cuestiones con los oficiales de guardia sobre atribuciones.

Tenia el flaco de murmurar cuando le mandaban oficiales jóvenes; sostenia que á una cárcel donde solia haber mas de trescientos criminales de todas categorías, debia mandarse oficiales de alguna edad y representacion, no creyendo que un muchacho fuera capaz de desempeñarse con acierto en el caso de un conflicto.

Decididamente, con Morillo no habia simpatizado. Ustedes saben que la simpatía...

—Puede ahorrarse la demostracion de la teoría, porque la conocemos, dijo el mayor Córdoba con solemnidad. Su ilustracion nos ha iniciado ya en sus secretos y creo escusado una repeticion...

—Por eso he dicho que *Vds. saben* cómo se producen las simpatías y las repulsiones, aunque, *si lo saben*, es á medias, porque no me dejaron hablar de la teoría que las explica por reminiscencias de existencias anteriores, segun Allan-Kardec... dijo Ipola mal humorado, mordiéndose los labios... Pues bien: como Lopez no simpatizara con Morillo, lo trató con mas severidad que la acostumbrada; se impuso como superior desde el primer momento, exigiendo el mas estricto cumplimiento de los reglamentos. Morillo se esforzó en cumplir al pié de la letra con todas las obligaciones, pero discutió todo lo que no creía de precepto.

Las relaciones se mantuvieron tirantes: Don Tomás encastillado en su alcaidía, y Morillo atrincherado en su cuerpo de guardia. No se hablaban sino por razón de servicio. Don Tomás lo mandaba llamar cuando lo necesitaba con el 2º alcaide, le daba órdenes precisas, demasiado imperativas, que Morillo hacía cumplir en silencio, pero esperando la oportunidad de una demostración hostil dentro del derecho.

El conflicto no tardó en producirse. En los últimos días de servicio alguien vió, ó pretendió ver que había penetrado alguna mujer al cuerpo de guardia. No se comprobó bien el día ni qué cuerpo guarnecía la cárcel en ese momento, y sin esperar más, el alcaide pasó una nota á la Inspección comentando largamente el hecho y pidiendo su represión.

Era comandante general de armas, el general Paunero y como es consiguiente, comunicó el hecho á los jefes de cuerpo para la averiguación y castigo de quien resultara culpable.

En el de artillería el sermón le tocó á Morillo, quien protestó su inocencia jurando por su honor que durante las horas de su servicio no habia sucedido tal cosa. Se le hizo justicia, nadie creyó en su culpabilidad; todos sabian que era travieso, pero cuando aseguraba por su honor una cosa, podia estarse seguro de que era como él lo afirmaba.

Sin embargo, Morillo, profundamente contrariado, le juró venganza al alcaide y concibió el diabólico plan que dias despues realizó.

Habia en la cárcel pública un departamento especial destinado á mujeres. Quedaba á la entrada del primer patio, á la izquierda, pasando la capilla; se penetraba por una puerta con reja de madera á un pasillo que conducia á un patio estrecho, frio y húmedo; una escalera ancha servía para subir á una galería superior, donde habia varias celdas, en las que estaban alojadas una docena de procesadas de las cuales dos eran notablemente hermosas.

Llamábase la una Clora\*\*\* y la otra Mercedes X. Esta última sobre todo, era de notable belleza, y su causa ya concluida la obligaba á sufrir algunos años de reclusion.

Ambas habian pertenecido á una clase social bastante acomodada, tenian maneras distinguidas y cierta educacion y cultura que las hacia doblemente interesantes.

No sé cual de ellas consiguió doblar la altiva severidad del alcaide hasta hacerlo caer en la debilidad de abusar de su posición y autoridad, ó si fueron ambas por turno; pero, cualquiera de las dos era capaz de provocar una pasion. Clora era alta, rubia, de grandes ojos garzos, muy blanca y con cierto aire de magestad que contrastaba con su desgracia.

Mercedes era tambien alta, morena, con grandes ojos negros, soñadores, velados por largas pestañas, con un busto artístico que comprendia un soberbio descote cuyos hombros parecian modelados á cincel.

Coronaba aquella cabeza de andaluza, una soberbia cabellera de azabache que se desbordaba en ondas sobre su frente y cuello.

Tenia cierta mirada triste y voluptuosa que penetraba hasta el fondo del alma; cuando se hablaba con ella, su locucion se manifestaba impregnada de melancolia excéptica; era criolla pura, llena de *esprit*, y á través del sentimentalismo que su situacion le imponia, se notaba la gracia desbordante de que aquella mujer sabia disponer en sus horas de libertad y de expansion!...

—Diablo! dijo Mr. Ebelot: juraría que el termómetro sube.

—Es efecto del calor que irradia el tipo meridional de Mercedes, observó el capitán Miguel Martínez que se habia desprendido el capote irguiendo gallardamente la cabeza y entonando el pecho.

—Ipola continuó imperturbable:

Estas infelices como todas las demás estaban completamente á merced del alcaide

y solo su voluntad podia darles ó quitarles aquellos auxilios que de afuera podian contribuir á hacerles tolerable la situacion desgraciada á que las condenaba su destino.

El acceso á aquel departamento era completamente prohibido aún á los empleados de la cárcel en horas que no fueran de reglamento y por causas extraordinarias.

Morillo que era muy querido de la tropa, supo por un centinela que el alcaide penetraba al departamento de las mujeres con frecuencia á altas horas de la noche y no salia hasta que no se iniciaba la diana.

Era mas de lo que él necesitaba para apoderarse de una ocasion que buscaba con avidez, y tomar una revancha que creía debérsele.

Observó por sí mismo, se convenció del hecho, interrogó á diferentes cabos, que hacian cuarto durante la noche, y concluyó por persuadirse de que la transgresion

á los reglamentos, se repetia casi todas las noches, y el alcaide tenia un serrallo con grave perjuicio de la moral, de la que se habia mostrado tan celoso en su nota á la Comandancia General.

Esperó el próximo turno, preparó tranquilamente su celada, hizo colocar un centinela de toda su confianza en el puesto inmediato al departamento de mujeres, con órden de que cuando se hiciera retirar el guardian de aquella entrada, quedara el otro en observacion y diera de cierta manera aviso al cabo de cuarto para que éste á su vez lo trasmitiera al sargento.

Todo sucedió como lo esperaba; hácia las dos de la mañana D. Tomás Lopez, despues de haber hecho retirar á las doce como era de práctica diaria, el otro centinela por inútil, penetró al departamento de las procesadas en donde permaneci6 hasta cerca de las cinco, hora en que se acostumbraba echar diana en invierno.

Tan pronto como Morillo tuvo aviso de que el pájaro habia entrado á la jaula,

hizo colocar un centinela á la puerta con órden de no dejarlo salir.

Al sonar los primeros toques de la corneta, D. Tomás se preparó á cambiar de habitacion, pero al franquear la reja el soldado le gritó secamente: ¡Atrás!!

—Cómo! respondió D. Tomás alarmado. ¿No me conoce? soy el alcaide!

—Atrás! repitió enérgicamente el centinela.

—Entonces llame al cabo, dijo el detenido visiblemente contrariado.

—Cabo de cuarto! gritó el centinela.

El cabo se presentó.

—Cábo, le dijo el alcaide dulcificando la voz, este soldado no sé cómo entiende su consigna; debe saber que soy el jefe del establecimiento, la única autoridad de la casa; debe saber asimismo que la guardia está á mis inmediatas órdenes y que no se me puede interrumpir el paso sin cometer un delito. Déle órden de que me deje pasar y hágalo relevar inmediatamente.

—No puedo, señor, dijo el cabo, porque tengo instrucciones de mi jefe inmediato para colocar este centinela, y no dejar salir á nadie de este departamento.

—Pero, cabo, esto es absurdo; yo no soy nadie! soy el jefe superior de la cárcel!!

—Será como Vd. dice, señor; pero yo me tengo que atener á las órdenes que recibí de mi sargento; él será responsable de lo que mande.

—Don Tomás se mordió los labios de rabia. Él podia mandar llamar al oficial de guardia, pero tenia la seguridad de que de allí partia el tiro, y su amor propio le impedia pasar por esa humillacion.

Por otra parte, sabia tambien la situacion falsa en que estaba colocado y que de la discusion del incidente iba á resultar su conducta inmoral en el cumplimiento de sus deberes, lo que acrecentaba su inquietud.

Mientras tanto el tiempo pasaba con la inflexibilidad con que se cumplen las le-

yes naturales. El día estaba encima, dentro de una hora la cárcel estaría llena de empleados, proveedores y visitantes, y todo el mundo se impondría de la situación ridícula en que se encontraba, convicto y confeso de intemperancia y abuso en el ejercicio de sus funciones.

Sabia también que el hecho iba á traspasar los límites sombríos de la cárcel para hacerse público, dar pábulo á las murmuraciones del día, á la crítica de los curiales, y á la gacetilla de los diarios. Él, tan severo, tan estricto, tan exigente, tan implacable con los demás, no podía esperar misericordia.

Por lo demás, aunque fuera inocente, la maledicencia pública es tal, que está siempre dispuesta á creer lo peor, y en el género de falta que se le iba á imputar no habría dos opiniones.

Si se tratara de un robo, podría esperarse la duda, la vacilación, el aplazamiento de un juicio, pero en delito de intemperancia, sabiéndose que disponía

de los medios para cometerlo con impunidad, era inútil esperar absolucion. La opinion estaba hecha de antemano.

Un detalle reagrababa la situacion: era público que Clora habia sido madre dos veces, durante su larga prision.

Bien ó mal dada la órden del alferes Morillo iba á ser aplaudida, tendria de su parte la opinion, mientras que él, no abrigaba ninguna duda sobre lo que haria la Exma. Cámara de lo Criminal, una vez conocedora del hecho.

Perdido su empleo, sin esperanza de obtener otro, veía el porvenir sombrío que le esperaba, la miseria de su familia, un retroceso violento de la holgura en que vivia á las estrecheces de la indijencia, aparte del deshonor de una destitucion que si no lo infamaba, lo colocaba en el mas espantoso ridículo, cojido como un raton llevado por el apetito del queso á una jaula sin salida!

Por fin se decidió á hacer llamar al alferes Morillo y pidió al centinela que co-

municara el pedido al cabo hasta que llegara al oficial de guardia.

Morillo contestó, que sus relaciones con el alcaide no tenían razón de ser sino en la alcaidía, que por el momento no lo consideraba sino como uno de los tantos presos, mientras la Exma. Cámara después de imponerse de su parte no dispusiera otra cosa. Que si se trataba de algo referente al servicio de la casa podría entenderse con el 2º alcaide.

Este era un gallego...

—El círculo sufrió un acceso de tos contagiosa.

—Ipola respondió en el acto:—A mi no me llega esa tos. Vds. saben que soy de la isla de Leon; si supieran geografía no se pondrían en ridículo:—y continuó imperturbable:

—...Era un gallego que aspiraba al puesto del desgraciado D. Tomás, y que después que se informó de lo que pasaba no hacia otra cosa que agarrarse la cabeza y decir: *Ay! que démus.* Si se entera

la Excelentísima somos perdidos! Yo no entré *gamás al garlitu*. . . Pero se conocia que en el fondo sentia una viva satisfaccion, porque contaba por asegurado su empleo de primer alcaide.

Serian ya las siete de la mañana cuando agotados todos los recursos para hablar con Morillo, D. Tomás tuvo una idea que creyó que podría darle algun resultado. Volvió á una de las celdas, quizá á aquella en que habia pasado algunas horas de solaz y se puso á escribir una carta dirigida al *caballero* D. Santiago Morillo.

En ella le pintaba con franqueza su situacion, se declaraba vencido, le pedia perdon de las ofensas que pudiera haberle hecho, le presentaba el cuadro de desolacion en que caeria su familia, el deshonor y la vergüenza y concluía haciendo un llamado á sus sentimientos generosos, á su hidalguía y á la fibra mas delicada que tuviera en el corazon, para que hiciera de él lo que quisiera, para lo cual se le entregaba á discrecion. «Es Vd. el

árbitro del bienestar de mi familia—le decía:

Morillo recibió la carta dos horas antes de ser relevado; la leyó y guardó la mas profunda reserva sobre lo que habia determinado hacer.

El preso que no estaba incomunicado averiguaba con avidez hasta los mas mínimos movimientos de Morillo, creyendo ver en todo un indicio que se relacionara con su situacion.

Su desfallecimiento á medida que la mañana avanzaba era cada vez mas notable; empezaba la postracion de las situaciones sin salida; era manifiesto que iba á ser entregado á la guardia entrante como preso y que el otro oficial no pudiendo hacer otra cosa y en la misma disposicion de espíritu que Morillo, concluiria el trabajo empezado por éste, sacrificando al alcaide sin piedad.

Por último, se oyó el toque de marcha de las guardias que se avistaban y la señal de empezar la entrega de la saliente.

D. Tomás sintió latir con violencia su corazón; iba á sufrir la humillacion de ser contado entre los presos que hasta ese momento él habia guardado con sobrada escrupulosidad!

Al fin vino el peloton de relevo: el centinela entregó el puesto, pero él ignoraba qué órdenes trasmitia. Debia suponer, sin embargo, que desde que no se le comunicaba su libertad, continuaba preso. Su altivez, aún le impedia preguntarlo; su corazón latia cada vez con más fuerza.

La operacion habia concluido con todas las formalidades de ordenanza; las guardias echaron armas al hombro, la saliente desfiló, y ya al perderse los ecos de la corneta en las calles inmediatas, un soldado se presentó en la reja y llamó al alcaide.

D. Tomás estaba sentado en un escaño y en un estado lamentable de postracion.

—Señor, le dijo el soldado, que era el asistente de Morillo: el alferez me ha dado esta carta para usted.

—Traiga, dijo D. Tomás con avidez; rompió el sobre, y se encontró con su propia carta, dirigida dos horas antes á Morillo. Ya iba á romperla cuando se apercibió que al pié habia algo escrito y firmado.

Leyó trémulo lo siguiente:

*«La guardia entrante ignora lo sucedido.*

*«Los muchachos como yo y los viejos como usted, son hijos del corazon que les ha cabido en suerte. A mano.—S. MORILLO.»*

D. Tomás quiso cerciorarse: abrió la puerta y la franqueó; el centinela lo miró sin extrañar nada.

Cuando el gallego 2º alcaide lo vió entrar en la alcaidía se hechó á llorar sin consuelo, sin que hasta ahora se haya podido averiguar porqué.

D. Tomás no se dió por entendido de nada y pronto se convenció de que el oficial entrante lo ignoraba todo.

Desde aquel dia cuando el alferez Morillo montaba la guardia de principal, era comensal obligado á la mesa del alcaide.

Algunos meses despues fué padrino de un hijo de D. Tomás y andando el tiempo nó faltaron lenguas murmuradoras que hablaron de aparcerías y sociedades entre los compadres, para la explotacion de ciertos privilegios y gangas.

Yo, por mi parte, declaro que conociendo como conocí á Morillo nunca he creído en esos cuentos.

---



## **En el Estero Bellaco Sud**

El 2 de Mayo de 1866 acampábamos á orillas del estero Bellaco Sud, á una jornada de Itapirú. El ejército acababa de realizar una de las mas brillantes operaciones militares que registran los fastos de las guerras sud-americanas: el pasaje del rio Paraná, que habia tenido lugar el 16 del mes anterior.

Fué un problema que exigió casi un año para resolverlo.

Concebido el plan por el general Mitre, fué llevado á cabo por el general Osorio al frente de un cuerpo de ejército formado por divisiones de las tres nacionalidades que componian la alianza.

Evacuado el campamento enemigo del «Paso de la Patria» por haber quedado es-

puesto á los fuegos de las escuadras á fines de Abril, nos movimos de Itapirú y ocupamos la márgen izquierda del estero Bella-co Sud, dejando aseguradas nuestras comunicaciones con el rio Paraná por el camino al Paso de la Patria.

Ya llevábamos algunos dias de campamento cuando el dos de Mayo el ejército paraguayo desprendió de Humaitá una columna de cinco mil hombres á las órdenes del teniente coronel Diaz (despues general), la que á medio dia y en el momento ménos pensado, se echó sobre la vanguardia del ejército, que la componian dos fuertes divisiones, una brasilera á las órdenes del general Netto, y otra oriental á las órdenes del coronel Palleja.

No sé con qué fundamento se creía que los paraguayos se habian retirado á Humaitá, y que solo teniamos al frente pequeñas partidas de observacion. El hecho es que el dia indicado, como á las doce, se sintió de repente un fuerte tiroteo en la vanguardia, y casi inmediatamente un

nutrido fuego de fusilería de muy poca duración, para verse en seguida que la columna paraguaya avanzaba á paso de carga sobre el centro del ejército, arrollando completamente nuestras avanzadas y quitando la batería lijera que tenían los brasileros en la gran guardia.

Todos los cuerpos tocaron generala, pero no era esto suficiente: era necesario que hubiera tropas que concurrieran al llamado.

No sé qué imprevision ó qué fatalidad habia dado lugar á que nuestras tropas no estuvieran en sus puestos en el momento del conflicto.

El enemigo avanzaba casi sin tener con quien combatir hácia el centro de nuestro campo, á paso de trote, arrollándolo todo, mientras que nuestras divisiones estaban en su mayor parte dispersas en la operacion de traer á brazo las municiones de boca que se desembarcaban en Itapirú.

Cada batallon tenia por lo menos una

tercera parte de su fuerza efectiva en el camino, trayendo carne y provisiones para el racionamiento.

El momento era supremo: no es imaginable la desesperacion que se apoderaba aún de los espíritus mas fuertes cuando oían tocar generala, veían el enemigo que se introducía como una flecha cortando por la mitad el grueso del ejército aliado, y no había tropas organizadas que oponerle.

Para que el cuadro fuera aún mas sombrío, había que agregar una contrariedad. La noticia del feliz pasaje del ejército al territorio paraguayo y la de estar aseguradas nuestras comunicaciones con la escuadra, determinaron á algunos especuladores á fletar vapores mercantes para llevar familias, y con ellas socorros á numerosos jefes y oficiales que carecían de todo, despues de un año de campaña.

Ese dia precisamente muchos generales y jefes de cuerpo estaban en Itapirú, unos, para dar un abrazo á sus deudos, otros, en busca de cartas y encomiendas.

El general Gelly y Obes mismo, cuya actividad, competencia y consagracion al desempeño de sus delicadas funciones de jefe de Estado Mayor no tienen rival, estaba en el puerto.

¿Cómo pudo estar separado del ejército en un momento tan supremo este hombre extraordinario, que jamás se supo á qué hora rendia á la naturaleza el tributo del sueño?

Es preciso convenir en la fatalidad. El hecho es que la mayor parte de los jefes de cuerpo estaban ausentes.

Por nuestra parte la situacion era terrible; las piezas no podian concurrir eficazmente á conjurar el conflicto tomando posiciones ventajosas porque no teníamos la mulada, y lo que es peor, no sabíamos con seguridad adonde estaba.

El comandante Federico Mitre, que era el jefe superior entonces de nuestro regimiento y que en ese momento estaba en el campamento, ordenó que se mandara á escape un oficial en busca de las mulas, y el

comandante Ruiz (no se lo perdonaré jamás) me mandó á mí.

Casino habia caballos: el *Mio-mio* (romerillo) habia concluido en quince dias nuestras caballadas tan pronto como pasamos el rio; solo las mulas, animales dotados de fino instinto y de mucha sobriedad no lo comian; busqué un caballo y no lo encontré; entonces me calcé unas espuelas de tropa y salté sobre una mula que estimulada por el rebenque, estiró el pescuezo, y tomó ese trote agrio y áspero, propio de su especie, en direccion al Estero.

Yo no era aún muy ginete ni sabía fijamente dónde estaba la mulada, pero iba al rumbo, como alma que se lleva el diablo, esforzándome por hacer galopar el macho que habia mordido el freno y no obedecia rectamente á la direccion que yo queria darle.

Mientras tanto oía la fusileria y los gritos del combate á mi izquierda á una altura que casi era nuestra retaguardia; los accidentes del terreno me impedian ver el ejér-

teito y á mi frente ya no quedaba nada por explorar. Pasando el estero me encontraria en campo paraguayo.

Quise desviarme á la derecha y seguir la orilla hasta encontrar las huellas de las mulas; hiqué con furor las espuelas en los hijares de mi cabalgadura, y en ese momento se oyó una descarga de artillería á mi izquierda. Eran nuestras baterías que tomaban la palabra, obligadas á funcionar en su puesto.

La maldita mula herida por las rodajas de hierro, en el mismo instante en que sintió la detonacion, bajó las orejas hácia atrás y se quedó como clavada en el suelo. Inútil fué cuanto hice por moverla; me desmonté, la tiré de la rienda, la azoté, le di de pinchazos con la espada. Todo fué inútil!

El cañoneo arreciaba; el toque de ataque se oía bien claro en distintos rumbos: mi situacion no podia ser mas crítica; de repente noté que á cortos intervalos los tiros se oían mas lejos. ¡Dios mio! el ejército cambiaba de posiciones: se alejaba; la ba-

talla se estaba dando y yo no estaba allí, y eso que aquello iba á ser el bautismo de sangre para los aspirantes, subtenientes y aún para algunos tenientes segundos.

Morillo en quien veía un émulo, se estaba batiendo sin duda, cubriéndose de gloria quizá, mientras que yo, que me sentía con un corazón capaz de competir con el más bien puesto, me hallaba á una legua del ejército, perdido en las soledades del estero, en busca de una caballada que no podía ya estar en esa dirección. ¡Ah, comandante Ruiz! porqué me eligió para una comisión tan oscura y tan sin gloria!... Mi furor no reconoció límites: me eché á llorar, volví á hacer esfuerzos porque caminará la mula, pero fué en vano. No sé porqué rara sucesión de ideas me acordé del profeta Balaam, y hasta en mi desesperación creo que esperé que la mula me explicara la razón de su terquedad, sin concebir su silencio en semejante trance, pero todo sin resultado!

Indignado la degollé, le saqué el freno

y me puse en marcha en direccion de las detonaciones.

Del otro lado del estero habia bosque y pronto me apercibí que llegaba alguna fuerza porque se oían gritos y voces de mando. Empezaba á alejarme precipitadamente cuando noté que una guerrilla que descendia al bañado me hacia algunos disparos.

Pude correr, pero comprendí que era inútil, pues si apuraban la marcha pronto pasarian el vado, que no tendria de ancho mas de una cuadra y entonces seguramente me alcanzarian.

Sin embargo, continué alejándome; el enemigo no se apresuraba: avanzaba con desconfianza escopeteándome. Es evidente que no me creían solo.

El dia era tan espléndido, tan claro y la distancia tan corta, que bien veían mi uniforme de oficial. Creyeron, sin duda, que me proponia atraerlos para caer en una emboscada. Desprendieron seis hombres exploradores y éstos empezaron á cercar-

me. Traté de ganar una isleta de monte y confieso que me creí perdido.

En ese momento sentí avanzar hacia mí un jinete dando gritos desaforados para alentarme y blandiendo una enorme lanza. Era Morillo que me buscaba.

Corrí á su encuentro: me arrimó el caballo y salté en ancas. Estaba salvado.

La guerrilla entonces avanzó al galope, pero nosotros volábamos en direccion al ejército. Eran ya como las dos de la tarde y según me dijo mi salvador la batalla aún no se había librado sino en el centro, pero era inminente.

Nuestra situación había cambiado por completo. Mientras yo buscaba las mulas por el estero, el sargento Carlos Pacheco, un santiagueño duro como un *Lapacho*, en cuanto oyó los primeros tiros, se había puesto en precipitada marcha sobre el ejército buscando la incorporación á las piezas, llegando por la retaguardia cuando todos lo esperaban por un flanco.

La operación de atar se hizo en el acto,

y cuando yo sentí el fuego de las piezas ya estaban atadas.

Los soldados de infantería que venian por el camino de Itapirú, oyeron primero el fuego de artillería que el toque de generala y tirando su carga, habian volado á sus batallones á ocupar sus puestos de honor.

Los generales y jefes de cuerpo que estaban en el puerto de Itapirú, y que tenian caballos ensillados, junto con las primeras detonaciones se pusieron á la carrera en direccion al campamento, y llegaron como una tromba aún antes que sus soldados dispersos.

Los claros se llenaban por minutos de tal manera, que cuando se pronunciaba la catástrofe en el centro, ya no quedaba un pabellon de armas en las alas sin que sus dueños las hubieran recojido.

El general Mitre en persona que se halló en su puesto desde el instante en que nos trajeron el ataque, se ocupaba desde el primer momento en escalonar las tropas

en disposicion de combate, creyendo que el ataque se hiciera general y decisivo.

¿Qué habia pasado en el centro? Arro-lladas las divisiones que componian la cabeza de la columna del ejército brasilero por el rápido é inesperado ataque de los paraguayos, el general Osorio, con esa mirada de águila que le era peculiar, se retiró del combate para ponerse al frente de la novena division de infantería, con la cual se puso en marcha á paso de carga, sobre los cuatro mil paraguayos que habian penetrado á los reales del ejército aliado y que no pudiendo resistir á la tentacion de saqueo, que ofrecia el rico botin del campamento, se pusieron á desvalijar las carpas.

El coronel Pallejas, de la division oriental, habia quedado cortado á retaguardia de la columna invasora.

No pudiendo detener el torrente, se metió al Estero, al frente de los batallones «Libertad», «Florida» y «24 de Abril» y allí soportó el fuego de los cuerpos que quedaron inmediatos.

Lo diezmaron seguramente: sus batallones perdieron veinticinco oficiales y trescientos cincuenta soldados.

Él, montaba el cuarto caballo y ya se creía perdido, y lo estuviera ciertamente, si los paraguayos hubieran dispuesto de una reserva; cuando notó la aproximación de Osorio, que al frente de tres mil quinientos hombres de la novena división, venía ocupando nuevamente las posiciones perdidas, y haciendo una verdadera carnicería en la columna invasora.

No es posible saber con exactitud el número de bajas que tuvo la división de cuatro mil infantes que penetró al campamento aliado, pero baste saber que los mismos paraguayos reconocen haber perdido tres mil quinientos hombres, y que dejaron solamente en nuestro poder mil ochocientos cincuenta muertos!

Nosotros ocupábamos ya posiciones sobre el flanco de la columna enemiga, cuando ésta empezó á retirarse precipitadamente sufriendo el fuego de nuestras piezas.

En vano el Mariscal Lopez sorprendido del resultado feliz del primer momento de su ataque, quiso enmendar la plaua mandandó refuerzos que sostuvieran la columna de Diaz y mantuvieran las posiciones tomadas; todo fué inútil. Cuando algunos batallones se atrevían á dejar la ceja del monte que les ocultaba á nuestra vista, se rompía sobre ellos el fuego de ciento y tantas piezas que habian tomado posiciones sobre la márgen del estero.

A las cinco de la tarde la derrota era completa; los paraguayos se habian retirado por el camino de Tuyuty (Bellaco Norte) á Humaitá y nosotros volvíamos á nuestras posiciones de la mañana de ese dia.

Morillo me habia salvado la vida. Despues del primer fuego contra la caballería paraguaya se mandó operar un movimiento de flanco; para ello era necesario llevar los carros de municiones y esto exigia tiempo.

Como quedaban á vanguardia algunos

caballos sin jinetes, él sin vacilar se alejó para tomar uno, y luego, mientras se ataban los carros de municiones, habiéndose apercebido de mi ausencia é intranquilo por mi suerte, se lanzó como un rayo en mi busca suponiéndome en peligro.

El mayor Paris lo reprendió mas tarde fuertemente por haber abandonado las piezas sin su consentimiento, pero cuando supo porqué y cómo me habia salvado, encontró justificada su conducta.

Un ruido cercano hizo suspender á Ipo-la la narracion.

En este momento se sintió la aproximacion de dos jinetes: era el ayudante del *jefe de dia* acompañado de un asistente que se aproximaban al fogon. Su objeto era hacer presente que hacia mucho rato que se habia tocado *silencio* y las órdenes generales del ejército imponian la obligacion de apagar todas las hogueras despues de aquel toque.

No hubo que observar; el poco fuego que ardia fué extinguido inmediatamente

y nos dirigimos hablando en voz baja á nuestras tiendas.

El silencio era completo: Mr. Ebelot que no perdía ocasión de consultar su batería de instrumentos de observación, pudo comprobar á la luz de una cerilla, bajo la carpa, que su termómetro marcaba diez centígrados bajo cero!

Brrrr! Pronto: Los quillangos!

---

## La batalla de Tuyuty

El día había pasado triste y monótono: un sol blanco, anémico y gastado nos alumbró de mala gana hasta después de las doce; más tarde el cielo empezó á toldarse amenazando nevada.

Hacia el poniente de entre las montañas, primeros contrafuertes de los Andes, se veían levantar gruesos *nimbus*, núcleos de tormenta.

Por la mañana, después del ejercicio se repartieron raciones y vicios de entretenimiento. Esperábamos una caballada, un convoy, y una gruesa tropa de ganado para consumo. El convoy y la hacienda se hacían desear con desvíos de coqueta, desde el mes anterior.

El nauseabundo potro empezaba á sentar sus reales en algunos fogones cuyos

propietarios no conocían seguramente los refinamientos culinarios del Café de Paris.

Tal vez esta era la razón de nuestro estacionamiento.

Debíamos prepararnos para una grande travesía y faltaban elementos de repuesto. A la noche, después de la lista de tarde empezó á recrudecer el frío, el tiempo continuaba nublado y el fogón nos atraía como un imán.

Sin invitación de ningún género todo el mundo estaba en su puesto. Teníamos curiosidad por saber qué había sido de Morillo después de su aventura en el estero.

Por su parte Ipola todo el día estuvo haciendo reminiscencias, evocando recuerdos y ordenando sin duda su narración de manera á poder producir grandes efectos en el auditorio. Esa era su pasión; se esforzaba por ser muy comprensible y pecaba de extenso y, sobre todo, de divagador; quería no omitir un detalle, llevar el convencimiento á los que escuchaban, hacerles sentir las impresiones que él sentía, sin

tener en cuenta la diversidad de temperamentos é inclinaciones, y de ahí que solia hacerse insufrible en las digresiones.

Empezaba un discurso y como encontrase durante su exposicion un tema mas fácil é interesante, abandonaba el objeto principal y tomaba otro hasta concluir, encontrándose de pronto sin recordar el punto de partida.

Tenia palabra fácil, pero como carecia de método y las ideas lo atropellaban, no resignándose á abandonar ninguna, concluia por dar á su palabra una velocidad que habria hecho la desesperacion del mas hábil taquígrafo.

Como orador veloz no tenia rival y sin la prematura y sensible muerte en funcion de guerra (1880) que cortó una carrera cuya proyeccion habria sido larga, no seria seguramente extraño que en las épocas de indigencia parlamentaria que se sucedieron, hubiera llegado á ser un *leader* ministerial, no por falta de valor para ser independiente, sino porque creía de

buena fé que un militar no debe pensar jamás de otra manera que como piense y sienta el Ministerio de la Guerra.

Aquel dia tomó su puesto, acomodó con delicada atencion las mantas y cueros que le servian de asiento, echó hácia fuera el pecho, estiró los brazos apretando con la punta de los dedos la bocamanga de su casaca como para arreglarla, y plegando la frente como tenia costumbre cuando afectaba solemnidad dijo:

—En fin, ya habíamos tomado el olor á la pólvora de combate. Los comentarios sobre la accion del Estero Bellaco Sud se iban extinguiendo como los últimos ecos de una tormenta de verano... ya no se hablaba más porque el tema al fin se agotó. Supisiche, que ha pesado sobre mi vida militar como Cabrion sobre Pipelet, quiso encontrar tema en el empaque de mi mula para una porcion de agudezas condimentadas con sal gruesa, pero Morillo que me habia observado de cerca y

que era testigo que por mi parte, habia corrido tanto peligro como el que mas, no consintió en que se me caricaturase y tomó abiertamente mi defensa.

Desde entonces le juré eterna amistad y mientras tenga un aliento de vida, mientras pueda hablar, no ha de quedar oscurecida su memoria. Lo digo como lo siento.

Los que escuchaban empezaron suavemente á toser y constiparse; el orador sospechó de la pluralidad del fenómeno, detuvo por un momento la peroracion, para pensar si un constipado se puede incluir entre las enfermedades contagiosas, y como cesasen por completo los efectos, prefirió creer que era ilusion suya, y continuó :

—Hacian veinte y dos dias de la sorpresa del 2 de Mayo, y solo una jornada de camino se pudo realizar, debido al estado de nuestras caballadas y elementos de transporte. Estábamos á pié.

Ya empezaba á fatigar la inaccion cuando se supo que se preparaba un reconoci-

miento que podia ser el preludio de una batalla.

Por la mañana se notó cierto movimiento en el primer cuerpo de ejército; desde las 10 la division del coronel D. Ignacio Rivas, tomó las armas y empezó á pasar revista.

En el primer momento no se le dió importancia á esos preparativos, porque la órden no se habia generalizado, pero despues que empezaron los comentarios ya se pensó en que la operacion podia llegar á afectar grandes proporciones.

Muy lejos estábamos de suponer que asistíamos á la aurora de una gran batalla.

El enemigo meditaba un sério golpe por sorpresa, como el anterior, pero modificando la operacion, corrijiendo los anteriores errores, y haciendo jugar la mayor parte de sus elementos de accion.

Al efecto, se combinó un plan admirable despues de mucho estudio, y con perfecto conocimiento del terreno en que se iba á operar.

El Mariscal Lopez queria realizarlo el 25 de Mayo, pero alguien con mucha prudencia se permitió observarle que era mal dia para poner á prueba el valor argentino, y entonces resolvió anticiparse un dia, es decir, el 24.

Desde la noche antes, habia apostado sus tropas detrás de los montes cercanos que cerraban nuestro horizonte, sus caballerías ocupaban los bajos un poco mas apartados, y algunas divisiones de infantería lijera pernoctaron del otro lado del estero, ocultas entre los pajonales con tal órden y silencio, que no fueron absolutamente sentidas por nuestras avanzadas, hasta que se pusieron de pié y desplegaron en son de ataque.

Ya la division del coronel Rivas se iba á poner en marcha, cuando se oyó del otro lado del Estero Bellaco, una detonacion de artillería de grueso calibre, seguida á corto intervalo de otras dos que seguramente fueron una señal.

.Los proyectiles picaron en el centro de

nuestros campamentos y fueron rebotando hasta perderse á nuestra retaguardia.

Estábamos dentro de sus fuegos sin haberlo sospechado: eran las doce en punto meridiano.

Cuando sonó el tercer disparo, se oyó un clamor general á nuestro frente y á la derecha y acto continuo vimos levantarse varios batallones de cazadores que vestían camisetas rojas, pantalon blanco y llevaban los tradicionales morriones de cuero curtido, con la divisa tricolor en el aro y el número de orden al frente; desplegaron rápidamente y rompieron un vivísimo fuego á pié firme sobre nuestra línea, pues estaban sobre el grueso del ejército.

Este fué su primer error, porque no debieron detenerse un minuto.

En seguida, por tres rumbos distintos aparecieron gruesas columnas de caballería, que trajeron un ataque á fondo sobre nuestra línea, en la cual se había producido la confusión que era consiguiente.

El toque de generala se oía en todo el campamento. El ejército brasileño después de la sorpresa del 2 de Mayo, había redoblado su vigilancia y sus tropas estaban en todo momento dispuestas á formar y entrar en combate. Asimismo, la violencia del asalto y la proximidad con que se inició el movimiento de avance por el enemigo, no dió lugar á guardar una formación estratégica. Las columnas en su mayor parte cerraron en masa y formaron cuadros sólidos, lo que les inutilizó gran parte de su fusilería.

Por el momento la artillería tenía que ser el arma salvadora; por eso en toda la línea se rompió un fuego vivísimo sobre la caballería enemiga que avanzaba formidable á gran galope, siguiendo las circunvoluciones del albardon que daba paso al estero en varias partes.

Mientras tanto el ejército argentino cerraba los claros de nuestra línea y los cuerpos empezaban á entrar en fuego.

Cuando detrás del pequeño bosque de

Yatay-ty-Corá apareció la cabeza de la columna que debía pugar por rom-  
derecha de nuestro ejército, el co-  
Rivas, con aquella bravura que le  
propia, sin esperar órdenes, hizo un m-  
miento de avance con su division y e-  
lonó en la orilla del éstero los batall-  
tres, cuatro y cinco de línea, decidió  
disputar el paso á la caballería enen-  
que avanzaba al galope y que cuando  
esta fuerza se puso al trote cerrando s-  
filas.

Estaban ya á medio tiro de fusil cuan-  
Rivas mandó formar cuadros á sus bata-  
llones.

Los paraguayos se acercaban gritando  
Yajáh!! yajáh!! (Vamos! vamos!) pero  
sin tirar un tiro ni desnudar un sable.  
Entonces, por un error inexplicable, el co-  
mandante Aldecoa, jefe de uno de los cua-  
dros, creyó entender que gritaban *Pasao!!*  
*pasao!!* ó algo parecido. No sé por qué  
preocupacion de la época teníamos la creen-  
cia que los paraguayos no esperaban mas

que un momento oportuno para abandonar las filas del ejército de Lopez y plegarse á la alianza que iba llevándoles la libertad; de cualquier manera, el hecho es que en aquel instante supremo, se detuvo la operacion de cargar las armas en el momento de poner los pistones á los fusiles que eran del antiguo sistema.

Este error que siguieron los otros cuerpos nos fué fatal; ya á cincuenta pasos la caballería paraguaya, encima de nuestros cuadros, á un toque de corneta desnudó los sables que brillaron como un relámpago á la luz del sol haciendo por su ruido mas imponente la operacion y en un segundo estuvo encima de ellos.

En la confusion ya no fué posible cebar; el fuego fué flojo, y el desórden se produjo.

Nuestros soldados se defendian con bayoneta, pero sin órden ni distancia; los paraguayos herian diez contra uno; los sables estaban afilados como para cortar; empezó la retirada buscando el flanco de nuestra línea y la proteccion de

nuestras baterías que quedaron inactivas en el momento del entrevero.

Se oía el chasquido de los sables sobre los fusiles, el alarido salvaje de los guaraníes enardecidos por el aguardiente, que el tirano les habia hecho repartir, frenéticos con un éxito que crecía general y decisivo, mientras que nuestros infantes se retiraban en desorden, pero peleando y disputando palmo á palmo el espacio que los separaba de nuestra línea: una lonja de terreno bajo y pantanoso conocido con el nombre de Tuyuty (barrial).

Rivas, como todos los jefes y oficiales venia envuelto entre sus soldados deteniendo, ordenando, resistiendo y alentando con su valor, con su ejemplo y con su palabra.

Algunos jefes superiores rindieron el tributo de su vida en aquel episodio heroico, en que se batian novecientos infantes contra tres mil ginetes ébrios por el alcohol y el fanatismo.

Todos los capitanes del 5° de línea esta-

ban heridos. En los otros cuerpos sucedia mas ó menos otro tanto; pero los grupos que rodeaban las banderas eran leonas que defendian sus cachorros, envueltos, rodeados, acribillados, oprimidos por el número y la superioridad del jinete cuando opera sobre peatones sin formacion; salvaron al fin la línea sin perder una sola bandera, dejándonos nuevamente el campo libre para romper nuestros fuegos.

Desgraciadamente ya era tarde; despues de los primeros disparos con granada, no podíamos hacer uso sino de la metralla.

Nuestra actitud, mientras tenia lugar el episodio de la primera division del primer cuerpo, fué casi espectante; la desesperacion de no poder concurrir eficazmente á rechazar el ataque de la caballería por el temor de herir á nuestros soldados, influyó sin duda moralmente en el espíritu del regimiento.

Joaquin Viejobueno, Penna, Maldones.

Nelson y Bustamante, que mandaban nuestras baterías de la derecha fueron mas felices, porque no teniendo infantería nuestra á su frente, tuvieron ocasion de enseñarles á los paraguayos el poder de sus cañones.

Morillo se mesaba los cabellos de rabia; atendia absorto el movimiento del combate, acompañando con monosílabos los episodios que se producian. Tenia sus cañones cargados y cuando recibió orden de volver á romper el fuego, él mismo disparó sus piezas despues de rectificar las punterías.

La columna avanzaba en direccion á nuestras baterías. Sus primeros ginetes estaban á boca de jarro; oíamos en espantosa confusion su grito de guerra Yajah! yajah! mezclado con el toque á *degüello!* de sus clarines, y por mas fuego que les hacíamos no podíamos detenerlos.

Nuestra metralla barria materialmente, sus escuadrones escalonados, pero los claros se cerraban en seguida y la colum-

na avanzaba siempre gritando: Yajah! yajah!!

El fuego se habia hecho general en toda la línea, pero el cañon tenia la palabra y el privilegio de los oradores de buenos pulmones; sus ecos sobresalian entre la multitud haciéndose escuchar á pesar de todo.

Nuestra precipitacion hubiera podido perjudicar la certeza de nuestros tiros, si fuera posible errar punterías en una masa de caballería que cubria nuestro frente como una cortina. Pero todo era inútil; el enemigo concluyó por ponerse á gran galope y en un instante estuvo sobre nosotros.

Ya no fué posible hacer fuego.

Un escuadron de lanceros penetró en desórden en medio de la nube de humo que nos envolvía, por los claros de cañon á cañon y trabó un combate individual con los pelotones que servian las piezas.

El arrogante jefe que los comandaba vestía casaca de paño rojo, pañalon blan-

co dé brin, y bota granadera, detalle extraño entre los jefes paraguayos que apenas se distinguían de la tropa en el uso del sable.

Ustedes saben que cuando á una batería se le apagan los fuegos y el enemigo ha penetrado en ella, está perdida.

No es posible sostener con ventaja una lucha á machete y pistola contra infantes ni contra ginetes.

Empezamos á perder terreno disputando el campo hasta la línea de carros. Los coroneles Vedia y Arenas se batían como simples soldados; Federico Mitre, Supisiche, Morillo y algun otro quedaban entre las piezas peleando.

De pronto Morillo se apercibió que el jefe paraguayo hablaba á sus soldados algo en guaraní que él no entendía, pero que comprendió en el acto, porque vió desmontarse á algunos y empezar á dar vuelta los cañones, buscando la manera de dispararlos contra nosotros; otros prendían cuartas para llevarlos. Morillo

sin darse cuenta cómo, se acordó que una proclama de un fanático paraguayo aseguraba á los que murieran en la guerra, que habian de resucitar en la Asuncion . . .

Se siguió un momento de tregua; dejaron de atacarnos y empezaron á bregar con las piezas, algunas de las cuales habian quedado con los escobillones puestos.

Decididamente no las entendian ni conocian el uso de los estopines fulminantes; buscaban fuego para dispararlas; el jefe y algun oficial probablemente daban instrucciones sin entender mejor lo que mandaban. Morillo habia estado reflexionando: de repente se dá vuelta, quita á un trompa una carabina que tenia en la mano, asegura de que estaba cargada y corre hácia adelante.

Nos separaba apenas la línea de armos: llegó hasta uno de ellos á veinte pasos del jefe paraguayo que ginete sobre un tordillo hablaba con vehemencia á sus soldados.

—Comandante! le gritó Morillo, preparando su carabina, le invito á que lleve el parte de la batalla á la Asuncion, y echándosela á la cara le hizo fuego.

El jefe levantó el brazo armado de la espada, pero sufrió un ligero estremecimiento y cayó de espaldas.

La bala de Morillo le penetró en la garganta y salió por el lado opuesto, haciéndole pedazos la primera vértebra.

Los soldados dejaron precipitadamente los cañones y montaron á caballo para traernos sin duda una carga, pero su número en vez de aumentar habia disminuido; la infantería cercana les hacia muchas bajas y en ese momento penetraba á paso de carga á nuestra batería el regimiento Rosario y la legion de *Pipogiribone*.

Los paraguayos huyeron para su campo pero no escapó ninguno; estaban demasiado cerca para salir ilesos; todos sucumbieron antes de salvar el estero. Morillo se adelantó hasta el cadáver del jefe para-

guayo, estuvo un momento contemplándolo y observó que el viento le batía su larga barba rubia, lo que le hacía parecer vivo.

Es tal la idea de la inmovilidad de la muerte, que si se ven flotar las ropas de un cadáver, la primera impresión que se siente es de que hay vida en la persona que las viste.

Morillo estaba mudo en presencia de aquel desgraciado, víctima anónima para nosotros de las desgracias de la guerra. Quién sabe qué género de reflexiones cruzaban por aquel cerebro, porque sus ojos se preñaron de lágrimas y cuando más tarde algunos soldados quisieron despojar de sus ropas al cadáver, él le defendió oponiéndose seriamente.

Esa noche hizo desprender dos palas de los carros y cavar una fosa poco profunda en la que le dió sepultura. Alguien le oyó murmurar algunas palabras de las que solo se entendió:—perdóname...

Solo Dios sabe qué lucha mantenía en

su interior aquel espíritu mezcla incomprendible de energías y debilidades, de sentimientos delicados y de pasiones impetuosas, de ideas religiosas y de impiedades, porque aquella noche sus labios se estremecían como si murmuraran una oración; pero si lo interrumpían lanzaba una interjección tónica y redonda, mas propia de un condenado que de aquel joven culto y agradable de todos los momentos.

Durante un instante Ipola guardó silencio; creímos que tomaba aliento para continuar, pero de pronto exclamó:

—Señores, declaro que no puedo seguir hablando: el olor á la carne asada de caballo me descompone; ese tufo insoportable me hace el efecto de una lámpara de aceite de potro que me vertieran en el estómago.

—Vaya una delicadeza inverosímil...

—¿Dudan Vds? dijo Ipola algo picado; pues les juro que me dejaría morir de hambre antes que probar un bocado del abominable potro.

La carcajada general acabó de irritar á Ipola.

—Señores, dijo visiblemente contrariado, crean Vds. lo que quieran, pero tendrán ocasion de verlo si la campaña dura y no llegan las vacas ni el convoy: no he de comer potro!...

—Preocupacion!...

—No es preocupacion, es repugnancia invencible.

—¡Gregorio!!... dijo el mayor Fábrega llamando con flema á su asistente del vecino fogon.

—Señor?

—De qué era el asado que comimos ayer en las paradas de la marcha?

—*De picana*...

—Yo no le pregunto de qué parte, sino de qué animal era.

—De potro, señor.

—Ipola empezó á hacer arcadas... despues serenándose, y con cierta resignacion exclamó: la verdad es que estaba bueno á menos que el hambre haya per-

vertido de tal manera mi gusto que ya no distingua... despues añadió divagando:

Y á propósito, saben Vdes. lo que dice Brillat-Savarin sobre el ozono de la carne asada?... es toda una revelacion que nos quitaria muchos escrúpulos á los que nos resistimos con repugnancia al potro.

—A la cuestion, dijeron varias voces.

—Señores, replicó Ipola con énfasis dispuesto á no consentir interrupciones: Vdes. no saben si lo que voy á decir fundado en la opinion del autor de la fisiologia del gusto se relaciona, ó nó con mi cuento. Declaro que si se me vuelve á interrumpir estoy dispuesto á hacerme respetar. Es preciso que Vdes. comprendan que si no me es dado hacer despejar la barra como al Presidente de la Cámara de Diputados, en cambio sabré callar...

—Imposible!... repitió el corro.

—Imposible?... pues bien camaradas, dijo serenándose y con cariño: efectivamente, seria punto menos que imposible que yo me resignara á callar, pero tengo

la suficiente fuerza de voluntad para ir á mi carpa y continuar solo el discurso.

—Señores, dijo Mr. Ebelot con marcado acento francés: creo que Vdes. abusan del hablador...

—Del orador dirá Vd.—dijo Ipola con énfasis interrumpiéndole rápidamente.

—Eso es, á veces confundo... agregó el otro maliciosamente...

—Pues bien, dijo Ipola, retomando el hilo de la narracion...

... La batalla se habia hecho general; desde el primer momento todas las ventajas estaban de parte de los paraguayos; sus ginetes penetraron por retaguardia de nuestra linea hasta los convoyes del parque y ambulancias, sin que se sepa á qué atribuir su falta de direccion para dejar sin destruir elementos tan importantes cuando pudieron ponerles fuego y conseguir por ese solo hecho un gran resultado.

Rechazados de la derecha y del centro, quedaba á resolver la gran contienda, á

la izquierda, verdadero objetivo de la batalla.

Allí se había llevado también una formidable carga de caballería, pero su objeto era principalmente llamar la atención al centro de la línea, mientras desde el Sauce se desprendía una columna de doce mil hombres de infantería que penetraba por el Potrero Piris, costeaba la laguna de este nombre, seguía por entre el espeso bosque hasta el *boqueron* y de allí convergiendo de golpe hacia la izquierda debía salir por una picada ignorada de nosotros y flanquear toda la línea del ejército brasileño.

El plan era soberbio; nuestro aliado habría tenido que replegarse hacia su centro atacado por dos frentes y como no hubiera terreno suficiente se habría echado sobre nosotros envolviendo á su paso á los orientales, si antes los paraguayos no lo hubieran cortado situándose entre nuestras líneas.

Aquello habría sido un desastre com-

pleto, porque ya la caballería enemiga era dueña del camino á Itapirú, donde mero-deaba saqueando algunos negocios de viyanderos.

Afortunadamente el general Osorio que tenia un golpe de admirable vista militar y el raro talento de prever, cuando la caballería enemiga trajo su ataque sobre los cuadros sólidos de la derecha brasileira, comprendió que por allí no habia nada que temer mientras la artillería enemiga no interviniera.

Entonces tuvo la buena inspiracion de preguntarse cuál era su lado flaco y peligroso y su prevision le contestó inmediatamente que la izquierda: la picada inexplorada que conducia al boqueron.

Planteada y resuelta la cuestion en esa forma con aquella actividad que le era propia y que haria de él siempre un general temible y peligroso, dispuso que: *pe las dúvidas*, se situara una batería de artillería lijera en la boca del abra para garantirse por ese lado en caso de peligro.

El resultado demostró lo acertado de esa medida que tal vez salvó los ejércitos de un desastre.

Cuando la batalla se había hecho general, precisamente en el momento crítico en que estaba indeciso el éxito y la fortuna esquivada, los soldados de una guerrilla colocada en observación, creyeron escuchar ruido de tambores puestos expresamente á lá sordina detrás del monte y dieron inmediatamente aviso.

Unos minutos despues aparecia la cabeza de la columna que avanzaba por el boqueron y empezaba á ocupar el abra que terminaba en la picada.

La artillería brasilera rompió un fuego vivísimo sobre ella, que imposibilitada para desplegar ni aún para contestar los fuegos, se resignó á avanzar á paso de carga pretendiendo llegar hasta las piezas.

Pero éstas no cedieron, redoblaron sus tiros empleando la metralla y entonces la carnicería fué espantosa.

Mientras tanto, comprendiendo el general Osorio que habia estado acertado en su cálculo y que por allí se estaba librando la suerte del ejército aliado, redobló los refuerzos, aumentó el número de bocas de fuego, y apoyó las baterías con infantería pesada.

La boca del abra era una especie de puente de fuego cuyos estribos los formaban las dos columnas colocadas en protección de aquel muro infranqueable.

Por aquella picada virgen, ancha apenas de algunos metros, se desencadenó durante dos horas un huracan de hierro y plomo; los árboles seculares que servían de marco á aquel cuadro de horrores podían notarse al día siguiente como si hubieran sido atacados de viruela alforbrilla, tal era la cantidad de incisiones hechas en ellos por la metralla y la fusilería.

Arboles arrancados de cuajo y profundos surcos cruzaban aquel campo de desolacion!

Enormes gajos desgarrados, colgantes ó caídos por el suelo hacian mas imposible el paso por el bosque cubierto de heridos, que se arrastraban hasta salir del camino donde los habia tendido la metralleta, y allá en el estrecho descampado montones informes de cadáveres, brazos, piernas, cajas de guerra, morriones y fusiles sin dueño, en pavorosa confusion y hacinamiento...

Ah! señores, cuando algunos dias despues la fotografia se encargó de pedir á la luz la fijacion en una plancha metálica de aquel escenario de horror, los que pudieron apreciarlo fuera del teatro de aquella tragedia, se negaron á creer en su exactitud; atribuyeron al arte la colocacion y apilamiento de los cadáveres.

Sin embargo, aquella vez la realidad era superior á toda ficcion!...

Ya en la derecha y el centro no se escuchaban sino tiros aislados; desde las cuatro el enemigo se retiraba de estos costados en confusion y desorden ocupando el

camino de Humaitá hacia donde se dirigian con los heridos y pertrechos que habian podido salvar, mientras que por el lado del boqueron se oía en todo su apojeo el fragor del combate, y el alarido de los asaltantes que se renovaban para ser rechazados unos despues de otros.

Por fin, por aquel lado tambien el fuego cesó, y la diana de la victoria se pudo escuchar alegre en todo el vasto perímetro del campamento.

La batalla habia durado cinco horas!

Los paraguayos entraron al combate con veinticinco mil hombres y se retiraban dejando sobre el campo ocho mil muertos!

Me parece que dejar sobre el campo de batalla la tercera parte de la fuerza efectiva antes de ordenar la retirada, es portarse como buenos!

Señores, despues del combate de Angamos, de proporciones mucho mas reducidas, la batalla de Tuyuty es la mas sangrienta y mas numerosa que se ha librado en Sud América.

Ahora, dijo Ipola con gravedad: hago mocion para que se levante la sesion porque me encuentro fatigado.

—Apoyado, dijeron todos con igual solemnidad encaminándose á sus respectivas tiendas.

---

## Una calaverada heroica

La noche del día siguiente era cruda; las estrellas brillaban favorecidas por una atmósfera enrarecida; poco á poco se fué haciendo el silencio en el fogón...

El comandante Ipola continuó...

—Después de la batalla del 24 de Mayo de 1866 y del bombardeo del 14 y 15 de Junio siguientes, nuestros ejércitos se atrincheraron sobre la margen izquierda del estero Bellaco Norte, campo de Tuyuty y nuestros campamentos tomaron la forma de una extensa media luna cuyos extremos cubrían el camino á Itapirú.

A la derecha, frente al pequeño bosque de naranjos en que sentaba sus reales el cuartel general argentino, se extendía el estero, bordado del lado enemigo por bosque de palmeras (yatays) y *timbós*: al

frente la isleta de Yatay-ti-Corá, teatro de sangrientas refriegas y á la izquierda la prolongacion del estero hácia el Sauce, la laguna Piris y los bosques seculares que se dilataban hasta el rio Paraguay... á nuestra espalda se divisaba serpenteando el rio Paraná, el camino de Itapirú, nuestros parques y hospitales, los vivanderos, y por ese lado las comunicaciones con la escuadra.

La derecha y medio centro la cubria el ejército argentino; el otro medio y la izquierda, el oriental y el brasilero.

El problema á resolver en aquellos dias, consistia en averiguar qué clase de fortificaciones y qué obstáculos naturales nos rodeaban del otro lado del estero y si los caminos á Humaitá, que era por el momento nuestro objetivo, estaban abiertos ó cerrados.

La presuncion razonable nos decia que debian estar atrincherados, porque en la batalla de Tuyuty que acababa de librarse, el ataque enemigo fué apoyado por

artillería de grueso calibre y desde el 12 de Junio, nuestro campamento sufría diarios bombardeos.

Una cortina impenetrable de bosques cerraba el horizonte á nuestros mejores anteojos de campaña; los *mangrullos* eran ineficaces y los paraguayos que sospechaban nuestra curiosa ansiedad, multiplicaban al infinito pequeñas hogueras de ramas y hojas secas que envolvían el campo en una nube de humo, especie de velo púdico con que cubrían la desnudez de su precaria situación.

Mas tarde se trató de hacer observaciones en globos cautivos con el fin de cortar en lo posible reconocimientos que necesariamente habian de ocasionar efusion de sangre, pero el resultado fué el mismo, hasta que un buen dia aparecieron los globos inutilizados con ácido sulfúrico, sin que jamás se tuviera conocimiento de la mano criminal que cometió semejante atentado.

Los soldados lo atribuyeron siempre á

agentes pagados por Lopez, de los que se decia que estaba nuestro campo lleno.

Desde el naranjal que constituia el centro de nuestra division hasta el cuartel general, habria unas veinte cuabras de arenal trillado por el tránsito de los relevos y de las escuabras que iban á la carneada.

Para ir, seguíamos una especie de albar-dou salpicado de palmeras, dejábamos los corrales á la izquierda, penetrábamos en un bosquecito donde atábamos los caballos y nos dirigíamos á la carpa del viejo Carballo, que estaba á unos cincuenta pasos.

Era el sargento mayor Carballo un antiguo oficial de Rosas que de buena fé se habia creído federal por haber servido al dictador durante su gobierno. Quería al general Mitre como un padre puede querer á su hijo, pero en sus momentos de expansion, solia decir como en broma: *Solo una guerra nacional me ha podido obligar á servir á las órdenes de un salvaje*

*unitario!* Éste, sin embargo, era el hombre en quien depositaba toda su confianza el general en jefe, y á fé que lo merecía; él le vijilaba los asistentes y cuidaba muy especialmente de los dos ó tres caballos que constituian toda la caballeriza de guerra de Su Exceleucia! . . .

Aquel dia tenia para nosotros un interés palpitante la visita á los amigos del cuartel general; sabíamos que se preparaba un reconocimiento y andábamos trabajando por ser de los nombrados para realizar la operacion.

Morillo, sobre todo, estaba inquieto, excitado, nervioso; andaba hablando solo; queria ser capitán antes del 2 de Noviembre y cuando le hacíamos alguna reflexion, nos apostrofaba de faltos de ambicion legitima y de no tener amor á la gloria.

No se daba cuenta que pertenecíamos á diferentes baterías y que el Estado Mayor no iba á consultar nuestros intereses sino los del ejército: que lo sencillo, justo y probable era que se destinase una ó dos

baterías cuya elección dejaría al jefe de la división.

Sin embargo, cuando anocheció, mandamos ensillar los caballos y con los últimos ecos de la retreta nos deslizamos furtivamente como lo hacíamos casi todas las noches, fuera de nuestro campo, donde nos esperaban los asistentes con los pingos.

Morillo tomó en el acto la delantera á gran trote, porque no era permitido galopar sino en ciertos casos. Su impaciencia la pagaba el pobre caballo sufriendo el rigor de sus espolines de acero. Cuando llegamos, estaba el pobre animal cubierto de espuma y sudor.

Nos esperaban, y la noticia *reservada* del día era que ya se habían impartido órdenes al Estado Mayor, que de un momento á otro se carnearía con cuero para dos días y se repartirían municiones á doble dotación por plaza.

El cuartel general era para cierto número de amigos una especie de club donde se mariscaleaba en grande. Allí se leían

diarios de Buenos Aires, se comentaban los sucesos del día en el campamento y se sacaba el cuero sin piedad de general abajo á todo el mundo.

Cuando llegamos supimos que se trataba de estrenar una nueva batería de cohetas, de hacer un movimiento de avance para dar lugar á nuestros ingenieros á levantar planos y estudiar el terreno que se estendia del otro lado del Bellaco.

Cada uno se manifestaba segun su peculiaridad ó su idiosincracia como dirian los médicos. El capitán Espeleta repetia á cada momento con aire sibilino: «mañana habrá arroz y gallo muerto,» mientras que el viejo Carballo haciendo reminiscencias del sitio de Montevideo, cantaba entre dientes armando un cigarrillo de papel con el abominable tabaco de ración:

Tin tin de la Aguada...

Tin tin del Cordon...

Se va á armar la gorda...

Preparen!!... jabon...

Otros hacían recorrer sus armas ó escribían á sus familias.

Mientras tanto, preocupados en nuestro intento de formar parte de la division que iba á operar, se pasaron las primeras horas de la noche y cuando acordamos eran mas de las doce.

Una caramañola con ginebra, azúcar y agua, *casi* fresca, habia circulado desde temprano, paralela al mate y aquel odioso brevaje solo tenia poder para hacer mas acaloradas las discusiones, hasta el punto de no entendernos.

Por último cansados de esperar á que Morillo concluyese de perorar, resolvimos salir para obligarlo á seguirnos.

Fué inútil; se quedó rogando por la centésima vez que lo hicieran nombrar aunque fuera ayudante... por fin, tal vez por librarse de él le dieron alguna esperanza y se retiró.

Segun se dijo despues, debió irse á la una de la mañana. Su caballo, un oscuro de muy buena planta, lo esperaba

inquieto, escarbando la arena y tascando el freno. Era un hermoso criollo de los expropiados en Buenos Aires para servir al ejército, y se conocia que era de buen pesebre.

Morillo lo queria mucho, le llamaba cariñosamente *Balcala*, lo cuidaba con rara dedicacion, no confiando jamás al asistente el cometido de darle de comer ni beber; él mismo lo bañaba, lo rasqueaba y lo hacia trotar en la estaca. El caballo lo conocia tanto, que con solo oír su voz que distinguia entre muchas, relinchaba alegremente parando las orejas.

Aquella noche cuando salió del rancho de los ayudantes del cuartel general, subió impaciente, contrariado, bajo la presión de la sobreexcitación nerviosa que se apoderaba de él en ciertos casos.

El cielo estaba oscuro, muy nublado, y en aquel momento no veía nada á su alrededor; su vista acompañaba á su imaginación y hacia castillos en el aire; se forjaba situaciones heroicas de las que salía airoso.

Cuando se dió cuenta de su demora y de que iba á volver solo, por un terreno que á él personalmente no le era familiar, le dió cierta impaciencia, lo contrarió; pero no se preocupó de ello ni poco ni mucho: la pegó con el pobre bruto: le dió un par de latigazos que lo hicieron girar en redondo, le apretó los espolines y partió como un rayo al rumbo en que quedó al concluir la circunvolucion.

El noble animal quiso tomar el camino, pero su ginete lo castigó cruelmente obligándolo á seguir otra direccion sin darse cuenta que se alejaba de la meta; su cabeza bullia en proyectos: se veía al frente de una seccion batiendo en brocha un lienzo de la trinchera enemiga; se colocaba en todos los casos, preveía todas las dificultades, vencía todos los obstáculos y terminaba por decidir con su seccion el éxito del combate. La órden general hacia conocer su nombre del ejército recomendando su conducta y sus compañeros lo felicitaban...

De todo se acordaba menos de la falta cometida abandonando su campo sin licencia para ir á ofrecerse y conspirar en cierto modo contra sus compañeros que ignoraban la operacion proyectada.

De cuando en cuando el caballo porfiaba por seguir otro rumbo, pero le hundia sin compasion el espolin hasta que seguia el de su capricho, que en realidad no era ninguno.

Sin embargo, una idea cruzó su cerebro que le hizo reflexionar: ya llevaba un buen cuarto de hora de camino y no habia encontrado los corrales. Hacia rato que le habia parecido percibir algo como aquella palizada, pero como la notaba á la izquierda no hizo caso; siguió y un nuevo giro de sus ideas le hizo olvidar por completo la posibilidad de estraviarse.

Nada mas fácil sin embargo en un campamento de la forma del nuestro y en que las avanzadas quedaban de noche á medio tiro de fusil, estero de por medio, con las enemigas.

La noche como he dicho era profundamente oscura: hacia la izquierda brasilera se oía uno que otro tiro y el eterno gritar de ciertas gallinetas de agua que jamás abandonaron el estero; gruesas y sombrías nubes arrastradas por un viento tibio del Norte toldaban el cielo dando al cuadro cierto aspecto siniestro é infundiendo en el espíritu el temor y la desconfianza que infunden las tinieblas.

Los troncos, los árboles, esos pequeños montículos llamados *tacurús* que forman las hormigas, vistos á esa hora, cuando se tenían al lado, tomaban formas fantásticas, pavorosas y predisponían al miedo por bien templada que se tenga el alma.

Hacia un momento que *Balcata* marchaba por el agua. Morillo creyó que costeaba el estero: el pobre oscuro se resistía á seguir, y pugnaba por cambiar de rumbo, pero su obstinado caballero seguía absorto en sus meditaciones.

De cuando en cuando le parecía sentir que le tocaban suavemente el hombro,

pero no hizo caso atribuyéndolo al viento y luego pensó sonriendo en la caramañola con ginebra!...

Lo que le parecía raro, era que los golpecitos que sentía coincidían con espantadas y fuertes resoplidos de su caballo.

De pronto un grito en un idioma que no pudo entender lo dejó helado de espanto; la idea de caer en una avanzada enemiga lo asaltó de improviso con todo el horror de sus consecuencias; sintió un escalofrío y se quedó mudo é inmóvil esperando que se le repitiera el *¡quién vive!* porque eso y no otra cosa podía ser aquel grito.

No se hizo esperar por cierto; una voz mas cercana dijo á su izquierda en español—*quién vive?*

—*La patria!* respondió Morillo con entereza.

—¿Qué regimiento? volvieron á interrogar.

—¡Artillería argentina!

—¡Eche pié á tierra!

Morillo desprendió la pistolera y sacó el

revólver de la derecha, dispuesto á vender cara su vida si su desgracia lo habia puesto en manos de una guardia paraguaya...

*E güeyi cambá...* (1) dijo una voz con acento marcadamente guaraní tan cerca, que Morillo vió el bulto detrás de él, y con éste, otro y otros que le tenían rodeado.

Decididamente habia caído en manos del enemigo.

Pensó en retirarse, abriéndose paso y matando al que le cerraba el camino, pero esto era ya imposible: la guerrilla avanzada lo vió venir y maniobró para hacer lo que se llama la ronda, cercándolo antes de dar el *¡quién vive!*

Recien se dió cuenta de su imprudencia y de la porfía de *Balcala* por cambiar de rumbo; recien comprendió la enormidad de su desgracia!... En la impo-

---

(1) (Apéate negro). Los paraguayos llamaban *cambá* que quiere decir negro, á los brasileros y generalizando: á todo el ejército aliado.

sibilidad de volver, con aquella rapidez con que él tomaba sus resoluciones, sin detenerse á reflexionar, cerró espuelas á su caballo y en vez de dar vuelta y acometer al grueso del grupo que se le habia formado á la espalda, atropelló ciego hácia adelante en el rumbo en que habia oído la voz en español dándole el *¡quién vive!*... chocó contra un bulto que le cortaba el paso y descargándole á boca de jarro su revolver, partió como una exhalacion hácia el campo enemigo.

La guerrilla le hizo uno ó dos disparos, pero era peligroso repetirlos por la direccion que llevaba el fugitivo; en ella debia encontrarse el oficial que la mandaba, y mas lejos la reserva... En el primer momento de confusion buscaron á su jefe y lo encontraron moribundo entre unas pajas. ¿Quién lo habia herido?...

El desórden se siguió al encuentro: era necesario dar parte inmediatamente, pero estando á pié, el aviso tenia fatalmente que llegar muy retardado á las reservas.

Mientras tanto el hecho manifiesto era que un ginete enemigo corria en ese momento en direccion al campo atrincherado...

Morillo á su vez se alejaba de nuestras líneas cruzando como una flecha por retaguardia de las avanzadas paraguayas alrededor de nuestro campamento y siguiendo la línea de circunvalacion de las guardias enemigas, que si lo sintieron creían sin duda que era algun ayudante de servicio portador de órdenes urgentes.

Aquello no podia durar; no teniendo rumbo fijo la proyeccion de su carrera, tenia necesariamente que terminar en un momento... Por fin, creyéndose alejado y fuera del alcance de las avanzadas tiró de la rienda y se paró de golpe echándose sobre el lomo del caballo para interrogar las tinieblas; deslizó al mismo tiempo una mano para asegurarse de las cinchas y cuando vió que estaba solo, y éstas seguras, se irguió afirmándose en los estribos tomó el revólver de la otra pistolera, refle-

xionó un momento... despues soltó la rienda dejando en libertad á su caballo para que se orientara: le debia esa reparacion... y en seguida le apretó los espolines y volvió á partir como un proyectil.

El pobre animal así que se sintió libre, levantó la cabeza parando enérgicamente las orejas y dilatando las narices dió un fuerte resoplido como si tomara el olor de la querencia, cambió de rumbo bruscamente y partió á escape.

La carrera entonces se hizo mas violenta, y mas rápida; se necesitaba ser muy ginete para sostenerse sujetándose con las rodillas encima de un caballo que corria desbocado, siguiendo por detrás del albardon que rodeaba nuestra línea mas allá del estero, formando un doble arco sobre la herradura del campamento.

Como á las dos y media de la mañana se sintió un movimiento de alarma en la derecha brasilera; un nutrido tiroteo se oía sostenido con la avanzada paraguaya,

en la que se escuchaban gritos, algo como un gran desorden.

El fuego se fué haciendo general y al amanecer las dos líneas estaban sobre las armas en actitud de entrar en combate...

## **Delirio y doble vista**

... Despues de la diana circulaba como un rumor con visos de verdad, que en la noche anterior un jefe paraguayo, burlando la vigilancia de sus tropas avanzadas se habia pasado, teniendo para ello que sostener una lucha encarnizada con las guardias enemigas y despues con las brasileras.

Mas tarde la version se confirmaba pero en una forma mas singular: se decia que el jefe pasado se negaba á declarar si no se le entregaba al general en jefe, ó al jefe de la artillería argentina.

Por último, como á las 12 del dia un oficial brasiero, seguido de cuatro gallardos lanceros conducian en calidad de preso al jefe en cuestion que montaba un caballo oscuro que trotaba manqueando del en-

cuentro en donde tenía las señales de una honda herida.

Aquel hombre traía la cabeza y parte de la cara atada, no tenía kepi y vestía uniforme argentino; llevaba la bombacha de brin manchada con sangre, traía un brazo en cabestrillo, y se conocía que estaba mortificado por la fiebre.

Los soldados así que lo vieron entrar á nuestros reales conocieron inmediatamente á *Balcala*, y antes que para nosotros fuera una sorpresa, ya se repetía en todas las carpas con asombro y cierto interés que inspira la desgracia:

¡El teniente Morillo!....

—¡Dios mio, en qué estado!... decían los amigos.

—Debe haberse batido con los brasileros, añadian otros, porque ellos lo traen.

—Quién sabe, se atrevió á murmurar el teniente Ruiz Valero que le tenía envidia; tal vez sea ese el pasado de que se hablaba esta mañana.... estos orientales son

muy aventureros . . Si Morillo lo hubiera podido oír le hace tragar la lengua.

¡Porque era Morillo el que venía en aquel lamentable estado de miseria!

No bien hizo alto la comitiva frente á la ramada del coronel, corrimos los amigos á ayudarle á que descendiera del caballo. Su cara estaba cadavérica: los labios parecían de cera; desde el primer momento se notaba que había debido perder mucha sangre antes de que lo vendaran, y aún se ignoraba el grado de gravedad de sus heridas.

Solo en el fondo de sus pupilas, avivado sin duda por la fiebre, se notaba aquel fuego que daba á sus ojos una expresión indefinida, rara mezcla de valor y de ternura. Oh! dijo Ipola con pasión: aquella mirada no la puedo olvidar jamás.

No tuvimos en ese momento tiempo para cambiar una palabra; él nos miró como haciéndonos un reproche por haberlo dejado solo la noche antes . . . á pesar de todo su mirada era dulce, cariñosa y puedo

asegurar que á través de su lastimoso estado, noté en él cierta satisfaccion de orgullo... era incorregible!

El coronel lo miró y no pudo ocultar un movimiento de sorpresa y lástima. Antes de interrogarlo escuchó el parte verbal del oficial brasileiro y visiblemente contrariado, á medida que hablaba, se contraían sus nobles facciones.

Por mas que nos aproximamos no pudimos oír mas que esto: el señor Pereira Mattos dos Pontes quiere á todo trance que se le dé una satisfaccion; ha sido ofendido de hecho... y el señor comandante en jefe de la division... encuentra... siguió tan en voz baja que no pudimos entender lo demás.

Un momento despues, en presencia del oficial brasileiro, empezaba el interrogatorio.

—De dónde venia Vd. cuando fué tomado por la avanzada brasileira?

—Del campo enemigo; y no he sido *tomado* desde el momento que venia hu-

yendo hácia ella, precisamente buscando su proteccion. Desde que me sintieron me han hecho fuego y he tenido que gritar: *pasado!* para evitar que me matasen.

Asimismo, dijo, llevándose la mano que tenia libre á la cabeza: ya vé V. S. cómo me han puesto.

El coronel guardó silencio un momento y resolviéndose de pronto, abordó la parte escabrosa del asunto.

—¿Cómo se encontraba Vd. á esa hora en campo enemigo?

Morillo, esperaba la pregunta; queria contestarla sin comprometer á nadie diciendo lo estrictamente necesario.

—Anoche despues de retreta fuí de visita al cuartel general; á la vuelta me extraví; en vez de tomar para acá, crucé el palmar y me encontré en el estero, probablemente frente al reducto del doce de línea; de pronto me ví rodeado por una fuerza enemiga que daba servicio de avanzada, y no siéndome posible retroceder, avancé á escape y me corrí á la

izquierda siguiendo un gran camino que nos circunda del otro lado del monte; mi caballo ha hecho lo demás, porque ignorando yo por completo la topografía, he confiado en su instinto que me trajo á la izquierda.

Al salvar otra vez la línea enemiga, creyéndome pasado, se me cerró el paso pero mis revólvers me han ayudado á despejar el camino, hasta salvar la última escucha. En cuanto á la recepción brasilera, dijo Morillo con ódio, ya la he referido: ha sido digna de...

El coronel no le dejó concluir.

—¿Con qué licencia salió Vd. del campamento?

—Con ninguna.

—Quién le acompañó á Vd?

—Nadie, respondió sin pestañar.

—Cuántas heridas tiene Vd?

—Cuatro: una de sable en la cabeza hecha por el enemigo, las otras tres una de bala, y dos de bayoneta por nuestros *queridos* aliados.

El coronel volvió á interrumpirlo...

—Conteste Vd. estrictamente á lo que le pregunto sin hacer uso de reticencias.

Morillo se caió.

—Despues de su llegada á la gran guardia brasilera ¿ha provocado Vd. un lance con el señor comandante Pereira...? dijo el coronel no recordando los demás apellidos.

—No es exacto. Despues de haber echado pié á tierra, se me despojó de la espada entre mas de veinte soldados, y se me quitaron los revólvers que ya no tenian un solo tiro; fuí sometido á un interrogatorio que creí muy justo... el oficial de avanzada estaba empeñado en que yo era un jefe enemigo de alta graduacion que me le habia rendido; yo por mi parte indignado por las heridas que tan cobardemente se me habian hecho sin necesidad, no me cuidé de justificar por el momento la identidad de mi persona; se los eché en cara: dije solamente que venia extraviado y me negué por último á de-

clarar como no se me entregara al cuartel general ó á mi division... ese comandante Pereira... Mattos... dos Pontes... que se aperció de mi uniforme se atrevió á explicar mi situacion, insinuando la idea de que al *pasarme* al enemigo, habia errado el camino y providencialmente caído en la avanzada brasilera!

—Vd. no ha debido estrañar la suposicion, desde que declaraba ir extraviado y la hora y su estado no era seguramente para evitar suposiciones ni una justificacion... por otra parte, el movimiento en la avanzada enemiga ha podido enjendrar la idea de una connivencia, en los que no tenian la obligacion de conocerlo.

Morillo se llevó la mano izquierda al pecho con dignidad como para afirmar una justificacion, pero el coronel temiendo otra cosa le interrumpió para decir:

—Vd. ha injuriado al señor Mattos y... le debe una explicacion.

—Le llamé únicamente animal, lo que confieso que podrá ser una injuria, pero

no es una calumnia. Ha sido necesario que insistiera en su afirmacion queriendo meterme sus razones por la cara, para que yo con la mano izquierda reprimiera... el abuso... enrostrándole su cobardía.

—Basta! dijo el coronel cortándole bruscamente la palabra.

Morillo se calló trémulo de rabia; nosotros temimos una crisis nerviosa.

—Señor capitan, dijo el coronel dirigiéndose al oficial brasilero que le escuchaba rijido como una estatua: diga á mi amigo el señor general Netto que le agradezco sus buenos oficios, pero que en todo esto no ha habido un delito frustrado como parece suponer; se trata solamente de una falta á la disciplina hija del aturdimiento de su autor. Yo la corregiré severamente aunque en el pecado tiene ya recibida gran parte de la penitencia...

En cuanto al incidente con el señor comandante Pereyra... Mattos...

—Dos Pontes, agregó el oficial para ayudar la memoria del coronel.

—Eso es... Pereyra Mattos dos Pontes... el teniente Morillo le dá sus excusas.

—Permítame el señor coronel... eso lo reputo reprimente de mi dignidad...

—No me interrumpa, teniente!...

—Es que no cabe dar excusas cuando á uno se le ha ido la mano...

—Silencio señor! no me interrumpa: yo soy quien hablo, gritó el coronel visiblemente contrariado... y agregó bajando el tono y suavizando la voz:—le da sus excusas, porque en el estado de excitacion nerviosa en que se encontraba á consecuencia de su desgraciada aventura y de sus heridas, no tenia conciencia cierta de sus actos...

—Permítame el señor coronel...

—No tenia conciencia y por consiguiente responsabilidad de sus actos!... agregó el coronel recalcando las palabras.

Morillo se mordió los lábios y una lágrima de rabia empezó á descender pausadamente por su mejilla.

El oficial brasileiro saludó militarmente, dió media vuelta y se atejó.

—Señor coronel, dijo Morillo: V. S. me puede castigar; he cometido una falta y lo merezco, pero no debe hacerme pasar por cobarde, ni por loco... porque no lo soy...

—Le parece, dijo el coronel en un tono mas familiar: seguramente nadie le tendrá á Vd. por cobarde, pero tiene Vd. la locura de Don Quijote... es cuerdo mientras no se trate de aventuras de caballería andante, mientras no haya un peligro que correr, un conflicto que provocar. ¿Sabe Vd. en qué situacion me coloca con el Estado Mayor para justificar su calaverada? Esta tarde no habrá una persona que no hable y comente el hecho. ¿Ha meditado Vd. ya sobre la situacion que se ha creado, sobre la del mismo ejército con relacion á sus aliados que entran como factores en el asunto?...

—Bien, mi coronel; dijo Morillo razonando: comprendo que he faltado y que

mi situación es grave por no tener excusa, pero no así respecto al Estado Mayor y al ejército, porque á costa de mi sangre sabe hoy ciertamente una cosa que apenas sospechaba ayer...

¿No se está preparando un reconocimiento para averiguar qué hay detrás de los montes que están mas allá del estero? pues bien: hay un vado inmejorable, un camino franco que he recorrido á escape en veinte minutos, un piso firme en que puede tomar posiciones muy bien nuestra artillería y ocupar la infantería; ¿no está ahí mi caballo sin mas lodo que el que ha tomado al pasar el estero?...

He abandonado mi campo sin licencia; muy bien, merezco un arresto... me he extraviado y penetrado al campo enemigo... ya esto es mas grave: merezco un arresto y un sumario para esclarecer el hecho... pero la fatalidad... no, la casualidad, mi fortuna tal vez, ha querido que me anticipe al movimiento; que sirva de alcance al boletín que va á dar el ejér-

cito despues del triunfo y esto merece un ascenso... yo estoy seguro que V. S. no me olvidará en las primeras propuestas...

El coronel le miró sin contraer un solo músculo de la cara; aquel hombre en cuyo pecho palpitaba tambien un gran corazon, tenia el poder admirable de dominarse en todas las situaciones.

Todos sonreímos de la salida de Morillo menos él; despues agregó dando á su voz una inflexion de ternura casi paternal...

—Teniente: preséntese Vd. en calidad de arrestado en la ambulancia de la division.

—Morillo calló: se llevó con cierta dificultad la mano derecha á la cabeza, por razon de la herida del brazo; saludó militarmente, dió media vuelta y se alejó con paso inseguro hácia el hospital. Parecía ébrio: durante el trayecto miraba con alta-nería á los que encontraba á su paso; hubiérase dicho que estaba loco!...

Aquella noche Morillo estaba grave-mente enfermo.

Cuando despues de la lista de la tarde fuí á la ambulancia, el pobre se agitaba en una camilla en un estado lamentable.

Se comprendia sin ser médico que su vida estaba en peligro; desde temprano deliraba; el Dr. Viedma en persona le habia hecho la primera cura facultativa y despues de lavar y vendar sus heridas declaró que su estado era muy delicado, que se le vijilara y sobre todo que no se le permitiera hablar con nadie.

Por esta razon encontré algunas dificultades para llegar hasta él, pero lo conseguí prometiéndole no hablarle ni una palabra. Dios sabe cuánto me costó que me creyeran esta promesa, sabiendo como sabe todo el mundo que todo prometo menos estar callado; pero lo dije con tono tan solemne que se me franqueó el camino.

Cuando me acerqué á su lecho el desgraciado no me conoció; me miró fijamente y al fin dijo con voz torpe y cortada por la fatiga:

—Sí! sí! Cristina yo te adoro! vés?

vés?... ya soy general! ya eres mia. Lloras? por qué? ah! tu lazo de azahares se ha enredado en mi charretera derecha; tonta! no hagas caso: son tus atributos de virgen que buscan el consorcio con mis presecas de sangre!...

No me mires las manos; el guante cubre las manchas!... sangre de enemigos vertida lealmente... No te lo prometí?... no te dije que me elevaria por mi propio esfuerzo hasta vencer la ridicula oposicion de mi padre?... te horrorizas? ah, desgraciada! creías que aún soy el adolescente que te juró amor al pié del altar, el dia de tu primera comunión!...

No! no! mi espada chorrea sangre; mis armas han perdido el brillo reluciente de lo inmaculado; están empañadas por el fuego, ennegrecidas por la pólvora, manchadas, súcias... ya no me duermo pensando en tí; ahora suelen asaltarme visiones... creo que hay dentro de mi pecho un espíritu encargado de mortificarme... ¿No ha dado en decirme que te casas?...

Ay! y qué boda te preparan! todo Montevideo está invitado... te veo cubierta de flores... pero los demás llevan cirios! por qué? pero, dónde está tu esposo?... quién va á ser tu marido?

Morillo se sentó de golpe en la cama; sus labios estaban lívidos, su pulso corria con una velocidad espantosa; los ojos fijos en una vision que él solo percibia, brillaban fosforescentes en medio del cuadro sombrío que lo rodeaba; lo tomé dulcemente de los brazos y volví á recostarlo en la almohada; quedó un momento en silencio: solo se oía su respiracion fatigosa y algo como un estertor.

La temperatura de su sangre debia ser muy elevada; se adivinaba la proximidad á la combustion.

Un momento despues volvió el delirio:  
—Atrás miserables! dénme paso ó me lo abro con mi espada. El qué?—agregaba como respondiendo á una voz... Eminencia!... grandeza!... soberano!... qué me importa!... si es mia! si me lo ha jura-

do... si es mi primer amor, no! mentira... mi único amor, mi ideal... mi ensueño... la que me ha atado á la vida, la que me ha dado fuerza para luchar... el premio final... la meta... qué me importan los entorchados sin ella!...

*Si, de la gloria la corona es bella,  
Con el aplauso de amorosa voz!...*

Atrás, malvados! no intercepteis mi paso; quitad ese altar ó lo derribo.

Nadie es digno de ella sino yo!... Pero, tú, paloma, por qué tiemblas? dijo dulcificando su acento é impregnándole de ternura; por qué palideces?... aquí estoy yo, á tu lado... Es que no me quieres ya?... y luego agregó levantando gradualmente la voz hasta darle una expresión de energía... Te obligan... nadie es capaz de violentar tu voluntad; juraste ser mia, ó de Dios... pues bien, aquí estoy, vengo á levantar tu voto; quién se interpone á mi paso?... un altar cubierto... con un velo de crespon ¡ Dios mio!

dónde ocultas tu caballera de azabache? Qué traje de desposada es ese tan raro! . . . agua! agua! me abraso!

Pobre Morillo! la fiebre lo devoraba y el agua que podía ofrecérsele era el agua inmunda del estero: un agua tibia, gruesa, nauseabunda, generadora de las fiebres intermitentes que asolaban el campamento, y no había otra cosa con que apagar aquella sed desesperante!

Pedí al cabo de servicio un poco y me dieron una caramañola que desde la tarde estaba enterrada para que aquel líquido, capaz de causar náuseas al estómago mas fuerte, se pusiera á una temperatura relativamente mas baja; esprimí en ella una naranja casi verde del naranjal inmediato y se la puse en los labios.

El pobre enfermo bebió con fruicion: su estado no le permitia juzgar la repugnancia de aquel brevaje; se dejó caer sobre su lecho y permaneció un momento callado. Creí que se dormia; su respiracion fatigosa parecia irse tranquilizando; la

palidez mortal de su cara me daba miedo; los labios contraídos dejaban ver aquellos dientes en otros momentos descubiertos para la risa franca, que iluminaba siempre su rostro.

—Morillo, le dije dulcemente; hermano, me conoces? aquí estoy á tu lado, tranquilízate; es preciso que tomes esta píldora de quinina que te hará bien... y le puse en la lengua la amarga droga, colocándole la caramañola para que la hiciera pasar.

La tomó maquinalmente y bebió... luego con voz desfalleciente me dijo mirándome inconsciente: deliciosa!... es la fruta del paraíso! agua pura y cristalina de la fuente... no la oyes murmurar entre las piedras? no la sientes deslizarse por entre los guijarros, bajo la sombra fresca de madreselvas y rosales? no oyes el canto de las aves que me invitan al reposo? qué hermoso cuadro! siento la brisa del mar que refresca mi cara; siento el hálito perfumado de las quintas del Mi-

guelete... ahí está! la veo bajo esta glorieta rústica, pensativa, cubierta de melancolía mirando el horizonte, el infinito; tratando de descubrir la vela que le devuelva su prometido... oyes? oyes!... dijo bajando la voz y como hablando en secreto; es la campana de la *Matriz*: toca el *Angelus*, la oracion de los inocentes; el sol ya se ha ocultado; empiezan las sombras y los misterios; ahora sé que saldrá al balcon, que me invitará á que le acompañe su plegaria; juntos levantaremos el espíritu; nadie nos mira, solo los dos estamos en el secreto; ah! si Cristina! mi madre y vos, los dos seres que mas amo me han hecho creer y confiar en Dios; pues bien, yo confundo estos dos sentimientos!—el amor á Dios y tu amor... lazos misteriosos ligan estos dos términos... es preciso renovar el juramento: mia ó de Dios!

De pronto su cara se contrajo: sus ojos despedían llamas; hizo un movimiento brusco y se arrancó la venda; fué preciso

llamar al cirujano de servicio porque se pronunció de nuevo la hemorragia. Creí que había perdido la razón.

Cuando estuvo otra vez vendado comprendí que era necesario retirarme; no me podía decidir: por fin salté llorando. No era posible dejarlo solo, sin faltar á los deberes de la amistad y de la humanidad para con los que se quieren.

---



## **Plagas é inundacion!**

Al dia siguiente pedí permiso para asistirlo y se me concedió.

Era un dia cruel: el sol desde temprano se mostró con un rigor africano; sus rayos se quebraban en la blanca arena del campamento y la refraccion quemaba.

A las ocho de la mañana la temperatura era insoportable.

Entre las grandes plagas que nos mortificaban, la peor quizá, era la de las moscas.

No se podia estar en reposo porque aquellos insectos inmundos multiplicados de una manera superior á toda suposicion, lo cubrian á uno por completo.

Era imposible conversar porque invadian la boca; y mucho menos comer: tan pronto como se presentaba un plato, un

bocado, en aquel mismo instante quedaba cubierto de moscas; era necesario agitarse, correr para poder llevarlo á la boca.

Todo era soportable; los reptiles, las arañas, los jejenes, aún el agua inmunda del estero,—agua de la Estigia—como decía Morillo; pero las moscas eran algo superior á todos los esfuerzos de que es capaz la resignacion.

Esto que no podíamos sufrir los sanos, ¿cómo lo resistirian los enfermos? aquellos que heridos servian por su olor especial, de atraccion á la plaga! . . .

Y pensar que Morillo tenia que sufrir sin moverse aquel martirio . . .

Desde temprano me instalé á su lado, hice con unas ramas tiernas una especie de mazo y me puse á espantarle las moscas.

Su estado era el mismo.

. . . Era la plaga de esa especie conocida con el nombre de mosca doméstica: una mosca grande, negra, pesada, fastidiosa, insistente; una vez que se posaba en la

cara, era inútil querer echarla contrayendo los músculos faciales ó sacudiendo la cabeza; aquella tenacidad desesperante no obedecía sino á la mano.

Napoleon decia que á los soldados rusos despues de matarlos era preciso empujarlos para que cayeran; bien, pues: las moscas paraguayas exigian que se les matara sobre la presa y barrerlas en seguida, para que dejaran el sitio, que era cubierto un segundo despues por miriadas de otras mas atrevidas, mas pegajosas, mas porfiadas, mas audaces y si cabe, mas indiferentes por la vida.

Se reproducian en progresion inconcebible, y tan pronto como se suscitaba un olor cualquiera estimulante de su voracidad, se presentaban en nubes densas, compactas, capaces de hacer sombra á la luz y se pensaba sin querer en esas plagas bíblicas evocadas de los pantanos del Nilo por la vara prodigiosa de Moisés.

Deseábamos un huracan que las barriera: Aquel ansiado recurso se hizo esperar

largo tiempo y al fin vino; pero las moscas con maravilloso instinto lo presintieron y una hora antes nuestras tiendas, los trenes, los parques, las ambulancias, nuestras ramadas, los árboles y todo cuanto pudo ofrecerles un refugio, quedó cubierto, como pintado de negro.

El huracan pasó, pero las moscas quedaron y nos invadieron mas voraces, mas atrevidas, y mas estimuladas por el hambre.

Dias de diez y siete horas de luz, sofocantes, monótonos, pesados, que exigian el recurso de la siesta, como compensacion á unas noches cortas, y tibias pasadas con el sobresalto consiguiente á la proximidad de un enemigo que nos acechaba á medio tiro de fusil de nuestra avanzada; los pasábamos agitados en la irritacion desesperante que nos producía aquella plaga repugnante y pegajosa de las moscas del campamento.

Cómo lo pasaria nuestro amigo cuando el olor de sus heridas eran un incentivo

á la tenacidad implacable del abominable insecto!

Construido mi plumero de ramas me instalé al lado de su lecho, resuelto á combatir las moscas aunque tuviera que matarlas por millares. El enfermo no demostraba una mejoría sensible, y aunque el delirio habia pasado, nada nos autorizaba á creer que no volveria.

Las simpatías que encontraba en todas partes, le aseguraron una asistencia esmerada por parte del cuerpo médico

Despues de muchos dias de lucha las heridas entraron en el período de cicatrizacion y la fiebre fué cediendo.

Estaba muy débil y estenuado; su cara presentaba un grado de demacracion extraordinaria, teniendo en cuenta sobre todo que pocos dias antes vendia salud.

Lo que mas se le notaba era la postracion del espíritu; todos los brios habian desaparecido dejando en su lugar una especie de aplanamiento manifiesto de las facultades.

Cuando se dió cuenta del tiempo que habia transcurrido sin conciencia de la vida, se creyó mas grave aún de lo que en realidad estaba; esperó tranquilo la muerte y se preparó á recibirla. . . Al fin me conoció y me pidió informes respecto á su situacion, sobre lo que opinaban los médicos y si aún seguia arrestado'.

Satisfice como pude su curiosidad tranquilizándolo y rogándole no se preocupara de otra cosa que de restablecer su salud.

—Bueno, me dijo; ya sé lo que me espera; pero estoy tranquilo. Mira, hazme traer mi valija que la necesito; quiero darte instrucciones para cuando todo haya concluido.

Inútiles fueron mis esfuerzos por tranquilizarle. Le hice traer la valija que me rogó abriera en su presencia; me pidió que sacara un pequeño paquete que le entregué. . . lo tomó con religioso respeto, lo besó, lo colocó bajo la almohada y cuando yo esperaba que me hablara, se dió bruscamente vuelta, me dió la espalda y me dijo: mañana hablaremos!

Algunos minutos despues noté que dormia; la respiracion era tranquila pero sus lábios se movian como si rezara.

Por mi parte necesitaba tambien reposo y me alejé algunos pasos. La noche empezaba: tendí una manta bajo la ambulancia que encerraba la farmacia y me eché á dormir, no sin antes encargar que si Morillo se despertaba y preguntaba por mí, se me llamara en el acto.

Aquella noche fué reparadora; se preparaba una gran tormenta y desde temprano empezaron á sentirse fuertes ráfagas de un viento sud que bajaron la temperatura é hicieron soportable aquella atmósfera asficiente que nos mortificaba desde quince dias atrás.

Mas tarde empezó á llover, pero como llueve en aquellas latitudes; una lluvia torrencial de gotas gruesas y nutridas; por fin, siquiera por un dia tendríamos agua pura y fresca, y la mósca, ese enemigo odioso, mermaria.

Con una especie de satisfaccion íntima,

respiré aquel aire fresco y puro dilatando los pulmones, abandoné el sitio en que me encontraba y me refugié en un carro; el agua azotaba el techo de lona con un ruido de tambor. Llamé al asistente de Morillo y le mandé que aprovechara el momento de limpiar de moscas la carpa de su teniente procurando no despertarle, y así lo hizo con mas habilidad y delicadeza de la que podia esperar del viejo Lucero.

Cuando supe que mi enfermo dormia, me dormí tambien al arrullo de aquel diluvio. La diana me despertó; pero como la lluvia continuara firme y copiosa y el enfermo descansara, procuré seguir durmiendo.

Al fin, muy entrado el dia, desperté y me llamó la atencion el aspecto del campamento. Era una inmensa laguna.

Como á las cuatro de la tarde un centinela colocado á la orilla del estero notó que el agua en media hora le habia hecho retroceder un cuarto de cuadra; empezó á

reflexionar si esta novedad merecia dar cuenta al cabo, cuando tuvo que abandonar el sitio porque el estero crecia visiblemente.

Entonces ya no trepidó en comunicar el hecho que por otra parte, empezaba á ser observado por todo el ejército. Ya no vaciló: llamó al cabo y dió cuenta... un momento despues el campamento se agitaba como un inmenso hormiguero cuyas galerías son invadidas por una inundacion...

A la hora el agua invadia los fosos, y á las seis habia medio metro entre las carpas.

Uno que otro albardon quedaba al descubierto y allí se empezó á llevar á brazo la artillería y los carros de municiones; la infantería trataba por su parte de salvar las suyas.

Antes del toque de retreta, dos mil hombres trabajaban con palas y picos abriendo un canal hácia la laguna Piris.

Todo el mundo trataba de salvar su

equipaje, lo que daba al campamento el aspecto de un desastre.

El fenómeno era tan raro, tan inesperado y de resultado tan desastroso, que parecía imposible que fuera obra solo de la naturaleza; empezaba á creerse que entraba por mucho la mano del hombre.

No se comprendía de otra manera una inundacion tan rápida. El agua de la lluvia si bien era mucha no habia sobrepasado gran cosa á otros temporales, sin que hubiéramos sentido un caudal tan grande de agua sobre el estero.

Hácia las diez de la noche se sintió un fuerte tiroteo en la avanzada y algunos minutos despues se tocó generala.

El fuego se aproximaba, lo que demostró que la avanzada se batia en retirada.

Por fin se oyó una gran gritería y empezó un nutrido fuego de fusil sobre nuestras posiciones.

El enemigo! se decia; ¿pero, cómo? el estero estaba infranqueable y si á nos-

otros nos impedia acercarnos, á ellos debia impedirles invadirnos.

Sin embargo, el tiroteo aumentaba y ya debian pasar de dos mil hombres los que nos fusilaban á una cuadra dentro del estero á juzgar por la intensidad del fuego graneado.

Ya no llovía: la noche era oscura y no se distinguía nada mas que los fogonazos.

Algun grupo mas atrevido que los otros se acercó á la orilla y una patrulla del regimiento San Martín á las órdenes del teniente Marambio, cargó á fondo encontrándose con un piquete de infantería que tripulaba una gran canoa.

Se trabó un combate á boca de jarro que dió por resultado volcar la canoa y tomar doce prisioneros que fueron conducidos inmediatamente al Estado Mayor.

¿Qué habia pasado?

Los prisioneros nos hicieron saber lo siguiente:

Desde largo tiempo atrás el Mariscal Lopez habia hecho construir un doble foso

que unía el gran estero que se dilata entre el Bellaco Norte ó Tuyuty con Humaitá, dejando cerradas las cabeceras de los fosos para abrir camino á la corriente en el momento preciso de una gran lluvia y consiguiente crecimiento de los esterós.

Abierta la corriente del gran estero hácia Tuyuty por aquellas dos grandes arterias, el resultado necesario era una gran inundacion de los terrenos bajos que ocupaba el ejército aliado entre el Bellaco Norte y Bellaco Sud.

La situacion entonces tenia que ser desesperante. Para agravarla, en un momento dado, hizo traer ochocientas canoas de Humaitá y las depositó frente al paso del Sauce, en el sitio preciso en que desagua el estero sobre la laguna Piris.

Pero ésta como todas las grandes ideas de Lopez ó de los suyos, falló por la impaciencia de los encargados de ejecutarla.

Si en vez de abrir las corrientes á las tres de la tarde, las abren á las diez de la

noche, el ejército aliado sufre un irreparable desastre.

No se hubiera apercibido de su situación sino cuando ya no tuviera remedio, y no se habrían podido organizar trabajos de desagüe hasta no venir el día.

El desorden y el pánico tal vez hubieran hecho más que el ataque en canoas que se nos trajo, que no dió otro resultado que meter mucho ruido, sin causarnos en realidad pérdida de hombres.

Cuando Morillo sintió que nos batíamos en el campamento, quiso salir de su carpa y empezó una lucha encarnizada con los enfermeros que no le consintieron que hiciera semejante disparate.

Por otra parte, tenían que cambiarlo de campo, pues su carpa, como todas las demás, estaba inundada. Sin hacerle caso lo levantaron en hombros y lo llevaron al parque en donde había tierra firme.

Allí sufrió un retroceso que lo puso al borde de la tumba: la fiebre volvió, y con ella el delirio.

---



## **Cristina**

Por fin, al día siguiente la fiebre había cedido y su estado era mucho más satisfactorio. Con la lluvia y la inundación, la temperatura era más baja, se hacía soportable y las moscas aún no se presentaban en el número y con la tenacidad acostumbrada.

Cuando entré a la carpa de Morillo, me recibió sonriente, brillando en el fondo de su mirada un rayo de ternura y agradecimiento.

—Gallego! me dijo con cariño: te debo mi restablecimiento; sé que no me has abandonado durante la crisis que me ha tenido al borde del sepulcro, y tu conducta me obliga. No recuerdo haber visto a mi lado más cara amiga que la tuya... qué se han hecho los demás? Es que me juz-

gan mal? habrá quien crea lo que sospechan esos imbéciles de la avanzada?

—Nó, le dije bruscamente cortándole la palabra: nadie cree en eso; pero tu sabes lo que son ciertos compañeros: se olvidan fácilmente del que sufre, y su amistad se enfria en la adversidad. Egoismo! celos, que despierta tu noble ambicion de glorias! tus impaciencias. tu carácter...

—Los conozco, dijo Morillo: pero si es eso solo, no les guardo rencor. Ah! en cambio reconozco tu abnegacion y me felicito de haber encontrado un amigo. Tanta falta me hacia... soy tan desgraciado, que desde que vine de mi país, si bien encontré proteccion aún no sabia que existiera un ser capaz de sacrificar su reposo, su reputacion y de comprometer tal vez su vida por mí, defendiéndome contra la estúpida calumnia, que no por presentarse velada es menos cobarde!...

—Por qué dices eso? no te debo mi vida, no me has defendido contra las agresiones

brutales de los que abusan de mi carácter franco y expansivo?... vaya! dejemos este ingrato tema; lo principal es que te mejores; quieres que te dé una buena noticia? pues bien, sábelo todo: el coronel ha elevado propuestas al Estado Mayor y me consta que vas á llenar la vacante del capitán Tomás Salvadores de la 1ª del 1º.

—¿De veras?—dijo Morillo interrumpiéndome con vehemencia.

—Lo sé por el secretario del coronel.

—¿A cuánto del mes estamos?

—A primero de Setiembre, y según rumores pronto nos moveremos.

—¡Dios mio! dijo Morillo agarrándose la cabeza ceñida por las vendas: solo dos meses faltan...

—¿Para qué? le pregunté haciéndome el indiferente...

—¿Para qué?... mira, ese es mi secreto ó mas bien dicho, era mi secreto; pero contigo mi buen amigo, no debo tenerlos ya; ¿no has sido mi hermano durante la fiebre? ¿no has escuchado tal vez mis deli-

rios? ¿no has tenido en tus manos mi tesoro, mi única fortuna, ese paquete que tengo bajo mi cabecera... ese retrato y esas flores secas y marchitas como mis esperanzas? pues bien, todo ello pertenece á la persona por quien vivo, por quien lucho, por quien soy militar, porque no habria podido ser otra cosa y conquistar mas pronto un nombre para merecerla; la persona en fin á quien amo y quien será un dia mi esposa aunque para ello hubiera que escalar el cielo, si el cielo me la robara!

Cristina, sí, mi pobre Cristina: el ángel que desde muy niña creyó en mí, la tierna compañera de mi infancia, mi primer y mi único amor... ¿lo creerás? tenia yo nueve años y ella siete, y ya nos amábamos sin saberlo... pero con el amor puro y celestial de los ángeles, como pueden amarse las flores sin la mezcla bastarda del deseo, sin propósitos terrenales.. jugábamos juegos inocentes, corríamos juntos por el jardin del colegio; las maripos-

sas que yo mas diestro que ella cojia se las regalaba; tejia guirnaldas y hacia coronas de rosas y jazmines y se las prendia en la cabeza llamándola en seguida *mi reina* y rindiéndole pleito homenaje... la negra Agapita, la sirvienta del colegio, se encargaba del banquete que se hacia con masas y bombones de la confiteria de la esquina... ah! dias felices, ¿por qué pasaron?

Cristina era pupila del «Colegio de la Inmaculada» y mi madre era muy amiga de su directora. Allí la conocí en las horas de recreo... jugando con dos ó tres niñas mas que constituian todo el personal de las internas. Por una especie de atraccion misteriosa, hija tal vez de mi precocidad, me sentia arrastrado hácia ella y sin darme cuenta de la razon de la preferencia, le servia de protector en sus juegos con las demás.

Así pasaron cuatro años hasta que en el mes de Noviembre de 186... ella dejó el colegio para ir con su familia y yo fuí obligado á consagrarme al estudio, para con

cluir los preparatorios y seguir la carrera de médico á que mi familia queria dedicarme y por la cual yo sentia una repugnancia invencible.

Despues de mis horas de universidad debia vigilar la farmacia de mi padre y continuar allí estudiando mis lecciones del dia siguiente. Desde el fondo del salon en donde tenia un pequeño pupitre divisaba hácia la esquina de la acera de enfrente el balcon de la casa de Cristina... Sin saber cómo, sin el mas mínimo acuerdo, todas las tardes, algunos minutos antes de ponerse el sol, salia ella al balcon y yo á la puerta de calle, cambiábamos un saludo cariñoso y permanecíamos mirándonos hasta que en la vecina iglesia Matriz sonaba la campana de la oracion.

Entonces nos quedábamos serios, en muda contemplacion, guardando un religioso silencio... hasta que sobrevenian las primeras sombras de la noche, y ambos dejábamos nuestros puestos, no sin antes haber cambiado una mirada de inte-

ligencia y despedídonos hasta el siguiente día.

Crees tú que habia preparado esto un acuerdo? pues te engañas: no nos habíamos dicho una palabra. Ella y yo procedíamos impulsivamente. Como nuestras respectivas familias no se trataban, nosotros, sin saber porqué, continuábamos viéndonos, amándonos, porque esto era amor puro y santo: solo que recién empezábamos á comprenderlo; éramos dos adolescentes, pero nuestra simpatía databa de antiguo.

Jamás le habia dicho hasta entonces una palabra de amor; pero, ¿para qué, si ambos lo sentíamos sin necesidad de decirnoslo? ¿No éramos los mismos? ¿no continuábamos soñando venturas desconocidas... ideales fantásticos, goces celestiales, fuera del planeta, en mundos extraños en que nuestra humanidad se cernia desprendida de los lazos terrenos, desligada de la materia, pura, diáfana, impalpable?... ¿Acaso habia empañado

el fanal de nuestros amores un solo pensamiento terrenal? Nos veíamos al caer el sol, en la hora del recogimiento, y ambos confundíamos nuestros espíritus en la misma plegaria... ¿para qué más?

Pero sin darnos cuenta, sin notarlo, ambos nos íbamos desarrollando. La pubertad nos invadía. Cristina cada día agregaba una nueva gracia á sus formas infantiles, que desaparecían velozmente para dar lugar á una adolescencia exuberante de formas.

Sus grandes ojos negros de bambina brillaban bajo el arco de sus cejas, sombreados por largas pestañas; su talle se alargaba y aquel cuello infantil que yo había inundado de flores mil veces, se llenaba, se erguía en curvas deliciosas sobre un busto alabastrino que servía de coronamiento á un cuerpo flexible de virgen americana.

Ella no perdía oportunidad de visitar la farmacia; sabía perfectamente sin que nadie se lo hubiera dicho, á qué hora esta-

ba yo solo y entraba acompañada de una antigua sirvienta á comprar pebetes de sahumar, artículo que constituia una de las especialidades de la casa; yo la servia, cambiábamos una mirada impregnada de un beso y nos despedíamos embriagados de amor hasta la hora del crepúsculo en que ratificábamos juramentos que no nos habíamos hecho jamás de viva voz.

Nunca me atreví á estrecharla un solo dedo; si de tal cosa hubiera sido capaz, el desprecio por mí mismo no habria reconocido límites.

Una mañana tibia de primavera despues de repasar mis lecciones, me instalé en la puerta de calle é indiferente llevé mis ojos hácia su casa. De pronto corrió como una vision su imágen: la ví salir en un carruaje, vestida de blanco y cubierta con un velo. Un estremecimiento corrió por todo mi ser, algo como una descarga eléctrica; el corazon empezó á palpar violento... ¿Adónde iba?

Me precipité hácia adentro, tomé mi

sombrero y abandoné la botica dejándola sola. Cuando estuve en la calle el carruaje habia desaparecido; me lancé en su huella y alcancé á verlo llegando á la Mátriz.

Corrí como un loco y penetré al templo. Allí estaba Cristina arrodillada, murmurando una oracion y preparándose para su primera comunión.

Me oculté cuanto pude; me parecia un crimen interrumpir aquella plegaria de ángel.

Así estuve hasta que concluyó la tocante ceremonia. Ella se retiró perdiéndose en la sombra de la nave y quedó orando largo rato...

¿Me habia visto? no lo sé; pero por una especie de comunión de ideas me sentí lleno de recojimiento y caí de rodillas al pié de un altar donde permanecí sabe Dios cuanto tiempo.

Al fin, un ruido de pasos me despertó. Era Cristina que abandonaba la iglesia; me acerqué apresuradamente á la pila

para ofrecerla agua bendita y cuando con voz trémula, sobrecojido de ansiedad estendí mi mano, ella me dijo con sencillez virjinal: Tonto! por qué has venido?

Balbuicié una disculpa banal que ni yo ni ella entendimos; pero mi turbacion debió ser tal, que ella viniendo en mi auxilio murmuró llevándose la mano al corazon y con los ojos preñados de lágrimas.

—Basta; no dudes jamás de mí: cualquiera que sea nuestro destino, *seré tuya ó de Dios.*

Yo no sé lo que pasó por mí; aquellas palabras que me hacian feliz, me fulminaron con la violencia de un golpe inesperado. Me quedé frio é inmóvil como una estatua de mármol; cuando me repuse, Cristina habia desaparecido y apenas se oía á lo lejos el ruido del carruaje que se alejaba.

Loco, abstraído, dando traspiés como un ébrio, tomé el camino de mi casa; allí me esperaba la vida real. Mi padre estaba furioso por mi desaparicion; abando-

nando la farmacia al primero que quisiera adueñarse de ella...

—Morillo calló un instante; estaba visiblemente fatigado; una especie de vahido le sobrecojió; algunas llamaradas que en algunos momentos habian encendido su cara se extinguieron de golpe y una palidez mortal inundó su rostro dejándolo como un cadáver...

Por fin, con gran esfuerzo ensanchó el pecho, cerró los ojos, y se dejó caer en el lecho...

—Señores, dijo Ipola: yo tambien necesito descanso; mañana continuaremos.

Alguien consultó la hora, y era mas de media noche...

Diez minutos despues se oía un concierto de ronquidos que en diferentes tonos se llamaban y se respondian de unas carpas á otras.

## En Curupayty

Desde algunos días antes de empezar Ipola su narracion, su salud no se encontraba en el estado de perfeccion que en él era habitual.

Esto reconocia por origen una mala partida que se le habia querido hacer.

Desde que la expedicion traspasó los limites de la antigua línea de fronteras, el general Roca le habia prometido que seria conductor del parte que diera cuenta al gobierno, de la ocupacion de la línea del Rio Negro.

Pero el espíritu de travesura que domina á la oficialidad de nuestros ejércitos y que casi les dá una fisonomía típica como á los galos, trataba por todos los medios á su alcance de quitar á Ipola esa gloria, nada mas que por provocarle una de esas crisis de desesperacion que muchas veces

por causas pueriles se apoderaban de él.

El ayudante Miguel Martínez, ó *Miguelon*, como se le decia en el ejército, acechando el momento de una lijera indisposicion de Ipola, supuso con refinada malicia y lujo de finjimiento una orden del general Roca para despachar con algunas horas de anticipacion el parte de la ocupacion de la nueva línea, operacion llevada á cabo con gran solemnidad, enarbolando el pabellon nacional y haciendo escuchar en aquellas alturas por primera vez los acordes del himno patrio, en medio de salvas de artilleria, el dia del aniversario glorioso de nuestra emancipacion política.

El comandante Leyria, otro travieso, se prestó á figurar como el favorecido con la comision, y casi todos los oficiales del cuartel general se decian sabedores de la subrogacion.

Ipola cayó en el mas profundo abatimiento; su desesperacion no reconocia límites; abandonó su carpa, tiró los parches que combatian su jaqueca, mandó

premio que se acuerda siempre al oficial portador de la noticia de una victoria.

Pero Ipola no fué ascendido entonces y en la época en que narraba la historia del capitán Morillo era aún teniente coronel y como hacia muy poco tiempo que habia realizado esa hazaña, aún sentia en sus nalgas de acero los efectos de aquel galope pampa.

Así, pues, al día siguiente, cuando continuó su narracion, tomó como al principio todas las precauciones imaginables para que su asiento fuera blando y cómodo, puso á contribucion todos los quillangos que pudo y empezó su peroracion sumido entre un montículo de cueros.

Algun observador malicioso quiso algunas veces hacer alusiones intencionadas sobre el *charqui* y las *charqueadas*, pero fué reprimido por la curiosidad general que ansiaba saber cómo continuaba desarrollándose el episodio de Morillo en los últimos días que pasó en Montevideo.

premio que se acuerda siempre al oficial portador de la noticia de una victoria.

Pero Ipola no fué ascendido entonces y en la época en que narraba la historia del capitán Morillo era aún teniente coronel y como hacia muy poco tiempo que había realizado esa hazaña, aún sentía en sus nalgas de acero los efectos de aquel galope pampa.

Así, pues, al día siguiente, cuando continuó su narración, tomó como al principio todas las precauciones imaginables para que su asiento fuera blando y cómodo, puso á contribución todos los quillangos que pudo y empezó su peroración sumido entre un montículo de cueros.

Algun observador malicioso quiso algunas veces hacer alusiones intencionadas sobre el *charqui* y las *charqueadas*, pero fué reprimido por la curiosidad general que ansiaba saber cómo continuaba desarrollándose el episodio de Morillo en los últimos días que pasó en Montevideo.

traer su tropilla de reserva y se presentó resueltamente al general Roca.

Este, que ignoraba la version que el pérfido *Miguelon* le habia hecho tragar á Ipola, se rió por dentro como acostumbra, y despues de oír las protestas de estar en buena salud que éste le hacia, resolvió despacharlo anticipándose algunas horas, á lo que tenia pensado.

Ipola tomó el pliego y antes que nadie se diera cuenta del resultado de su entrevista con el general, montó á caballo, echó la tropilla por delante y acompañado de un indio asistente partió como un rayo perdiéndose en las soledades de la Pampa.

Tres dias despues llegaba á fuerte Argentino con su asistente, sin mas caballos que los montados; habian galopado algo, como ciento veinte leguas en setenta horas, por campos vírgenes de planta civilizada, casi desconocidos, y sobre todo tan inseguros, que aquella cruzada importaba un acto de arrojo temerario digno del

de la sociedad, entregada á las prácticas cristianas y conservando el culto de la memoria de su compañero en los dias mas felices de su vida.

Al calor de aquellas ternuras maternales creció Cristina, pura y sencilla, instruida en las ideas místicas de la educación de aquel hogar, huérfana de padre, agena completamente á la lucha de pasiones que se agitaban en el mundo exterior mas allá de los muros de su casa.

Su internado de cuatro años en el Colegio de la Inmaculada habia acentuado mas sus principios religiosos; creta que la mujer no tenia mas mision que servir á Dios, levantando una familia educada en su santo temor, ó consagrándose á servir de madre á los pobres y á los desheredados bajo el sayal de las hermanas de la Caridad.

Ese era su criterio, inspirado por las directoras de pension y confirmado por su madre.

.. Sentia la necesidad de ejercitar el te-

Por fin, restablecido el silencio, Ipola retomó el hilo de su discurso.

El padre de Morillo, que era francés, observaba en silencio el rumbo que seguían las miradas de su hijo, cuando salía por la tarde á situarse en la puerta de calle y sospechaba de la regularidad periódica de aquellas manifestaciones mudas. Conocedor de la amistad cultivada en el Colegio de la Inmaculada y habiendo sorprendido quizá alguna vez un ensueño revelador, concluyó por convencerse que á su hijo le agitaba una pasión.

¿Cuál era? sobre eso no abrigaba duda alguna. Su hijo estaba enamorado de aquella niña hija del coronel Fernandez, su enemigo capital hasta la capitulación de Quinteros, despues de la cual pereció á consecuencia de sus heridas.

La madre, una virtuosa matrona tipo de la mujer abnegada y santa, que vivió en el campo hasta que perdió á su esposo, se habia retirado á la capital con el fin de educar á su hija manteniéndose alejada

prohibirle que volviera á poner sus ojos en Cristina.

Morillo oyó en silencio todas las injurias de su padre y desde ese momento tomó una resolución inquebrantable.

Para ser médico tenía aún que concluir sus estudios preparatorios y partir luego al extranjero para empezar los facultativos. Siete años por lo menos, y ¿para qué? para obtener un título científico en una carrera para la que decididamente se sentía sin vocación.

Además ¿no era aceptar eternamente la dependencia de su padre? Su espíritu anhelante de libertad iba á quedar ligado por razón de la profesión á aquella farmacia que odiaba y miraba como una cárcel?

Algunos días después, ya madurado su plan, aprovechando una momentánea ausencia del autor de sus días, se echó llorando en brazos de su madre y le hizo saber que había resuelto partir para Buenos Aires en busca de una carrera ó una

soro de ternuras y abnegaciones, que se agitaban en gérmen en el fondo de su alma y soñaba en el amor casto de un esposo ideal, en los dulces desvelos de la maternidad y allá, en último término, cuando estuviese ya resuelto el problema de su porvenir, si debiera renunciar á sueños tan legítimos, prodigar á los pobres, á los desvalidos, el caudal inmenso de su caridad, única fórmula que encontraba digna su sencillo corazón para dar actividad á sus sentimientos de mujer.

Pero Mr. Morillo no sabia ni queria saber lo que hacian ó pensaban aquellas mujeres que sospechaba herederas del odio de su enemigo.

Cuando supo que su hijo olvidado de sus obligaciones se habia ido á la iglesia tras la hipócrita mozueta que iba á comulgar, se puso fuera de sí.

Desde luego, en su furor quiso maltratarlo y solo cedió á instancias de su esposa; le llamó bribon, haragan, pillete, le amenazó con encerrarlo y concluyó por

parte de sus ahorros de algunos años y lo deslizó en el bolsillo de su hijo.

Morillo habia encontrado el medio de hablar con Cristina ó escribirle, porque en ella se notaban claramente las huellas de un sufrimiento intenso; sus ojos tenian un círculo rojizo que acusaba el llanto y desde aquellos dias su traje fué invariablemente negro.

¿Qué pasó entre ellos? ¿qué se dijeron? ¿qué se prometieron? solo Dios lo sabe. Tal vez mas adelante encontremos la clave que nos lo revele, pero nadie en Montevideo sospechó la resolucion de Morillo. Solo su madre y Cristina supieron la verdad sobre su paradero; solo aquellas dos santas mujeres condenadas por la intransigencia de un hombre á no hablarse ni tratarse jamás, estaban iniciadas en el plan.

Se veían de lejos con cariño; se amaban, se sentian unidas por un vínculo que las acercaba en secreto; cambiaban miradas de inteligencia; hubieran deseado

posicion que le permitiera ilustrar su nombre por su propio esfuerzo.

La pobre señora se opuso resueltamente, lo estrechó contra su corazon y anegada en llanto le rogó que abandonase semejante idea. Pero ella sabia perfectamente de lo que su hijo era capaz una vez empeñado en realizar su propósito.

Estaba segura que ni el temor ni las súplicas lo ablandarian.

Por otra parte, no era posible conciliar el carácter inflexible de su esposo, con la persistencia tenaz de su hijo.

Cedió al fin y prometió no decirlo á su marido para no provocar un conflicto en el cual ella iba á ser la víctima sacrificada.

Empezó á prepararle un modesto equipaje para su partida que tenia todos los caracteres de una evasion; su ternura previó las mil necesidades de aquel pedazo de su corazon que iba á alejarse tal vez para siempre y cuando ya estuvo todo concluido, puso en un portamonedas una

vivia aquel por quien suspiraban... y á quien esperaban ver algun dia . .

Morillo por ese tiempo habia llegado á Buenos Aires y buscaba en el comercio un empleo que diera ocupacion á su actividad; pero no tenia relaciones ni quien recomendara y garantiera su honradez.

Sus recursos se agotaban rápidamente y la duda y la desesperacion empezaban á desconcertar aquel espíritu fuerte.

Ya habian cruzado por su cerebro algunas ideas funestas, cuando un dia sintiéndose desfallecer, poseído de una tristeza mortal, llevó sus pasos hácia el cementerio de la Recoleta en cuyos alrededores se situó.

Allí, en un banco rústico, á la sombra de un viejo ombú que coronaba la barranca, permaneció abstraído, mudo, contemplando ante sus ojos aquel panorama único, que se dilata de Sud á Norte entre verjeles bordados de chalets y de palacetes, con un bosque inmenso de llorones sauces á sus piés y teniendo al frente el gran estua-

estrecharse en un largo y fuerte abrazo, llorar juntas, levantar á Dios sus votos, por aquel pobre muchacho proscrito que llevaban en el fondo de su corazón, adherido á su recuerdo como una incrustación dolorosa.

¿Acaso no pensaban cuando se encontraban al paso que algun dia serian ambas la alegría del hogar del ausente querido?

Aquellas dos austeridades, aquellos dos rostros sérios, indiferentes, severos, en presencia de los demás, no habrian necesitado mas que dos minutos de soledad, para echarse la una en brazos de la otra y murmurar juntas llorando un mismo nombre!

De tarde en tarde, cada año una vez, por el mes de Noviembre, encontraban el medio de verse como por casualidad en el colegio donde Cristina se habia educado y allí cambiaban frases si bien ceremoniosas, impregnadas de cariño, de sentimiento y de ternura, frases que las hacia separarse tranquilas sabiendo cada cual que

De pronto sintió el estremecimiento precursor en él de las grandes crisis; creyó que alguien le había tocado el hombro y le había vuelto á la vida real; vió algo como un relámpago á su alrededor que desapareció en el acto con la velocidad del pensamiento. Dió vuelta lijera y no vió á nadie, pero en ese momento sintió los bélicos acordes de una marcha militar que se hacían por instantes mas perceptibles; miró hácia el bajo y vió acercarse al regimiento de artillería que avanzaba á banderas desplegadas y paso redoblado siguiendo el camino de Palermo.

Sin saber porqué se sintió arrastrado hácia él, y confundido entre los curiosos lo acompañó hasta el campo de maniobras.

Los aires marciales de la música, los vivos colores de los uniformes, el brillo de las armas, la precision de las maniobras, y el fragor de la fusilería, le impresionaron de tal modo que una idea le asaltó en seguida: sentar plaza de soldado.

rio del Plata que se extiende al Oriente hasta perderse en el horizonte.

A lo lejos veía de cuando en cuando velas que iban ó venían, vapores que se perdían dejando tras sí la huella plomiza de sus hornallas repletas de hulla.

Ah! si pudiera traspasar aquella sábana líquida, aquel golfo de agua dulce como le llamó Gabotto... si le fuera dado volver á ver las costas orientales, escuchar el arrullo de las caricias maternas, aspirar el perfume de las encantadas cuchillas de su patria. . . despedir el sol al sepultarse en el mar, abrazado en espíritu al dulce encanto de su vida murmurando la oracion de la tarde!...

Tal vez en aquel momento Cristina, al abrigo del calor estival, soñaba con el elegido de su corazón... tal vez por esos fenómenos inexplicables de la comunión de los espíritus pensaba lo mismo, tal vez estaban cerca, separados de las envolturas de la materia, y en una región que su naturaleza tangible no les permitía apereibir.

Ipola tomó aliento, cambió de posición, llevó con tiento una mano exploradora á sus asentaderas, y así que se cercioró que seguía sin interrupción el proceso de la cicatrización, dijo:

Cuando Morillo después de algunas horas de reposo se hubo repuesto, me dijo: Ya sabes tanto como yo de mi romance: solo una cosa te exijo, y es que jamás repitas mientras yo viva una palabra de todo esto... tengo el presentimiento que no voy á volver á ver los seres que amo. ¿Quieres ser el ejecutor de mi testamento? pues bien: si caigo en la jornada y tu vuelves, vete á Montevideo, busca á mi madre, entrégale mi espada, dile que ore por mí, dale también ese paquete de cartas menos deleznable que mi vida y pídele que lo devuelva á Cristina á quien en aquel caso levanto su voto.

Morillo visiblemente conmovido tenía los ojos llenos de lágrimas; su acento acusaba otra vez postración.

Los colores de aquellas banderas no eran los colores de la suya? ¿no campeaba en los dos pabellones el sol de los Incas? este país y el suyo no eran hijos de la misma madre, no hablaban el mismo idioma y profesaban el mismo culto? ¿Antes y despues de ser dos entidades políticas independientes no habian combatido por los mismos ideales? ¿no tenian las mismas tradiciones?

Cuando la adversidad sopla sobre un partido argentino ¿no encuentra en el pueblo oriental proteccion? Cuando los orientales sufren una persecucion ¿no se sientan á la mesa del hogar argentino como en la suya propia?

Su porvenir estaba decidido; para esto no necesitaba recomendaciones de nadie.

Lo que pudiera valer, pronto se manifestaria.

Algunas horas despues, como ustedes saben, era el aspirante Morillo.

por darle algunos consejos y notificarle su libertad.

Morillo dió secamente las gracias, llevó respetuosamente la mano al kepi, giró sobre los talones, dió media vuelta y se alejó en silencio.

Algunos dias despues fué nombrado para formar parte de la division que iba á operar sobre Curuzú y Curupayty...

Él hubiera deseado quedar en Tuyuty para operar sobre el campo que habia sido el primero en pisar; así es que el nombramiento no le hizo buen efecto: lo tomó como un castigo y devoró en silencio el enojo que le produjo la imposicion.

De todas maneras iban á empezar de nuevo los combates, y eso le consolaba.

La inaccion lo mataba; sabia perfectamente que su porvenir estaba en la lucha y que cada batalla lo acercaba mas á sus propósitos.

En la toma de las baterías de Curuzú fué el primero en pisar tierra y poner en posicion sus bocas de fuego.

Traté de tranquilizarlo y empecé á hablarle de algunos hechos que habian tenido lugar durante su enfermedad.

Lo escuchó todo con atencion y no habló mas de su pasado ni de su aventura en el campo enemigo.

Algunos dias despues empezaba á levantarse, però como estaba arrestado no salia de las ambulancias.

Cuando el coronel supo que estaba restablecido lo hizo llamar. Morillo se presentó á pesar del calor sofocante que hacia prendido hasta el pescuezo, con los tiros abrochados, pero sin espada. Una vez en presencia del coronel, aguantó sin pestañar la mas formidable peluca que habia escuchado en su vida militar; se le prohibió bajo las mas severas penas que pusiese los piés en el campamento brasilerero y sobre todo que pretendiese satisfacciones de parte del señor Pereira Mattos.

Por último, despues de cambiar de tono y ya con aire paternal, el coronel concluyó

Tomé tranquilamente puntería con mis tres piezas, y cuando estuve pronto, sin reflexionar lo que hacia, le grité á Morillo que quedaba á mi derecha.

—Hermano. A la de Cristina! y mandé hacer fuego.

Mis proyectiles que tomaban de flanco la batería enemiga, debieron barrerla. El estrago se notó claramente; aquellas piezas hubieron de quedar desmontadas porque no volvieron á hacer fuego, pero á Morillo no le gustó la dedicatoria hecha por mi indiscrecion.

A pesar del buen éxito de mi tiro, guardó el mas profundo silencio y se mantuvo *retobado*.

Algunos momentos despues noté que á su vez correjia punterías, las que tomaba en colaboracion con el capitan Melchor Romero que era un distinguido ingeniero.

Esperé el resultado para que cualquiera que él fuese, ofrecerle mis felicitaciones y tratar de destruir la mala impresion que

Algunos días después, cuando se dió el asalto á las trincheras de Curupayty, mandaba la media batería de la derecha, y yo la de la izquierda de la 1ª del 1º. Melchor Romero mandaba toda la batería.

Cuando cesó el fuego que iniciamos para favorecer el ataque de la infantería, tuvimos que permanecer inactivos durante cuatro horas mortales en que se estuvo jugando la suerte de nuestras armas.

Hácia medio día, viendo que se prolongaba el combate y que el éxito empezaba á mostrarse dudoso, resolvimos con permiso del coronel Vedia romper nuevamente el fuego, pero muy lento, ensayando punterías.

Quedábamos á quinientos metros de las posiciones enemigas; veíamos claramente el lomo de sus cañones de grueso calibre. Con el auxilio de un buen anteojó pudimos observar que una de sus líneas quebradas nos ofrecía un blanco de enfilada que podía con algunos tiros acertados inutilizarles algunas piezas.



le habia hecho, nombrando á su prometida.

De repente lo ví situarse al centro de su seccion y tomar distancia, antejo en mano, para observar el efecto de sus tiros.

—Hermano! gritó con gesto airado: A tu fidelidad y discrecion!

Decididamente estaba ofendido. Sus proyectiles explosivos penetraron en un edificio con bandera roja y una explosion espantosa nos reveló que acababa de volar un polvorin!

---

lotes y osamentas, se descomponían fermentándose, convertidas en un inmenso foco de pestes bajo aquella temperatura africana.

No se movía ni una hoja de árbol; ni una brisa, ni una gota de agua fresca, ni una sombra densa y bienhechora: sin el grito estridente de las aves acuáticas se habría dicho que todo allí como en el lago Asfálite, estaba muerto.

Las ropas más ligeras se hacían intolerables; la reverberación de los rayos solares sobre la arena blanca del campamento, hería la vista y hacía el efecto de bocanadas de fuego; dentro de las tiendas y cabañas se cocía uno como dentro de un horno!

Las comunicaciones con el cuerpo de ejército situado en Tuyu-cué, estaban interrumpidas, porque el enemigo operaba haciendo guerra de recursos y mantenía en asombrosa actividad su caballería, con el propósito de apoderarse de los convoyes encargados de sostener la pro-

## Clarovidencia

La noche del 2 de Noviembre de 1867 fué excepcional por el calor sofocante que se sentía en el campamento de Tuyuty.

La naturaleza parecía muerta bajo la acción enervante de aquella temperatura canicular.

Para los hombres del Sud, aquella vida era insoportable; ni la hamaca ni la pantalla lograban hacer siquiera tolerable aquel calor infernal.

El día fué peor: el cielo se mantuvo claro y despejado de nubes desde el amanecer hasta que el sol se ocultó tras los bosques de Occidente, allá en las soledades del Chaco, sin un solo celaje que velara los rayos de aquel disco implacable que nos carbonizaba.

Las aguas del estero, cuajadas de cama-

El grueso del ejército aliado ocupaba dos lados del famoso cuadrilátero: el tercero era Tuyuty y las operaciones se sucedían resueltamente unas á otras, tratando de solucionar de una vez por las armas, el problema de la invasión.

Morillo estaba profundamente afectado porque no formaba parte de las divisiones movilizadas. Reclamó contra esa resolución, pero se le contestó que en cambio él había asistido al asalto de Curupayty con el personal de las dos únicas baterías que concurren á aquel glorioso desastre.

Desde la marcha del ejército, él se mantenía sumido en una especie de silencio misántropo. No hablaba con nadie; se encerraba en su carpa y no salía sino para llenar funciones de servicio.

Solo una cosa le preocupaba desde algunos días: la llegada del correo. Esperaba correspondencia de Montevideo y el decreto del gobierno de Buenos Aires aceptando las propuestas elevadas por el general en jefe.

vision de los cuerpos que amenazaban por todos lados á Humaitá.

Los combates parciales se repetian á cada momento entre Paso-Pucú y Tuyucú; nuestras posiciones del estero Bellaco Norte parecian ya abandonadas por los beligerantes.

Lopez, sin embargo, no habia perdido la esperanza de apoderarse de aquel sitio por sorpresa. No perdía oportunidad de estimular la codicia de sus subordinados con la promesa del gran botin que les esperaria dado el gran comercio de vivanderos que habia quedado allí, cuando el grueso del ejército se movió hácia Tuyucú.

No quedaban en aquel sitio, teatro durante mas de un año de sangrientos combates, mas que dos baterías y unos cuatro mil hombres de infantería fortificados en reductos ó tras de fosos ya iuservibles como obras de defensa. Aquel perímetro era llamado impropriamente por los paraguayos *La Ciudadela*.

de Montevideo con destino á Lima el 1° de Setiembre del corriente año, dos dias despues de profesar.

« Cansada de luchar y resistir á ser esposa de X, hijo del ministro de gobierno, asediada sin trégua por su familia para que consintiera en un enlace que ella desechaba con horror, despues de seis meses de crueles sufrimientos durante los cuales no ha hecho otra cosa que suplicar y llorar, por fin declaró resueltamente que estaba dispuesta á tomar el velo y á seguir el destino que la superiora de su órden le señalara. Su resolucion fué inquebrantable. He asistido á la tocante ceremonia de su profesion, acompañándola con sacrificio de mi paz doméstica en las horas de abatimiento y de amargura que ha sufrido en los últimos dias de su permanencia en Montevideo.

« Quiero callar detalles que te causarian indignacion y dispondrian tu corazon á la venganza y al ódio; pero la conducta de la familia, principalmente de los tios, ha

Ese decreto lo pondria en posesion efectiva del empleo de capitán que ya ejercia en comision.

En la carta periódica que escribia no pudo decir otra cosa sino que estaba propuesto.

En cambio esperaba una contestacion que jamás se hizo esperar tanto.

Al fin, hácia las cinco de la tarde del 2 de Noviembre, llegó el ansiado pliego porque un oficial de Estado Mayor le entregó una carta de luto y Morillo se encerró en seguida en su tienda. Yo vi aquella carta; era de la madre y decia así... «Hijo de mi alma: sé que tal vez voy á matarte, pero he contraido el compromiso sagrado de hacerte saber la cruel noticia.

«Santiago, en nombre de mi amor de madre te suplico que tengas resignacion y busques en el Señor el lenitivo á tu justo dolor.

« Nuestra querida Cristina ha tomado el vélo de hermana de la Caridad y ha salido

« El día que Cristina tomó el velo, cuando hubo concluido la terrible ceremonia, me abrazó sollozando y deslizó en mi mano el pedazo de papel que te adjunto. Es su adios á los sueños de felicidad que agitaron su vida de niña.

« Me ha pedido que te lo mande y cumplo.

« Tu padre al fin enternecido por la conducta ejemplar de Cristina y por tanto sufrimiento tan dignamente sobrellevado, ha vertido lágrimas que mas parecian de arrepentimiento que de conmiseracion; te manda un abrazo y te bendice.

« Adios; ten fé y resignacion; rompe el propósito de *no escribir sino á plazo fijo* y contéstame. Ten presente que la ansiedad me mata.

« Te estrecha contra su corazon.

*Tu madre. »*

El papel era un fragmento de carta de Morillo escrito al dorso; en él solo decia lo siguiente . . . . .

sido indigna y altamente censurable. No se ha omitido medio alguno para decidirla, desde el engaño hasta la intimidación.

« La pobrecita ha demostrado una entereza y un corazón con temple de acero, pero ha rendido á la naturaleza el tributo de sus sufrimientos y cuando llegó á vestir el sayal de las santas ya no quedaba de aquella jóven cuya hermosura llamó siempre la atención de cuantos la conocieron, mas que un cuerpo rendido por la fatiga y enflaquecido por el llanto.

« Sus ojos enrojecidos y cubiertos de sombras, han perdido aquel brillo deslumbrador que la hacian tan hermosa; aquel rostro plácido y terso con fulgores de nieve y rosa, ha salvado el umbral del claustro, pálido y marchito, como si hubiese pasado por aquella existencia la mano implacable del tiempo y del infortunio!

« Hijo de mi corazón: no olvides que te queda tu madre en cuyo seno puedes aún llorar sin avergonzarte.

espantoso; su corazón se hacia pedazos; empezó á maldecir de la hora en que habia dominado su fiebre y á desear un combate para hacerse matar.

Al toque de retreta dió aviso de enfermo y se quedó en la carpa; cuando le trajeron el parte, contestó de mal humor que lo dejaran tranquilo.

Despues del toque de *silencio* tuvo un acceso nervioso duraute el cual se echó á llorar como un niño.

No hablaba una palabra y sus ojos tenian el brillo fosforescente de los de un felino.

Sus lábios trémulos murmuraban sonidos inarticulados como siguiendo un monólogo incoherente.

Hácia las doce de la noche sintió que le tocaban en el hombro, exactamente como otras veces en los grandes momentos: dió vuelta, pero no vió á nadie.

Sin embargó, recordó que siempre que en su vida habia tomado una resolucion importante que influyera sobre su porvenir, el fenómeno se habia producido.

«Santiago de mi alma: adios! olvídate de mí si puedes. Mi situacion y mis votos me impiden ser tan estensa como quisiera; compadéceme y perdóname; te cumplo mi promesa: no pudiendo ser tuya, haré lo posible por ser de Dios! Que él nos dé resignacion....»

*Cristina.»*

Cuando concluyó Morillo de leer estas cartas, llevó las manos á la cabeza y quedó como aturdido; su cráneo era un volcan bajo el cual pasaba en aquel momento el soplo de la tempestad. Por una especie de fenómeno de lucidez, sus facultades imaginativas se reavivaron extraordinariamente, recordó sin darse cuenta cómo, que durante su delirio habia visto á Cristina con velo de desposada, llevada por un personaje desconocido al altar, en un traje que era mas bien un hábito; computó fechas y se convenció de que en aquellos dias precisamente, su prometida habia profesado.

Despues fué cayendo en un abatimiento

expresion de ternura y sin decirle una palabra. Era una mujer y á través de sus formas y su ropaje veía claramente los palos de la carpa y la espada colgada de uno de ellos.

El traje, lineamientos, y contornos no los podia precisar fijamente, pero aquella diafanidad transparente lo sobresaltó; un sudor frio empezó á correr por su cuerpo y aunque con algun esfuerzo consiguió mantenerse relativamente sereno.

Por fin se decidió á probar la tangibilidad de aquella vision que como un rayo de luna, habia tomado forma en su tienda: y notó que su mano pudo estirarse sin esfuerzo á través de aquel cuerpo lumínico.

Quiso hablar, y su voz se hizo un nudo en la garganta.

Al fin se puso de pié, erguido, casi rígido, y no pudiendo hacer uso de la palabra, interrogó con el pensamiento á aquella sombra sobre lo que queria de él.

La aparecida no articuló un sonido, pero

Un momento despues volvió á sentir la presion mas dulce pero aún mas acen-  
tuada.

Se irguió de golpe, pero tampoco pudo ver á nadie. Entonces empezó á dudar de la integridad de sus facultades.

Como no tenia luz quiso encenderla, pero le faltaron fuerzas para moverse.

En su delirio, empezó á evocar la sombra de su amada, al cielo, al infierno; á pedir el auxilio de lo sobrenatural y de lo imposible, de donde quiera que viniese con tal de volver á ver á Cristina. Pero todo estaba mudo á su alrededor...

En ese órden de ideas permaneció como aturdido hasta que algunos instantes mas tarde notó con sorpresa é inquietud que su tienda se iluminaba con una especie de luz pálida, suave y casi azulada, algo como una fosforescencia. Se restregó los ojos y con espanto pudo ver que no estaba solo.

A su lado se hallaba sentada una persona que lo miraba fijamente pero con

batalla de Filipos, después de la cual debía morir?

—Ah! se dijo Morillo reflexionando: ¿con que es preciso morir? y... ¡para qué quiero la vida? no acabo de ser invitado á dejarla por mi genio bueno ó malo! Si debo olvidar como me lo pide Cristina y lo desea mi madre... ¿cabe un olvido mas absoluto que el de la tumba?

Y luego aquel espíritu travieso, incorregible, algo mas tranquilo ya, pensó encojiéndose de hombros:—El Leteo... el Leteo es la muerte y á fé que en estas alturas me hace falta un baño en sus aguas.

Ah! se dijo con amargura: ya sé lo que debo hacer, lo que me corresponde en presencia de esta situacion; ya con mis tres galones de capitán, habré obtenido mi baston de mariscal! y qué me importa! si no hay esperanza, si ya no hay premio al final de la jornada!... y luego añadió encojiendo los hombros y haciendo un gesto de indiferencia... lo mismo dá!...

En seguida se tiró boca abajo cuan lar-

se levantó lenta y majestuosamente; llevó una mano al corazon y con la otra señaló el cielo como emplazándolo; la mirada se hizo mas dulce; mas impregnada de sentimiento y de cariño, y cuando Morillo como Hamlet demandaba una palabra de explicacion, la vision fué desapareciendo, estinguiéndose lentamente, hasta que se desvaneció por completo dejando la tienda en la oscuridad mas absoluta.

Entonces se creyó loco; hizo un esfuerzo para asegurarse de si estaõa despierto; juzgó que era víctima de una alucinacion, que todo aquello estaba en su cerebro enfermo, excitado, lesionado tal vez por aquel golpe tan terrible como inesperado, pero al fin concluyó por rendirse á la evidencia.

Por otra parte, ¿era él, el primero que se encontraba en presencia de una vision?

No está la historia sagrada llena de sombras evocadas ó aparecidas espontáneamente y la profana no consigna entre otras célebres la de Bruto la víspera de la



go era en su cama, sin desvestirse y con los brazos cruzados sobre la cabeza, permaneciendo en ese estado intermedio que ni es sueño ni vigilia, hasta que un nuevo peligro lo despertó.

---

entonces el fuego sobre aquel costado en cuya direccion se sentia el ruido producido en el agua, por la tropa que pasaba el vado.

El objeto no fué sin duda impedir el pasaje ni detener la columna que avanzaba en silencio pero con rapidez; sino dar aviso con su fuego á las tropas campadas tras de los fosos, para que se aprestasen á la defensa.

Los paraguayos no contestaron, precisamente para no hacer mas ruido y aumentar la alarma. Ellos sabian bien que el fuego de una guardia, no era cosa suficiente para mover al ejército haciéndole tomar las armas.

Todo sucedió como ellos querian y la cabeza de la columna del centro estaba ya sobre los fosos, cuando se trató de tocar generala y producir la alarma.

Ocho mil paraguayos á las órdenes del general Barrios, divididos en tres columnas, se precipitaban en ese momento sobre el campamento aliado.

## **Una victoria que concluye en desastre**

Hacia las tres y media de la mañana del día 3 de Noviembre de 1867, se sintió en la guardia avanzada de Tuyuty, sobre el bosque de Yatay-ty-Corá, algo como un rumor de tropas que se acercaran; las escuchas dieron aviso, y la compañía que daba ese servicio se puso sobre las armas escuchando con atención aquel ruido sordo que podía ser anuncio de un gran peligro.

Algunos minutos después, la izquierda de la guerrilla de observación avisaba precipitadamente que entre Yatay-ty-Corá, y el ángulo derecho de los parapetos brasileños, una columna de infantería en rumbo al campamento argentino, penetraba á la sordina vadeando el estero.

El comandante de la guardia rompió

comunicaban el fuego á varios depósitos de pólvora.

Otros cuerpos que dormían bajo de foso se encerraban y trataban de organizar la defensa con la esperanza de que les llegarían refuerzos salvadores de Tuyu-cué.

Mientras tanto la soldadesca paraguaya se desbandaba y siguiendo una consigna dada por Lopez á los jefes de la expedición, se entregaba al saqueo y al pillaje en el campo del comercio. Los vivanderos huyeron abandonándolo todo desde que vieron á las tropas paraguayas penetrar en el campamento.

Aquel comercio era tan importante, tan considerable, que contaba con tiendas, almacenes y fondas que podrian figurar con ventaja en cualquier ciudad de segundo orden; mil artes é industrias se habian radicado formando una especie de poblacion edificada en lienzo, junco y madera, pero en la cual existian mas de mil quinientos negocios.

Habia ropertías, relojerías, barberías y

El general Barrios en persona, con el coronel Luis Gonzalez por segundo, dirigia el ataque del centro.

El coronel Caballero con el comandante Rivarola, invadia simultáneamente por nuestra derecha al frente del 6° regimiento de caballería. La columna de vanguardia era comandada por el coronel Gimenez, y esa fué la primera que pasó el estero.

Cuando se sintió la invasion al asomar la luz del dia, ya no habia tiempo de detenerla. Algunas tropas trataron de resistir rompiendo el fuego desde sus reales, pero fueron sofocadas por el número y la violencia de la carga. Los que pudieron ganaron el recinto llamado la *Ciudadela*.

Momentos despues el desórden era general; se peleaba sin formacion, individualmente: cada cual se batia por su cuenta y trataba de vender su vida lo mas caro posible.

El tiroteo era general, la gritería inmensa; algunos ranchos empezaban á arder y

sin comando, huyendo unos, resistiéndose otros, mezclados completamente con los soldados enemigos que solo se distinguían por los uniformes; una humareda densa se dilataba en aquel inmenso escenario producida por el fuego de fusilería, y por el incendio del campamento que ardía en varios rumbos; de repente una explosión indicaba que un polvorín, un armon ó un carro de municiones había sido alcanzado por las llamas.

El enemigo ya no era temible; no se cuidaba de matar: lo que más le preocupaba era el saqueo con cuyo incentivo se le había llevado á la pelea.

Grandes grupos paraguayos abandonaban en desorden el teatro del combate y pasaban cargados de botín por el camino de Humaitá en dirección al campo de Lopez.

La resistencia empezaba á cesar; algunos reductos y la ciudadela se mantenían aún inespugnados, contemplando impotentes el saqueo y la matanza, cuando se

hasta tiendas de modistas que negociaban con la inmensa cantidad de mujeres que arrastraba el ejército brasileiro.

La mayor parte de aquella chusma se quedó en Tuyuty esperando que se resolviera la marcha de las tropas que allí quedaban hasta que se tomara á Humaitá, para incorporarse con ellas al grueso del ejército.

Fueron aquellas bandas de mujeres y vivanderos, las que contribuyeron en gran parte al desorden y al pánico que se produjo, cuando al amanecer se comprendió que el enemigo estaba encima de nuestras líneas.

La caballería paraguaya hacia temblar el suelo con sus cargas á gran galope, sobre los reductos de la derecha y aumentaba el pánico con el toque *á degüello!* de sus clarines.

Cuando la claridad fué completa pudo apreciarse la magnitud del desastre; la fisonomía del campamento habia cambiado; se veían grupos informes de tropas

de la alianza y el general Victorino con dos divisiones brasileras.

Cuando se sintió el primer fuego en Tuyu-cué, el general en jefe sospechó un sério ataque y mandó á aquellos bravos generales que sin pérdida de tiempo se pusieran en marcha y fueran reuniendo por el camino todos los cuerpos que existian escalonados para caer con ellos como un rayo sobre la ciudadela, dentro de la cual se resistian las fuerzas que habian salvado del desastre.

La salida de éstas se verificó en el acto apoyadas por la division Hornos, que dió doce cargas seguidas á la caballería paraguaya, que al fin tuvo que abandonar el campo en la mas espantosa confusion.

El baron de Porto Alegre, se mostró un valiente como en Curupayty; se multiplicó y tomó parte personalmente en la lucha por un cañon Withworth, que los paraguayos habian conseguido sacar de una bateria y que constituia uno de los objetivos de su ataque.

sintió en dirección á Paso-Pucú, el toque de clarines y se vió el polvo de una columna que indudablemente avanzaba en esa dirección.

Entonces la ansiedad fué si cabe aún mas grande. ¿Habria sido general y simultáneo el ataque? ¿Qué habia pasado en Tuyu-cué? Aquella columna que se acercaba á gran galope forzando la marcha ¿era amiga ó enemiga?

¿Debia perderse la última esperanza y resignarse á caer en poder del enemigo, ó era aquella la anhelada protección?

Cuando los paraguayos vieron acercarse la vanguardia de la division que llegaba, tocaron reunion, no para resistir sino para organizar su retirada, que tenia necesariamente que ser desastrosa dada la desorganizacion en que se encontraban las tropas asaltantes.

Por fin se distinguió el uniforme y los estandartes: era el general D. Manuel Hornos que llegaba, con una division argentina, la legion paraguaya al servicio

Algo como una sonrisa de satisfacción vagó por sus labios; se prendió la espada y salió de la carpa gritando con voz clara y firme: *Arriba todo el mundo! á las piezas!*

Los que lo oyeron abandonaron precipitadamente sus tiendas y corrieron á ocupar sus puestos en la batería, sin preocuparse de vestir por completo todas las piezas del uniforme.

Otros mas remisos siguieron vistiéndose y no se precipitaron fuera hasta que no oyeron que Morillo mandaba en seguida... ¡Batería á discrecion: ¡rompan el fuego!

Acababa de percibir la cabeza de la columna enemiga saliendo del estero á unos cien pasos de sus cañones.

A tan corta distancia, no fué posible ya esperar nada de la eficacia de sus tiros: en balde empleó la metralla; por algunos segundos barrió las filas de la masa de soldados que avanzaba á su frente; pero los claros se cerraban y con el estrago de los primeros tiros empezó la gritería.

Al fin la llegada de las fuerzas de Tuyucué, decidió la evacuacion por completo de las divisiones paraguayas que emprendieron la marcha en direccion á la laguna Piris y á las posiciones del otro lado del estero.

Dejaban sobre el campo de batalla mas de la tercera parte de sus fuerzas, y muertos al coronel Leácano y los mayores Fernandez y Bullo. Los coroneles Gonzalez, Gimenez y Rivarola y los mayores Duarte y Montiel iban gravemente heridos.

¿Qué habia sido de Morillo?

Cuando se sintió el fuego de la avanzada situada precisamente enfrente á su batería, él despertó de aquella especie de sueño letárgico en que se encontraba... oyó relinchar á *Balcala* de una manera estraña, que atado á la estaca á dos pasos de su carpa daba fuertes resoplidos mirando hácia el lado del estero... escuchó un momento y su oído acostumbrado á distinguir la falsa alarma de la verdadera, le reveló la proximidad del peligro y se puso inmediatamente de pié.

El habria querido morir, pero se debia al cumplimiento de su deber y se impuso el de luchar hasta el último momento.

Por un fenómeno muy comun en la guerra, las tropas invasoras cuando sintieron apagados los fuegos de aquella batería que pretendiera cerrarles el paso, cambiaron de direccion hácia la derecha, dejando abandonado aquel sitio y por consiguiente á retaguardia de los asaltantes.

Aún no alumbraba por completo el dia; la claridad no era suficiente para distinguir bien los bultos y los uniformes; el humo y el desórden impedia la observacion. Morillo se encontró solo; varios cadáveres lo rodeaban; algunos heridos trataban de guarecerse en las carpas.

Vió desesperado pasar el huracan, y no pudiendo hacer nada se sentó en el mástil de una pieza y desde allí se puso á observar.

Hácia la derecha estaba el reducto del 12 de línea, pero entre aquella fortificacion

Los tambores y cornetas del enemigo que se habian mantenido en silencio, tocaron *calacuerda* y casi simultáneamente cundió la alarma en nuestro campo y se oyó el clamor de nuestros clarines y cajas de guerra que echaban tropa, tocaban generala y reunion, todo en espantoso desorden.

Apenas se distinguian detalles; los mas timoratos trataron de ponerse en salvo; los mas arrojados ocupaban su puesto de honor.

Preciso es ser justos: fueron muchos mas los que quedaron que los que huyeron; aunque el número de los estraños al ejército que trataron de ponerse en salvo fué muy numeroso y eso hizo que se creyera que no quedaba casi nadie en la ciudadela.

Morillo sintió al fin con desesperacion que sus fuegos se apagaban; empezó á sentir la presencia de enemigos ya entre las piezas; quiso restablecer la lucha matando á los que huian, pero al fin se encontró solo.

cha de avance buscando su parte en el saqueo.

Morillo volvió á sentarse solo, abandonado á retaguardia del enemigo, completamente perdido, y cuando vió que nadie le hacia caso se llevó las manos á la cara y se echó á llorar de rabia y de desesperacion.

Mientras tanto el tiempo pasaba; el campamento era un campo de Agramante, y él, que queria morir, estaba vivo y sano, y aún nadie le habia hecho prisionero!

Pero de repente empezó á notar como un reflujo: las tropas volvian desbandadas, cargadas de botin; un gran grupo empezaba á saquear las carpas y los carros del convoy del regimiento; vió sacar las valijas, atalajes y ropas, vió cargar con los papeles de la Mayoría y cuando creía que ya todo estaba concluido, vió romper la caja en que se guardaba el estandarte del escuadron.

Ira de Dios! ¿cómo no se le habia ocu-

y su batería se interponía un regimiento paraguayo de caballería.

Hacia la izquierda, continuaba aún pasando la columna de infantería; por retaguardia, se veía el rastro de fuego y sangre de la columna de Gimenez; al frente... al frente, estaba Lopez, su campamento, y con él todos los horrores de la cautividad, del martirio y tal vez de la muerte á sangre fría!

Sereno, hasta donde cabe en semejante trance y reflexionando sobre su situación, se dijo: ¿no deseaba yo un combate para concluir? pues está aquí; esto me pronosticaba la sombra que me señaló el cielo como término de mis sufrimientos.

Un grupo enemigo se aproximó de paso por la izquierda; Morillo no pudo contenerse: se paró al pié de un cañon y les gritó:

—A mí! esclavos del tirano, no hay quien quiera acompañarme en el viaje?

Pero nadie en aquella confusión lo oyó ni lo entendió, y el grupo siguió su mar-

miento inundó todo su ser; perdió la calma y aquel espíritu fuerte cayó en el mas espantoso abatimiento.

Tuvo dos ó tres ímpetus, y quiso precipitarse espada en mano; pero en ese momento le pareció sentir que hácia el lado de Tuyu-cué se oía rumor de tropas.

Un rayo de esperanza volvió á brillar en sus ojos, pero duró poco; aquella promesa incierta no hizo sino prolongar su agonia; su destino estaba fatalmente resuelto.

Los grupos llegaron á la batería abandonada; y trataron de llevarse las piezas; entonces alguien notó que en la primera de la derecha—que era un cañon Krupp de acero, único entonces en el ejército, de ese sistema—se hallaba sentado al pié de ella un oficial argentino.

La horda lo rodeó en actitud hostil; casi todos estaban ébrios. Morillo se paró con el revólver en la mano izquierda y la espada en la derecha.

—Ríndase! le dijo un soldado.

—A quién? dijo Morillo apuntándole.

rrido aquello? ¿por qué en lugar de quedarse sentado al pié del cañon, no habia volado á quemar aquel trofeo inapreciable para evitar que cayera en poder del enemigo?

Aquella bandera que él habia jurado, acababa de caer prisionera, no tomada en combate franco y leal, sino sacada de su funda y del depósito durante el saqueo.

A él, le iba á caber la triste suerte de ser el único oficial que perdiera un estandarte de su cuerpo durante toda la campaña.

Es verdad que el regimiento tenia tres escuadrones de dos baterías cada uno, y que cada escuadron tenia el suyo; pero no era menos cierto que aquel estaba bajo su custodia y que nadie justificaria su pérdida teniendo en cuenta el cómo se habia perdido: si robada, ó tomada durante la pelea. (1)

Desde aquel momento un desfalleci-

---

(1) Ese estandarte único perdido por el ejército argentino durante la guerra, fué rescatado más tarde.

argentino en el Paraguay, que servia á Lopez, porque una sentencia de muerte ó presidio pesaba sobre él en Buenos Aires, de donde habia fugado estando preso en la cárcel.

De mala gana y solo obedeciendo á la disciplina y á esa obediencia ciega, absolutamente pasiva que era la regla de conducta del ejército paraguayo, los soldados abandonaron su presa murmurando algo en guaraní que ni Marquez ni Morillo comprendieron

---

—A mí, respondió el otro.

—Yo no me rindo sino á mis iguales!

El soldado le apuntó, pero antes que hiciera fuego, rodó como una columna que se desploma herido en la frente por un proyectil de revólver.

El grupo estrechó la distancia y rodeó por completo á Morillo; pero cerrado el círculo no podían hacer fuego sin peligro de los demás; era preciso usar la bayoneta y aquel leon no dejaba á nadie ponerse á tiro de herirlo: habia hecho espalda en el cañon, entre la rueda y la pieza y allí se revolvía con rapidez atendiendo á todos y dispuesto á vender cara su vida.

¡Desgraciado del que se le acercaba!

Cuando ya parecia inminente su fin, se aproximó un ginete que debia ser jefe de alta graduacion á juzgar por su porte y el lujo de su equipo.

—Alto! dijo; nadie toque á ese oficial.

Los soldados dieron vuelta para ver quien daba aquella órden y reconocieron al coronel Coriolano Marquez, asilado

á los que no averiguaban ni se preocupaban del porqué de su situacion ni de las causas que lo habian llevado á la pérdida de su libertad.

En sus horas de reclusion cultivaba con mas ó menos éxito las letras, llegando hasta escribir una novela que si no por su mérito literario, fué leída con la curiosidad natural, de conocer cómo pensaba y sentia aquel hombre en la triste situacion en que se encontraba.

Un dia, en esas horas próximas al relevo que son siempre eternas para los que rinden servicio de guarnicion, mientras jugaba con Morillo una partida de ajedrez y repetia su eterno tema de la injusticia de su prision y el abuso de que se creía víctima, teniéndole como delito ordinario lo que él llamaba causa política, se irguió de repente y pegando un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar todas las piezas, le dijo con la cara encendida de ira y la mirada centellante :

—Cree Vd. teniente, que esta es cárcel

## Una evasión célebre

Marquez habia tratado antes de evadirse á Morillo, cuando éste hacia guardia de Principal en Buenos Aires; pero en aquel momento aunque creyó ver una fisonomía conocida, no recordó donde la pudo haber visto.

Entre aquellas dos personas que el destino reunia en un momento tan supremo, mediaba un antecedente que no era posible olvidar sin embargo.

Morillo que era tan sociable, trató á Marquez en la cárcel con esa atencion y esa especie de conmiseracion que inspira la desgracia, cuando la sufre una persona que por su condicion social está llamada á otros destinos.

Marquez que como hemos dicho era un hombre culto é instruido, inspiraba interés

posible evadirse; lo prueba la conocida historia de Latude y del baron de Trenk, pero en cuanto á la fuerza que hay de servicio *hoy*, creo que es archisuficiente para impedirle la salida, sin contarme yo para nada, que soy su amigo y me seria muy doloroso tener que cumplir con el deber de cortarle las alas.

—No crea, son de águila, dijo Marquez serenándose y echándose á reir: yo no me voy porque no quiero; pero les aseguro que si tratan de sacarme de aquí y llevarme donde no tenga comunicacion con mi familia y mis amigos, me evadiré; oh! ya lo creo; vaya si me evadiré!

—En ese caso, mi querido coronel, ya que lo cuenta Vd. tan seguro, exijo de su hidalguía un favor especial, dijo Morillo con intencion: y es que no se vaya cuando yo esté de guardia.

—Se lo prometo, contestó Marquez con solemnidad, pero en tono de broma y le tendió la mano que Morillo estrechó sin rehusar.

para mí? Se imagina que hay aquí fuerza suficiente para detenerme si yo quisiera salir?

Ante tan inesperada salida, Morillo no dejó de sorprenderse; en el primer momento creyó que se trataba de una evasión preparada, de la cual era aquella la escena inicial. Hubo un momento en que se arrepintió de su confianza y de su imprudencia, poniéndose á jugar ajedrez en la celda de un preso tan peligroso, pero recordó que su imprevisión no alcanzó nunca, hasta no recomendar á la guardia cuál debia ser su línea de conducta en el caso de que un conflicto lo tomase de rejas adentro.

El sargento de servicio sabia á qué atenerse.

—Coronel, dijo Morillo con calma sosteniendo tranquilo la mirada furibunda de Marquez, y sin siquiera echar mano á la guarnición de su espada, precisamente como si se tratara de un período vehemente de oratoria de su interlocutor:—yo creo que de todas las cárceles del mundo es

combinacion con otro preso de la sala contigua, un italiano llamado Pellegrini que estaba ya condenado á muerte en una instancia.

En aquella sala habia otros doce presos cuyo concurso era necesario para realizar la operacion .

Marquez, como autor del proyecto, habia preparado tranquilamente con mucha anticipacion, las herramientas que debian servir para la perforacion del muro medianero y la bóveda por donde debian salir á la azotea.

Su hermana, una señora que lo visitaba todos los dias de entrada y que vivia consagrada á luchar por la libertad de él, fué la encargada de llevar los diseños de los instrumentos ideados por el preso, que debian ser de acero templado. Ella los hizo construir expresamente, pagando con prodigalidad el trabajo y el secreto.

Cuando bajo las abultadas formas de los miriñaques, entonces rigorosa moda, los introdujo á la cárcel y se los entregó á su hermano: éste apresuró la hora de su

—Es cosa convenida.

—Para ello empeño mi palabra de honor!

—Basta. Ahora continuaremos la partida interrumpida, dijo Morillo con cierta sorna, poniéndose tranquilamente á parar las piezas caídas.

Bien, pues: Marquez se evadió algunos dias despues estando de faccion el primero de línea.

Acababan de cambiarlo á otro departamento en donde disfrutaba de menos libertad, y en donde lo pusieron en compañía de once presos mas.

Su evasion es una de las mas célebres de la historia de nuestras cárceles. No fué precisamente una fuga: fué una especie de mudanza. No dejó nada, ni siquiera su tablero de ajedrez!

Sus ropas, sus libros, su recado de escribir, cubierto, todo cuanto tenia, lo fué mandando á su casa, quedándose solamente con la cama, que la necesitaba para realizar su plan, que lo ejecutó en

Pero tan pronto cómo se echó llave á la puerta de los calabozos del segundo patio, en donde se iba á realizar el escalamiento, del cual solo dos personas estaban en el secreto, simultáneamente se produjo en las dos salas una escena mas ó menos parecida.

Marquez se lanzó al medio del cuarto revólver en mano, y con voz tranquila pero resuelta, dijo á sus compañeros de prision:

—Señores: esta noche estoy resuelto á irme: garanto el éxito de lo que me propongo; el que quiera que me siga; el que no, si se opone ó da aviso, estoy dispuesto á matarlo. Ahora, antes de emprender el trabajo, necesito saber con quien cuento, y esto es lo que exijo en el acto; los que quieran verse libres á este lado, los que no, del otro.

Aquellos hombres que el que mas y el que menos tenia un crimen que mortificara su conciencia, se quedaron estupefactos: nadie se atrevió á moverse; se miraron

fuga, y empezó á deshacerse de lo que no queria dejar.

Confió recien los detalles de su proyecto al cómplice elegido, único que juzgó digno de guardar el secreto y de quien era imposible prescindir, porque necesitaba del concurso de un hombre resuelto que le prestara el contingente de trabajo de los hombres del contiguo calabozo.

Es preciso tener en cuenta que en aquel tiempo, no habia departamentos separados en la cárcel pública para los procesados y los ya condenados.

Desde mucho tiempo atrás, y tal vez ya preparando la evasion, habian pedido algunos presos que pertenecian á cierta clase social acomodada, permiso para estudiar música, desde las seis, hora en que se cerraban los calabozos, hasta las diez de la noche, que se tocaba silencio.

Así, la noche de la evasion, nadie extrañó oír escalas y ejercicios de corneta, piston, flauta, cornetín etc., hasta la hora de silencio.

si me hiciera evadir cuando en ello no ganana nada y pierdo mucho.

—Tiene razon, exclamó Marquez reflexionando: usted quedará, pero nos ayudará hasta el fin; lo dejaremos atado y con mordaza para garantir su version al juez, sobre la presion de que ha sido víctima y su resistencia á seguirnos.

En ese momento empezó á oirse en el calabozo contiguo el ruido sordo de una herramienta que mordía el muro.

—¡A la obra! dijo Marquez sin pérdida de tiempo. Vd. hace escalas con el piston, Vd. preludios en el figle, Vd. hace variaciones en el acordeon, mientras tanto ustedes empiezan á trabajar con este instrumento para separar los ladrillos que conducen á la celda contigua. Se acercó al muro, buscó un punto señalado de antemano con lapiz y dijo: Aquí!

Nada de atacar el ladrillo: operen sobre la mezcla de la juntura; es preciso sacarlo intacto; una vez separado el primero ya está todo hecho.

unos á otros y permanecieron mudos de estupor.

Marquez se exasperó; creyó que con aquellos hombres no iba á poder contar y trató de imponerse y dominarlos con su actitud decidida.

—Ah! miserables! dijo: tienen miedo; les brindo la libertad y la rehusan; pues bien, estoy decidido á todo, entiéndanlo bien, á todo; esta noche vamos á concluir. Vds. pueden hacer fracasar mi proyecto, pero algunos me van á acompañar al otro mundo; oh! les juro que no me voy á ir solo.—Qué dice Vd., dijo dirigiéndose de pronto al mas inmediato, poniéndole el revólver en el pecho.

—Yo? coronel... dijo el preso... estoy dispuesto á seguirlo y correr su suerte.

—Nosotros tambien, dijeron los demás siguiendo el ejemplo.

—Yo no, coronel, dijo entonces un jóven de aspecto distinguido llevado allí por unas heridas inferidas en riña. Yo cumplo mañana mi condena; seria injusto Vd.

Con piés de catre cruzados ingeniosamente, construyó rápidamente una escala accesible por dos lados é hizo subir dos hombres y emprender resueltamente el trabajo de perforacion ya ensayado en la otra galería.

Los de abajo recibían el escombros en la manta y lo volcaban en los colchones que no dejaban oír ruido alguno.

Cada diez minutos hacia relevar á los que trabajaban arriba con tanta rapidez y fuerza, que la fatiga los rendía al momento.

Así se trabajó hasta las dos de la mañana sin poder abrirse paso.

Por fin, á las dos y media se vió el cielo y una estrella como un ojo que desde el infinito observaba tan arriesgada empresa. Pero una vez separado el primer ladrillo entero, la operacion fué relativamente fácil.

Cerca ya de las tres de la mañana, la boca dejaba paso á un hombre. El frío era intenso.

Tres horas despues los presos del calabozo lindero habian pasado á través del muro divisorio por un agujero de unos 50 centímetros de diámetro.

Pero en aquel momento el toque de silencio hizo cesar el ruido de los instrumentos musicales que sonaban estridentes, despiadados en escalas desesperadas desde las seis y media de la noche.

Faltaba lo principal: perforar la bóveda del techo.

Era lo que mas tiempo y mas ruido exigiria, porque tenian que caer los fragmentos del material al piso de la celda precisamente durante las horas de mayor silencio, cuando quedaba el presidio como una tumba, y la vigilancia de los centinelas era mayor.

Pero Marquez habia previsto el caso; en dos minutos colocó dos colchones á la par bajo el sitio en que se iba á empezar á operar, puso encima una manta y dos hombres para sostenerla un poco levantada.

trabajo en vestirse; entonces, sin vacilar subió por la escalera y penetró resueltamente por el agujero. Diez segundo despues descendió y dijo tranquilo pero trémulo de furor :

—No hay nadie ! pueden pasar.

En el acto se precipitó uno por la boca del techo y tras él los demás, menos uno, á quien se le ató y se le puso una mordaza floja dejándole en el suelo tendido en un colchon.

Marquez entonces se vistió tranquilamente de negro, con cierta correccion. se puso el frac que usaba en los dias en que era llamado por el tribunal, en las diferentes audiencias y vistas de su causa y cuando se puso su sombrero de copa y tomó su capa, subió la escala y saltó á la azotea.

Pero allí le esperaba una nueva y grave dificultad. La azotea de la cárcel lindaba por el único costado favorable á la evasion con la antigua imprenta de *La Tribuna*, que en ese tiempo edificaba un gran taller.

Era obligacion en esos casos de dar

Marquez entonces dijo: á vestirse!...

Todos buscaron las mejores ropas que tenian y formaron en círculo bajo el centro del agujero, alrededor de los colchones.

—Suba Vd., dijo Marquez á un gran criminal que tenia á su derecha. El bandido miró hácia arriba y vaciló: tragó saliva y concluyó por decirle: Señor, no me animo.

—Por qué?

—... Y si hay alguien en la azotea?

Tal vez un centinela que está esperando al primero que saque la cabeza, para matarlo?...

—Canalla! cobarde! dijo el coronel.

Vamos á ver: quién pasa?—agregó dirigiéndose á los demás.

Pero nadie contestó; la reflexion del primero habia sido tenida por muy cuerda por aquellos miserables.

Marquez reflexionó: buscó con la vista á su cómplice principal y lo vió en un rincon haciendo tiempo y simulando gran

Pero no habia arriba en que atar el extremo de la cuerda; entonces hizo sostenerla por los mas robustos y empezó el descenso de los mas comprometidos.

Sin embargo, aquellos miserables empezaron á murmurar de que los últimos que quedaran sosteniendo el cable improvisado, no tendrian á su vez quien se los sostuviera á ellos y en su ciega desesperacion olvidaron que no podian levantar la voz sin comprometerse y sin comprometer á á los demás.

Tuvo entonces que tranquilizarlos asegurándoles que él se quedaria el último.

Mientras tanto cada uno que bajaba, cruzaba el patio y se dirijia á la calle. El sereno de la esquina los vió pasar, pero nada estrañó notando que salian de la imprenta en donde toda la noche entraba y salia gente.

El establecimiento estaba ya sin los operarios que trabajaban en componer el diario, pero se oía el ruido de la máquina que hacia la edicion.

cuenta á la policia que intervenia en la construccion de los andamios que debian colocarse separados de la pared divisoria de la prision, precisamente para dificultar una evasion de presos en el caso que se intentase.

Eso justamente era lo que habia sucedido; al acercarse Marquez al borde de aquel muro que no tenia menos de treinta piés de altura, se encontró con los veinte y dos presos echados de boca, que lo esperaban para que les indicase el medio de salvar aquella dificultad imprevista, surjida á última hora, como para hacerles perder toda esperanza de salvacion precisamente cuando se creían ya libres.

En el acto se dió cuenta de lo que pasaba y rápido como el pensamiento, volvió á descender al calabozo de donde trajo sábanas que anudó unas con otras, para hacer una cuerda de largo suficiente para alcanzar las últimas tablas del piso inferior del andamio, que eran las únicas inmediatas á la pared.

Contra la táctica seguida por los demás, él tomó para la plaza de la Victoria; al llegar á los arcos del Cabildo el centinela le hizo bajar de la vereda. Entonces cruzó en direccion á la pirámide de Mayo y descendió hasta el muelle de pasajeros.

Allí le esperaba su hermana desde las doce de la noche sentada en un banco, áterida de frio y sufriendo á cada momento las impertinencias de los marineros que llegaban á tomar sus embarcaciones y que no comprendian qué podia hacer aquella mujer sola sentada en semejante sitio.

Cuando el dia que ya estaba encima alumbró lo suficiente para poder distinguirse las personas, el prófugo velado aún entre las brumas del rio, navegaba fuera de valizas en direccion á la Colonia.

Pero en la cárcel no se supo la evasion hasta que no fué hora de abrir los calabozos...

... Era aquel hombre el que acababa de salvar á Morillo. Éste por su parte no

De pronto alguien se alarmó de ver pasar tantas sombras siniestras que cruzaban como fantasmas en dirección á la puerta de calle.

La idea de la evasión surgió en el acto y el primero que lo comprendió corrió aterrado y cerró las entradas al cuarto de la máquina, que suspendió el tiraje, quedando todos en el mayor silencio.

Mientras tanto quedaba Márquez solo en la azotea sin tener quien le ayudara á descender, pero su resolución estaba hecha.

Habia podido comprobar que al pié del muro habían dos montones, de cal uno y de arena el otro; eran materiales que servían para las mezclas. Se colocó perpendicular al segundo, se arrimó al borde del abismo, puso el cuerpo rígido y dando cierta elasticidad á las piernas para atenuar el golpe y evitar la conmoción cerebral, se dejó caer de pié como un acróbata.

Dos minutos despues estaba en la calle

que así se producía, reconociendo en él al coronel Marquez. Entonces no pudo resistir su primera impresion de agradecimiento y le dijo:—Bien, coronel: lo conozco y aunque siento en el alma encontrarlo aquí, me le rindo: aquí tiene Vd. mi espada.

—Teniente Morillo! amigo mio, cuánto me felicito de ser su salvador; al fin puedo manifestarle mi agradecimiento, por tantas atenciones como he recibido de Vd. durante mi cautividad en Buenos Aires.

¡Ay, amigo! añadió Marquez: comprendo toda la enormidad de su desgracia, y ya se dará V. cuenta de ella así que le entregue al cuartel general. En el ejército de ustedes le es dado á cualquier jefe constituirse en responsable de un oficial prisionero, pero aquí las cosas pasan de otro modo, y solo Dios sabe si podré librarlo de la serie de sufrimientos que le esperan.

Sírvale esto de explicacion y no me juzgue con lijereza; por el momento hemos conjurado el peligro inmediato; conserva

lo conoció porque, además de estar muy cambiado, nunca le habia visto de uniforme.

—Teniente, dijo Marquez, fijándose en la insignia y penetrando por entre el grupo de soldados: ríndase; no se haga matar inútilmente: su vida está garantida. Es Vd. un valiente y de ello me siento orgulloso porque soy argentino como Vd.

—¿Argentino, replico Morillo con altanería: y sirviendo contra su patria á los tiranos? eso es ser simplemente traidor.

Se equivoca, porque Vd. no sabe que mi patria ha sido para mí una madrastra, pero esa es otra cuestión que no es el momento de discutir. Vd. me injuria precisamente cuando le salvo la vida y eso, permítame que le observe que no es digno: por mi parte, quiero mostrarle que soy superior á todo eso, para realizar lo que el honor y la humanidad me aconsejan. Es Vd. mi prisionero.

☛ Morillo bajó el brazo armado de la espada y miró intensamente á aquel hombre

espero; y mirando al soldado que le llevaba la lanza, le hizo seña de que lo acompañara.

La carpa estaba á unos veinte pasos; penetró en ella: abrió su valija que estaba por milagro intacta, sacó un pequeño paquete, se lo puso en el pecho y en seguida escribió con lápiz sobre el cuero curtido de aquella: «Teniente Ipola: hermano! voy prisionero; adios! no te veré mas. Abraza á mi madre y... no olvides nunca á tu amigo—*Santiago*.» En seguida se echó una manta precipitadamente sobre los hombros y salió.

Al salir vió á *Balcala* que le saludaba cariñosamente con esa especie de relincho sordo propio de la especie.

El soldado que lo acompañaba, sin decir una palabra lo desprendió de la estaca y se lo apropió, como botin de guerra; despues le indicó el rumbo, pero al llegar al coronel, éste le dijo:

—Déle su caballo al teniente y suba Vd. en ancas.

Vd. la vida; en adelante sea Vd. prudente, trate de ser dócil y sobre todo *muy reservado*.

Créame que si pudiera dejarlo libre, lo dejaria; eso seria una especie de satisfaccion á mi conciencia; pero en esta confusion no andaria Vd. diez pasos sin que lo mataran.

Sígame porque el peligro es cada vez mayor; los auxilios de Tuyu-cué están encima y la reconcentracion de nuestras tropas empieza hácia aquí.

Morillo no sabia qué pensar de este hombre: si creer en la sinceridad de sus palabras ó rechazar resueltamente su proteccion y hacerse matar. Por fin, acariciando la idea de evadirse, tomó mohino el camino del campo enemigo. De pronto se paró y volviéndose al coronel, le dijo:

—¿Me permite V. S. sacar de mi carpa, que es esa, algo que seguramente me hará mucha falta? Es cuestion de dos minutos.

—Vaya, dijo el coronel Marquez: lo

A medida que avanzaba iba encontrando grandes grupos de soldados cargados como acémilas, casi todos borrachos, mojados, súcios, cubiertos de lodo, sosteniendo á los heridos que habian podido salvar, todo en el mayor desórden.

En el primer momento habian triunfado, pero aquella batalla que pudo ser para ellos de gran importancia, llevaba desde la salida de las tropas de Humaitá el gérmen de un contraste, en la estúpida orden dada por el mariscal Lopez á los jefes de la expedicion, para que consintieran el saqueo á los soldados.

Por eso fué uno de los contrastes mas sérios que sufrieron durante la guerra.

Al fin llegó á la entrada de las fortificaciones enemigas, en donde se encontraba el mariscal Lopez, acompañado de la célebre Mme. Lynch, su compañera.

Los soldados al pasar cargados de botin lo vivaban como si volvieran de realizar la victoria mas completa ó de resultados mas satisfactorios para sus armas.

En aquel momento la division del general Hornos daba la primera carga.

Morillo calculó la distancia que le separaba de aquellas fuerzas, y concibió la idea desesperada de matar al soldado y correr el albur de batirse con el coronel y si la suerte le favorecia incorporarse á los suyos; pero lo desarmó la rara conducta de aquel hombre, que pudiendo llevarlo como prisionero se le puso á su lado y empezó á hablarle familiarmente con cariño y á contarle la situacion angustiosa porque pasaba el ejército de Lopez.

Desechó aquella mala inspiracion y se resignó á todo. Desde aquel momento no pensó sino en someterse á lo que viniera y á desear la muerte, pero en otra forma, corriendo el riesgo de la evasion, y de manera de ser útil al ejército, llevando el mayor número de datos sobre el enemigo y si perecia en la empresa siempre habria encontrado el medio que anhelaba para desprenderse de una vida que le era insoportable.

el ejército paraguayo bajo la sabia direccion de V. E. El triunfo de hoy es decisivo y no creo que la maldecida invasion pueda detenerse ocho dias mas en el suelo sagrado de la patria.

El coronel Marquez sabia perfectamente que Lopez, no habia dirigido nada, pero se servia del lenguaje en uso en el campamento. Eran frases de *cliché* que se repetian á propósito de cualquier escaramuza, aunque en ella hubieran salido los soldados del tirano como D. Quijote en sus malhadadas aventuras: mohinos y molidos á palos.

—¿Ha visto Vd. los cañones tomados?

—No los he visto aquí, dijo Marquez aprovechando la oportunidad para hablar de él: pero los he visto muy de cerca cuando los tenian en batería y nos saludaban estrepitosamente. Ahí traigo al oficial comandante de la batería argentina del naranjal, á quien he garantido la vida nada mas hasta que se resuelva segun el mejor parecer de V. E. lo que ha de hacer de él.

Él se creía en presencia de un Austerlitz americano.

Por su parte, como siempre tuvo buen cuidado de no ponerse á tiro, y por consiguiente no pudo apreciar de *visu* lo que en la realidad aquel hecho de armas importaba; los veía pasar con la satisfacción del que cree de buena fé en un triunfo. Un gran grupo de jefes y oficiales le rodeaba y le hacía notar cuando llegaba algún prisionero ó algún trofeo, prorrumpiendo en grandes aclamaciones y entusiastas vivas.

Cuando llegó el coronel Marquez, seguido de Morillo y de su asistente se presentó al mariscal, y llevando la mano al kepí, permaneció en aquella actitud hasta que Lopez le hizo seña de avanzar y le contestó el saludo.

—Qué tal coronel, dijo el mariscal: ¿cómo le ha ido á Vd. en la jornada de hoy?

—Ante todo permítame V. E. que le ofrezca mis mas ardientes felicitaciones por la espléndida victoria que ha obtenido

los cañones que eran tres ó cuatro á las fortificaciones; las banderas que eran tres, una argentina y dos brasileras, á su cuartel general. Era además necesario computar el número de muertos, heridos y prisioneros, contar los fusiles, cajas de guerra y municiones tomadas, multiplicarlos por cuatro y darlos al boletín del ejército.

El telégrafo ya habia comunicado á la Asunción el acontecimiento y probablemente en aquel momento las campanas echadas á vuelo ordenaban el regocijo público.

Desde Tuyutí hasta Humaitá no se oían sino dianas y vivas; las mujeres del campamento habian formado rueda y bailaban como unas desesperadas al compás de unas zambombas muy en uso en el Paraguay.

Al aproximarse Lopez formaban las guardias, presentando las armas y batiendo marcha regular; y tan pronto como se apercebían de las tres banderas aliadas

—¿Cómo se llama?

El teniente Santiago Morillo, pero seguro me ha dicho contestando á mis interrogatorios, sus despachos de capitán deben haber llegado en el correo de Buenos Aires anoche, al campamento aliado.

—Eso ya lo sabremos, dijo Lopez con suficiencia: porque tengo en mí poder toda la valija del último correo.

En aquel momento llegaba deshecha la última division paraguaya que aún quedaba sobre el campo de batalla; éstos no traían heridos porque no les habían dado tiempo de cargar con ellos; era una masa informe de soldados y oficiales de las tres armas que volvían, sintiéndose muy felices de haber escapado al sable del comandante Saturnino Undabarrena que los traía acuchillando desde el reducto del doce de línea.

Lopez creyó prudente retirarse poniéndose al galope al frente de su Estado Mayor. Por el camino iba dando órdenes: los heridos y los prisioneros á Humaitá;

de posición; el mate amargo hacia rato que no se presentaba y los asistentes uno tras otro habían ido desapareciendo.

Un momento después reinaba el más profundo silencio.

---

que lo seguían, el entusiasmo rayaba en frenesí.

Casi paralela á él, marchaba una larga fila de heridos y contusos paraguayos que se arrastraban devorados por la sed y el cansancio en dirección á Humaitá.

Mas atrás, un grupo de prisioneros. Entre ellos iba Morillo, marchando á pié con el kepi levantado y la mirada altiva.

Los custodiaba un peloton de caballería que hería con las lanzas á los que rendía la fatiga obligándolos á marchar sin detenerse.

Pero, señores, dijo el comandante Ipola: noto que hace bastante tiempo que estamos violando las órdenes generales.

Estoy cansado y necesito reposo; me duele la garganta y me siento entumido; mañana espero concluir este cuento que va pareciéndose á los de las mil y una noches por lo largo y pesado.

Los que lo escuchaban se levantaron de mala gana; necesitaban también cambiar

Paraguay escurriéndose correntoso por debajo de la gruesa cadena que lo cerraba á la navegacion; en su márgen izquierda, «Las baterías de las corrientes», la de «Lóndres», «La octava», la del «Comandante», la de «Coimbra», la de «Tacuarí», de la «Maestranza» y de «Humaitá», sumando todas unas ochenta y cuatro bocas de fuego en su mayor parte de gran calibre; detrás, los cuarteles de artillería; al Oriente, muy inmediata la iglesia y la comandancia de artillería, las líneas fortificadas del polígono y el camino al establecimiento; hácia el Sud, el cuerpo médico el campamento de infantería, la casa de Mme. Lynch y los cuarteles de mujeres; mas allá, el cementerio y las líneas de defensa ya abandonadas, que se perdian lejanas confundidas con los esteros y la vegetacion acuática.

Por el Sud y al poniente, una serie alternada de bosques y lagunas que se prolongaba hasta Curupaytí, bordando el rio y defendiendo el acceso con innume-

## Servilismo y abyeccion

—Por fin, dijo Ipola: creo que esta noche habré concluido mi turno.

—Ya era tiempo, dijo *Miguelon* que no perdía oportunidad de contestar á Ipola y tirarle la lengua; pero él, no hizo caso y prosiguió:

—Serian las tres de la tarde cuando penetraron los prisioneros en el recinto fortificado de Humaitá. El oficial conductor del escuadron de lanceros que los custodiaba les hizo hacer alto detrás del edificio ocupado por el Estado Mayor, á la izquierda del cuartel general, y á la derecha de algunas otras reparticiones militares, la oficina telegráfica y otras dependencias.

Desde aquel sitio se podia contemplar un panorama bellissimo: al Norte, el rio

cial del Estado Mayor y tomó los nombres de los prisioneros, especificando el cuerpo á que pertenecian y el grado militar de cada uno.

Varias mujeres caritativas; algunas bastante hermosas y todas muy limpias, llevaron un poco de maíz cocido y algunas caramañolas con agua para los pobres prisioneros.

Morillo, sostenido por la fiebre, no sentia la necesidad de comer, pero aceptó lo que le dieron y lo guardó en los bolsillos, agradeciendo aquella obra de caridad.

Algunos minutos despues se pasó lista notificándoseles que tenian que contestar los vivas de ordenanza que se daban despues de aquella operacion en honor del Exmo. Sr. Mariscal.

Cuando se tocó oracion, Morillo estuvo á punto de arrodillarse: un secreto presentimiento le sujeria la idea de levantar su espíritu á Dios en aquellas horas de amargura, tal vez las últimas de su vida; pero por no singularizarse y sobre todo

rables guardias y baterías de artillería ligera.

Por el lado del Chaco, bosques seculares detrás de los cuales descendía el sol iluminando con tintes rojos las copas de los árboles y dándoles relieves fantásticos.

Era una tarde espléndida; la temperatura era allí mucho más tolerable que en Tuyuty, tal vez por la altura del terreno, porque había más sombra ó por la proximidad al río.

Soplaba una brisa fresca del Oeste que llevaba en suspensión los perfumes acres de los bosques ribereños.

Por todas partes se escuchaba el ruido atormentador de las zambombas y tambores que llevaban el compás á las innumerables *galopas* que se habían improvisado.

Los paraguayos usan en este caso el nombre propio por el genérico, y así, llamaban *galopa* á toda reunión con el objeto de bailar.

A la hora de la lista de tarde fué un ofi-

A lo lejos se oía de cuando en cuando el eco intermitente de la artillería de Tuyucué, que le decía al dictador: Ahí está la invasión, firme, decidida, inflexible, tenaz, persistente, levantando parapetos, acumulando elementos, preparando el asalto y con él, el día de tu caída y la redención del pueblo paraguayo!

Aquellos ecos lejanos lo ponían de mal humor, aún en los momentos más felices, sin que fueran bastante á disiparlo el incienso adulador de sus abyectos cortesanos, ni las caricias seductoras de su interesante compañera.

Aquella noche se disponía á cenar bien y á darse la ansiada satisfacción de unas horas de reposo. Estaba dispuesto á capitular con su conciencia agitada y á poner un paréntesis á la vida de fatigas y emociones ingratas que llevaba desde el principio de la guerra, siguiendo el movimiento lento de la invasión que adelantaba á paso de hormiga, pero adelantando siempre y sin retroceder jamás, encerrándole

porque no se le creyera abatido; se mantuvo firme como los demás.

Todos aquellos desgraciados le miraban con lástima y le ofrecían algo de lo poco que poseían para aliviarlo.

Él por su parte permanecía mudo, con el kepí levantado y el semblante sereno. No hacía más que beber agua porque la sed lo devoraba.

Cerca de las ocho se sintió el aviso del centinela que gritaba: ¡Cabo de cuarto! ¡Jefe supremo!—y las carreras de los soldados que corrían á tomar su puesto en la formación para rendir los honores que correspondían á tan alta gerarquía.

Al mismo tiempo un sargento con un rebenque hacía levantar y formar á los prisioneros que no se habían puesto de pié al primer grito.

Era efectivamente el Mariscal Lopez que dejaba el cuartel general para ir á comer en casa de Mme. Lynch.

Iba vestido de gran uniforme y con aire de conquistador satisfecho.

sangre guaraní y que pueden servir de *especimen* como insignes discursistas.

—No me doy por aludido, dijo Ipola: si á mí se refiere; pero le puedo asegurar que si es vicio español, en América ha encontrado tierra aparente para desarrollarse, porque el tipo del *conversador* y del *solista* si no son americanos de origen, han tomado carta de naturaleza, y son muchos mas de los que Vdes. se figuran, los que me disputarian la palma, si les favoreciese un poquito su bagaje de instruccion . . . . .

. . . Pero, señores, pido que no se me interrumpa y que se respeten mis apreciaciones sin coartarme la libertad de usar la forma que mejor me parezca para emitir mis ideas cualesquiera que ellas sean, dijo Ipola con aire parlamentario.

. . . Decia que era media noche y aún continuaban los brindis sobre los temas de rigor: la providencial mision que el destino confiaba al Sr. Mariscal, como al génio tutelar de la América, para regenerar sus destinos, derribando el trono *carcomido*

en un círculo de plomo y acero, del cual un secreto presentimiento le decia que no habia de salir con vida...

Se habia preparado un verdadero banquete en casa de Mme. Lynch, al cual debian asistir los jefes superiores que habian dirigido la jornada de ese dia.

Todo estaba preparado con la elegancia y buen tono que aquella mujer sabia imprimir á sus actos.

Algunas bandas de música empezaron á llegar en las primeras horas de la noche y á situarse convenientemente frente al edificio.

Como á las nueve empezó la comida, y eran ya las doce de la noche y los brindis y discursos no cesaban; es un rasgo típico de los pueblos de origen guaraní el ser insignes discursistas.

—Es defecto de origen español, tal vez latino, dijo el mayor Córdoba con malicia: hay aquí mismo entre nosotros personas que no llevan en sus venas un átomo de

... La adulacion al dictador no reconocia limites entre sus seides; no se ordenaba un asesinato, un fusilamiento en masa de los que se repetian diariamente, que no mereciese los mas grandes elogios; cada acto de crueldad era una dulce y paternal correccion; las cárceles se atestaban de infelices caídos en la desgracia de ser sospechosos; el destierro, la movilizacion continúa y el hambre de las familias condenadas por millares á internarse hácia el interior en medio de desiertos y selvas vírgenes, las diezaba haciendo mas estragos que los proyectiles de la alianza en el ejército; pero esas eran medidas sábias y previsoras, tomadas sin otro fin que la salud de la patria—que agonizaba en sus manos!...

Los ciudadanos mas honorables que lograban escapar á la muerte eran sometidos á la bárbara pena de azotes y en el furor sombrío de aquellos dias no escapó á la manía de exterminio ni el Vice-Presidente de la República, ni el obispo, dos

*del Imperio esclavócrata* . . . (Esta frase era de rigurosa moda) . . . llevando la libertad á los *macacos*, á los ingratos orientales y á los pedantes porteños . . . todo por cierto *ad majorem gloriam populus paraguayensis!* . . .

—Bravo por el latin! dijo *Miguelon*.

—¡Silencio! gritó Ipola: ó me levanto y doy por concluido mi turno!

—Señores, dijo con entereza el mayor Córdoba: declaro formalmente que estoy dispuesto á reprimir con severidad las interrupciones, haciendo levantar del fogn al que no tenga la atencion de escuchar callado al comandante Ipola.

He aceptado la presidencia y sabré hacerme respetar. Bueno es que se recuerde que aquí no estamos en el Congreso!! . . .

Puede Vd. continuar . . .

—Gracias, dijo Ipola inclinándose con dignidad y cambiando de posicion en el monton de quillangos que le servia de asiento.

siglo de tiranía no interrumpida de Francia y los dos Lopez:

«... Mas, á manera de la rosada aurora que ceñía los divinos destinos de la *vírgen de Nazareth*, existía en el corazón de la América una *vírgen nacionalidad*: que si aquella dió un *Dios*—ésta había dado un *génio*. Si *aquel* había redimido á la humanidad y había inaugurado la libertad con la doctrina de sus hechos, *éste* estaba llamado á salvar el esplendor de esa divina doctrina y á defender y sostener la paz y felicidad de las naciones, y gloria de la humanidad!!

«... Si *aquel* había libertado las naciones de la pesada carga de la esclavitud y del pecado, *éste* estaba destinado á libertar las naciones y al hombre de la oprobiosa esclavitud.

«... La hora sonó; las trompetas de la barbarie sopladadas por las furias infernales conturbaban los espacios; la tempestad dirigía sus pasos de desolacion sobre la *vírgen nacionalidad* de América y la

ancianos venerables é inofensivos, y ni aún los propios hermanos del dictador!

Los diarios de la Asuncion, le llamaban *Génio* sin segundo, superior á César, Alejandro, Federico el Grande, Napoleon y Constantino!

Pero el manjar de la adulacion servil estraga el paladar del cortesano y cuando se agota el diccionario de los términos encomiásticos y faltan paralelos entre los grandes hombres, hay que recurrir al cielo y hombrear al ídolo con los dioses.

No se podia decir el *Divo* Lopez, porque seria rebajarlo con un título ya usado en la historia profana con Augusto.

Por otra parte, el pueblo paraguayo no lo entenderia: mas inteligible era compararlo con Jesucristo!

¿Se rien Vdes? pues oigan:

Un día «La Estrella» decia lo siguiente que se me quedó perfectamente grabado en la memoria, porque no hay prueba mas acabada del grado de abyeccion á que habia llegado aquel pueblo, en el medio

«sus ejércitos, ha borrado la palabra *imposible* del diccionario de la humanidad.

«S. E. el Sr. Mariscal Lopez, ha hecho «al frente de sus ejércitos, lo que no pudo «haber hecho nadie, lo que estaba reser- «vado á un *Genio*.» (1)

Me parece, dijo Ipola, que si para muestra basta un botón, con el trozo de literatura republicana que acabo de recordar, hay de sobra para juzgar lo que era la prensa del pueblo que nos queria libertar, y que hablaba con lástima del imperio *esclavócrata*.

Noto sonrisas de duda entre los que no formaron parte en aquella guerra de libertad, de redencion, en aquella guerra civilizadora por mas que hayan dicho lo contrario los *Almonte* de todos los países. Ahí está la coleccion de «La Estrella»; véase el artículo editorial del 13 de Junio de 1869; véase el libro «La guerra de la triple alianza» por L. Schneider, y véanse

---

(1) Historico.

«sentencia de la degollacion estaba ti-  
«rada.

«Empero, el *génio* salvador no partió  
«para el Egipto, nó: partió, sí, para el cam-  
«po de la prueba. Fué el 8 de Junio de  
«1865!

«No dejó el *pesebre*, *cuyo verde follaje*  
«formaba su cuna; dejó, sí, el fausto de las  
«comodidades de su alta posicion política  
«y social! (sic). S. E. el Sr. Mariscal  
«Lopez, venciendo la oposicion del Con-  
«greso y del pueblo, y cediendo á los  
«patrióticos impulsos de su magnánimo y  
«generoso corazon, con las inspiraciones  
«del *génio*, *partió de la Asuncion* para  
«poner su fortuna, sus sufrimientos, su  
«espada y su vida en pró de la salva-  
«cion de la patria, en pró de la *incolumi-*  
«*dad (?) de Dios!* y de la paz, la libertad  
«de las naciones y del hombre.

«Hecho de tan sublime y acrisolada  
«abnegacion no es de la palabra su elogio,  
«ni de la pintura su imágen. La presen-  
«cia del Sr. Mariscal Lopez al frente de

—Si V. E. permite... *Excelentísimo señor*... hay aquí un parte del Estado Mayor que se me ha ordenado entregar á V. E. en carácter de urgente.

—Vive Dios! dijo Lopez irritado: que ni una noche me han de dejar descansar; ya estoy aburrido, fatigado... para lo que me ha de agradecer este pueblo de ingratos, tentado estoy de retirarme y dejarlos que se entiendan como puedan... esto no es vida; estoy condenado como el judío errante á no tener un minnto de reposo.

—Tranquilízate, dijo Mme. Lynch con cariño abandonando su cuarto y presentándose cubierta con un baton blanco primorosamente cubierto de encajes, obra de la industria paraguaya: Yo recibiré el pliego y aún evitaré si es posible que te molestes si se trata de algo de fácil resolución.

—Bien, dijo Lopez volviéndose á tender: infórmate y resuelve.

Mme. Lynch abrió la puerta: recibió el despacho, rompió el sobre y se puso á

tambien los libros de origen paraguayo, Thompson y Masterman, y se convencerán que me quedo muy lejos de lo que era Lopez y aquel pueblo en aquellos tiempos.

Pero, vamos á mi cuento:

Ya se habian ido los comensales despues de una cariñosa indicacion de Mme. Lynch interesada en el reposo del Mariscal.

Éste descansaba en una hamaca de seda, regalo de las damas de la Asuncion; agitado por una digestion harto difcil en medio de un sueño que hubiera sido reparador, si hubiese podido ser tranquilo... cuando el ayudante de servicio llamó con mucho tacto á la puerta de su alcoba.

Lopez despertó en el acto y miró maquinalmente hácia el sitio en que se encontraban su espada y sus pistolas.

Hacia media hora que el comandante de la guardia que daba el servicio en aquella casa no se atrevia á llamar.

—¿Quién llama? dijo Lopez.

ral argentino, siguen por el brasilero y el oriental y cuando los ha repetido el destacamento de Paso Pucú, son contestados por la ciudadela de Tuyuty.»

He mandado doblar las guardias y ruego á V. E. se digne darme instrucciones sobre lo que deba hacerse en el caso de que la planta inmunda del invasor pretenda en la madrugada acercarse á nuestras líneas.

. Dios guarde á V. E. muchos años.—

*Hernando de Iturburu.*

Lopez movió á su vez la cabeza: el sueño se le habia ido por completo; la rabia lo tenia trémulo; su ceño se puso sombrío... Estaba de Dios que no habia de dormir tranquilo una sola noche!

Desde mucho tiempo atrás lo tenia intrigado el porqué de los cohetes de colores.

Era evidente que servian de señal, algo como una telegrafía, para usar durante la noche; pero ¿qué significaba aquello? Nunca lo pudo averiguar con certeza; en

leerlo guardando silencio indecisa por algun rato.

Al fin movió contrariada la cabeza y dijo á Lopez que empezaba nuevamente á conciliar el sueño.

—No me atrevo á contestar, porque se trata de una alarma en las avanzadas de la línea exterior, frente á Tuyu-cué.

—Dámelo, dijo Lopez secamente, y leyó:—Excmo. señor:—De acuerdo con las instrucciones de V. E. transcribo el parte que acabo de recibir del jefe de la línea avanzada sobre Tuyu-cué...

«El enemigo está sobre las armas; se siente gran movimiento en sus líneas, principalmente en la artillería; al anochecer las caballadas han sido entregadas á las fuerzas de caballería y es de suponer que se prepare un movimiento de avance, buscando un nuevo escarmiento.

«Pero lo que mas llama la atencion es que desde las 11 de la noche se levantan cohetes voladores de luz intensa de varios colores que empiezan en el cuartel gene-



balde se estudió por medio de la observación de los hechos que se realizaban después de las noches en que se veían esas señales.

Todo resultó siempre inútil.

Seguramente que en aquel momento existía una razón fundada para suponer que los aliados trataban de neutralizar la opinión desfavorable que la sorpresa del día anterior iba á llevar á Buenos Aires, Montevideo y Rio Janeiro, preparando probablemente un movimiento de avance, una batalla, un reconocimiento quizá, ó un verdadero asalto!

De pronto se dijo: —pero nada mas fácil que averiguarlo, interrogando á los oficiales prisioneros! . . .

Pronto, gritó: mi caballo!—y un momento después galopaba en dirección al cuartel general.

---

había dignado infligirle con justísimo motivo.

—El jefe de servicio! dijo Lopez pasando por entre el grupo sin hacer la menor inclinación, y yendo á ocupar su bufete en el cuartel general.

Cuando oyeron el tono en que llamaba al jefe de servicio, un terror pánico se apoderó de todos. Comprendieron que S. E. estaba de mal humor y que inevitablemente habría tragedia.

El jefe se presentó con el morrion en la mano.

—Mándeme el oficial de mayor graduación de entre los que hayan venido hoy prisioneros.

El jefe hizo una profunda reverencia, dió media vuelta y se alejó.

Diez minutos despues entraba el mayor Cunha Guimarães, del ejército brasileiro, envuelto en un lienzo blanco ordinario, con una camisa de tropa, y en cabeza.

Al tomarlo prisionero había sido despojado de todas sus ropas y la envoltura que



## **¡Te esperaba !!**

Un grupo de ginetes esperaba con el caballo de la rienda. Cuando el dictador se presentó, una genuflexion universal abatió todas aquellas cabezas descubiertas en señal de sumision.

Lopez, como todos los tiranos, era muy exigente en cuestiones de etiqueta y no consentia la mas insignificante trasgresion á las reglas establecidas. La falta mas pequeña, la inobservancia mas pueril, era castigada con rigor.

Si la víctima tenia la suerte de no pagar con la vida su pecado, sufría resignada la pena, ya fuera prision, degradacion ó azotes y aún antes de sufrir el castigo se deshacia en protestas de agradecimiento por la paternal correccion que S. E. se

naciones beligerantes, ya por un hecho de armas que salve el honor de los combatientes.

—Sabe Vd. si se esperan refuerzos del Brasil?

—Ignoro, señor.

—Y de la Argentina ó de la Oriental?

—Tambien ignoro, señor.

—Sabe Vd. de qué medios se sirve el cuartel general argentino para comunicar con los otros durante la noche?

—Ignoro, Excmo. señor.

—No sabe Vd. que usen cohetes de colores?

—Los he visto muchas veces, pero ignoraba su significado.

—Es raro que Vd. siendo jefe no conozca su significacion...

—Si alguna tienen esas señales, Excmo. señor, como es muy probable, ella será solamente conocida de los jefes superiores.

—De manera que Vd. nada sabe sobre la significacion de esas luces?

Llevaba en ese momento era debida á la caridad de algunas pobres mujeres que se habian apiadado de su desnudez.

Al presentarse guardó aquel desgraciado la mayor compostura, permaneciendo de pié y llevando su mano á la cabeza en forma de saludo militar.

—Cómo se llama Vd? dijo Lopez secamente.

—Antonio da Cunha Guimarães, sargento mayor de infantería del ejército imperial, Ilustrísimo y Excmo. Señor, dijo el prisionero con mesurada voz.

—Sabe Vd. con cuántos soldados cuenta el ejército brasileiro?

—Supongo que deben pasar de 30.000 hombres, Excmo. señor.

—¿Los que están en Tuyuty?

—Nó, Excmo. Señor: el total.

—Qué espíritu reina en el ejército?

La pregunta era escabrosa

—Excmo. Señor: hay fatiga; todo el mundo desea que esta guerra desastrosa termine ya por una paz honrosa para las

El mayor Aranda se mantuvo sereno y digno en cuanto pudo; sus hábitos republicanos le hicieron sóbrio en el uso del tratamiento de Excmo. señor; pero comprendiendo que su vida dependía de un simple gesto de aquel mónstruo, hizo cuanto pudo por dar á su voz el timbre mas dulce y la expresion de sinceridad mas acabada.

Lopez contrariado concluyó por despedirlo de mal humor.

En seguida desfilaron por turno tres capitanes que, ignorantes como los demás, en nada pudieron satisfacer la curiosidad del dictador.

Todos ellos fueron mandados poner en el cepo colombiano y condenados á trabajar desde el dia siguiente en las fortificaciones.

El turno de Morillo llegó y se presentó con el keptí puesto, la mano derecha ajustada al aro, con los dedos para arriba en la rigurosa forma de ordenanza y perfectamente cuadrado.

—Nada, Excmo. señor.

—Fíjese bien en lo que asegura porque pudiera resultar que yo le demuestre lo contrario, y entonces le ha de pesar...

—Excmo. señor: juro que lo ignoro; por lo demás, estoy librado á la clemencia de V. E. que puede disponer de mí como desee, dijo el prisionero con dignidad.

—Bien; vaya no mas.

El mayor Cunha Guimarães, se inclinó y se retiró caminando para atrás hasta salvar el umbral.

El jefe de servicio apareció morrion en mano.

—Haga llevar ese hombre y traiga otro.

El mayor Aranda se presentó, poco mas ó menos en el estado de desnudez de Cunha Guimarães. El interrogatorio versó sobre los mismos puntos con pocas diferencias de detalle. Lopez preguntaba generalidades y concluía por abordar decididamente la averiguacion del significado de las luces de Bengala usadas en el ejército aliado.

Como los habian visto, Morillo contestó:

—Siete: seis de bronce, sistema belga, y uno de acero, sistema Krupp.

—Sabe Vd si quedaron en batería ó fueron tomados durante el asalto?

—Solo sé que el de acero ha sido tomado y aún creo haberlo visto de paso al ser conducido á este destino; pero él no ha sido tomado durante el asalto sino mucho despues, cuando la batería estaba completamente desguarnecida y yo prisionero.

Lopez frunció el entrecejo.

—La bandera argentina quitada por mis soldados en la batalla pertenece á su regimiento?

—Permítame V. E. una esplicacion al respecto. El estandarte no es el del regimiento, sino el de un escuadron, y no ha sido tomado en la batalla sino sacado del depósito despues del combate, durante el saqueo...

—Conteste á lo que le pregunto, sin meterse en detalles que no le pido.

—¡Cúbrase!... le dijo el Mariscal irónicamente.

—Perdone V. E., dijo Morillo descubriéndose y quedando rígido: ignoro la costumbre del ejército paraguayo en materia de saludo y es por eso que me he mantenido como lo hubiera hecho en presencia del señor general en jefe del ejército aliado.

Lopez le lanzó una mirada oblicua de felino que se prepara á saltar sobre su presa.

—Cómo se llama Vd?

—Santiago Morillo, oriental de nacimiento, argentino por adopcion, capitán en comision de la primera batería del 1<sup>er</sup> escuadron del regimiento de artillería lijera.

—Cuántas baterías de su regimiento guarnecian la ciudadela de Tuyuty?

—Una sola bajo mi comando.

Era una mentira evidente, pero se quedó muy sério.

—Cuántos cañones tenia Vd?

—Sabe Vd. si se ha fijado dia para el asalto?

—No, señor.

—Qué número de piezas tiene disponibles el ejército invasor?

—Ignoro, señor.

—Sabe Vd. con cuántos soldados de caballería cuenta la alianza?

—No, señor.

—De cuántas plazas se compone su regimiento?

—Ignoro, señor.

—Está Vd. mintiendo; no es posible que ignore el número de plazas de su propio regimiento!—dijo Lopez con la mirada furibunda.

—Crea V. E. que me esfuerzó por complacerlo sin menoscabo de mi decoro...

—Qué significan las luces de colores que se inician en el cuartel general argentino y que contestan los demás estados mayores?

—Ignoro, señor, lo que significan y si son los estados mayores los que las usan.

Morillo se inclinó con dignidad y guardó silencio.

—Qué sabe Vd. sobre el espíritu y disciplina del ejército aliado?

—Que es inmejorable.

Lopez se mordió los labios de rabia.

—Estoy sospechando, mocito, que se permite Vd. usar de una altanería que no toleraría ni á mis generales.

—Crea V. E. que no uso otro lenguaje que el que me es propio, que estoy muy lejos de querer ser irrespetuoso; pero si tal parezco, desde luego pido por ello disculpa; por otra parte, tal vez soy demasiado verídico, pero esta forma creo que es la única compatible con mi dignidad y con mi desgracia...

—Basta! sea breve!...

Morillo volvió á inclinarse y á guardar silencio.

—Sabe Vd. qué número de tropas componen el ejército de Tuyu-cué?

—Ignoro, señor.

le voy á enseñar á guardar los respetos que me debe.

Morillo se inclinó en silencio pero con dignidad y dijo: si V. E. . .

—Silencio! ¡ó lo harto á patadas! gritó Lopez á quien el furor le hacia un nudo en la garganta.

El jefe de servicio se asomó respetuosamente.

—Retrese, curioso, estúpido! vociferó Lopez bruscamente, que no queria que nadie de los suyos observase la manera digna con que le contestaba un simple oficial subalterno y prisionero por añadidura.

El pobre hombre desapareció en el acto.

Luego, dirigiéndose á Morillo que permanecia de pié y con la cabeza levantada, le dijo:

—Se ha imaginado Vd. que yo soy Mitre á quien le tratan casi como á igual y á quien los tinterillos mal criados de la prensa de Buenos Aires le dicen cuanta

—Nunca ha visto Vd. esos cohetes?

—Sí, señor, los he visto muchas veces, pero ignoro su objeto.

—Pero á qué lo atribuye Vd?

—Nunca me he propuesto esa cuestion.

—No cree Vd. que sean señales?

—No tengo una razon de fundamento que me decida en favor de esa suposicion y no de otra cualquiera.

—Vuelvo á repetirle que está Vd. mintiendo clinicamente

—Digo lo que sé y si no soy mas explicito, quizá ello dependa, Excmo. señor, de que V. E. tal vez sin darse cuenta, me está haciendo preguntas que si las pudiera contestar de una manera afirmativa, cometeria un acto reprochable para mi conciencia, vendiendo en cambio de una conmiseracion que me avergonzara, secretos que mi infortunio no me autoriza á revelar.

—Es Vd. un muchacho insolente á quien

lucha desigual contra dos repúblicas y un imperio, supliendo la herocidad paraguaya la diferencia en número y elementos; y el que pisoteando las tradiciones americanas se hace aliado de una corona, para matar la libertad de una república; la diferencia de los que pelean por satisfacer ambiciones y los que se baten en defensa de la razón y del derecho!

Morillo se sonrió con amarga ironía cuando le oyó hablar de derecho á Lopez.

El mariscal acabó de exasperarse.

—¿Te burlas, miserable? no sabes que te voy á mandar fusilar ahora mismo por insolente? ¿crees que vas á salir de mi presencia sin sentir el peso de mis botas?

Morillo comprendió que estaba irremisiblemente perdido y llamó en su auxilio á su carácter y á su serenidad.

—Sé perfectamente, señor general, que va V. E. á mandarme fusilar; mi situación no es como para burlarse de quien tiene

desvergüenza les da la gana y él la tolera como si tal cosa!...

—No, Excmo. señor: estoy muy lejos de querer comparar á V. E. con el general Mitre.

—Por qué lo dice? replicó Lopez con rabia comprendiendo la ironía de Morillo.

—Porque no cabe parangon, Excmo. señor.

—Es cierto, replicó Lopez fuera de sí. No cabe parangon entre el demagogo aventurero y ambicioso que ha tenido su espada sucesivamente al servicio de los orientales, de los bolivianos, de los chilenos y hoy de los brasileros, para conquistarse una celebridad que no merece; y el patricio que lucha por la independenciam de su país y por el equilibrio sud-americano!

¡Ya lo creo que hay diferencia! agregó con vehemente rapidez: entre el que manda un pueblo de bravos que se baten por defender el suelo sagrado de la patria en

general civilizado representante de tres nacionalidades que son la honra de la América y tú, salvaje, que sacrificas tus esclavos en aras de tu ciega ambición? ¿Cáin que has hecho fusilar á tu propio hermano!... que para satisfacer tu amor propio has sacrificado á tu pueblo... gritaba Morillo furibundo luchando á brazo partido con el jefe de campo.

A los gritos acudieron algunos oficiales y le sujetaron.

—¡Pónganle una mordaza á ese pícaro— vociferaba Lopez con cara apoplética preocupándose mucho de que no oyeran lo que decía Morillo.

—Pongan!... miserables esclavos de esa furia... Desgraciado! no impedirás que mi sangre sea fecunda, ni en tu omnipotencia te será dado fusilar á tu sucesor, que tal vez á tu lado acecha la hora de la caída y el día de la verganza!

—Salgan de una vez, canallas, ó es que no pueden con ese bribon! decía Lopez.

Un esfuerzo supremo acabó por vencer

mi vida en sus manos; lo que no creo es que V. E. se atreva á darme de patadas, porque indefenso como me hallo, eso no me humillaria, mientras que dejaria muy comprometida la cultura del jefe del ejército paraguayo para con sus prisioneros de guerra y en un ridículo espantoso á ese *derecho* en nombre del cual dice V. E. que defiende su país!

Lopez se lanzó como un tigre encima de Morillo y le dió una bofetada.

—Miserable!... cobarde! gritó Morillo pálido de rabia tomando una actitud agresiva; ¿esta es la libertad y el derecho de que hablas? Mándame fusilar ahora mismo; ello no importa nada; tus dias están contados y ya me seguirás de cerca!...

—Comandante! gritó Lopez; sáqueme de aquí ese canalla y fusílelo en el acto!

—... Mónstruo! tirano, bárbaro, ¿qué parangon ha de haber entre el jefe de un ejército de ciudadanos y tú, parricida, Neron, que has hecho azotar á tu propia madre...? ¿qué similitud cabe entre un

crímenes; pero la patria se los ha de demandar alguna vez!...

Un sargento se acercó á él con una astilla de leña y una correa de cuero para ponerle la mordanza.

—Es inútil, les dijo: porque ya he dicho cuanto quería; pero pongánmela, si quieren; lo que les ruego es que no me aten porque no hay necesidad; no pienso hacer la menor resistencia.

—Vamos, pronto, dijo uno de los oficiales: no hay tiempo que perder.

Morillo siguió altivo con la mordaza floja y el kepi levantado.

En frente del cuerpo de guardia hácia el sitio en que estaban los demás prisioneros, se levantaba una palizada.

Al acercarse á ella, un relincho alegre llamó la atención de la víctima: era *Balcata* que había conocido su voz y le saludaba, desde el palenque. Su ex-amo lo miró con reconocimiento pensando que era el único amigo que iba á presenciar su sacrificio.

- la audaz resistencia de Morillo que no luchaba por vivir, sino por permanecer mas tiempo en presencia del tirano y decirle mas verdades.

Cuando salvó el umbral se entregó por completo; alguien buscaba un trozo de madera cualquiera para improvisar una mordaza, pero no se encontraba.

Ya se habia alejado veinte pasos en direccion al cuerpo de guardia, cuando se dió vuelta y vió á Lopez que lo miraba trémulo de rábia desde una ventana.

—Asómate, miserable! le gritó: contempla como muere un oriental libre.

En ese momento un piquete salia precipitadamente del cuerpo de guardia y rodeaba el grupo.

Eran los soldados requeridos de pronto por el jefe de servicio para proceder inmediatamente á la ejecucion.

—Compañeros, dijo Morillo con afectada parsimonia, pero jadeante: cumplan con su deber. Ustedes son instrumentos ciegos y no deben cuenta á Dios de estos

La descarga cortó la frase y aquella existencia, que rendía el tributo de su sangre á la libertad y á la redención de un pueblo.

El cuerpo rodó ensangrentado por el suelo y quedó instantáneamente muerto.

Al arrastrarlo mas tarde para darle sepultura, su mano izquierda apretaba sobre su corazón ya helado, un paquete de cartas y flores secas empapado en su sangre!...

.....

Ipola se calló: estaba visiblemente conmovido; su voz se puso casi sorda y su aspecto sombrío; apenas se le entendía lo que hablaba; por fin, serenándose un poco, dijo: ¡pobre hermano Morillo! ya tu memoria no quedará del todo olvidada!... y agregó: en fin, señores, he concluido; disculpen este desahogo del corazón en holocausto á la amistad!

—Y Lopez? dijo uno del círculo.

—Ah! tienen razón: dos palabras mas.  
... En aquel instante, como contestan-

No se juzgó prudente, sin esponerse á un castigo severo, pasar de allí; el peloton hizo alto y Morillo dió media vuelta para recibir la descarga de frente.

Al girar vió que el dia estaba ya muy avanzado y que al Oriente se levantaba la aurora sonrosada entre gasas opalinas como si fuera el altar de su sacrificio.

—¡Gracias, Dios mio! dijo: al fin voy á ser libre! — despues estendió el brazo en direccion al cuartel general y con el dedo señaló amenazador al cielo, demandando venganza.

El piquete se alineó y preparó las armas.

Él, entonces, se arrancó la mordanza é hincó una rodilla en tierra.

Todos se apartaron para hacer lugar á la descarga.

Quedó solo frente á la palizada.

En aquel momento sintió que le tocaban suavemente en el hombro; miró, y como siempre, no vió á nadie... *Te esperaba,* dijo, *Cristina de mí...*

ra siempre á Humaitá, y el problema de la guerra quedaba resuelto con la ocupacion de aquella fortaleza que cerraba desde medio siglo atrás, á la civilizacion y á la libertad; las puertas de aquella nacionalidad y de aquellas regiones tan favorecidas por la naturaleza.

G.  
1/2 *de la*  
FIN

---

do á la descarga que cortó aquella vida, se sintió un vivo cañoneo sobre la línea de Tuyu-cué. Era el ejército aliado que avanzaba sobre Humaitá.

Lopez salió precipitadamente y montó á caballo, dirigiéndose á las baterías de la costa; pero antes de llegar, simultáneamente con los disparos de las líneas fortificadas de los otros lados del cuadrilátero, rompieron las piezas abocadas sobre el rio, un fuego nutrido sobre la escuadra que en combinacion tambien avanzaba resuelta... Entonces miró instintivamente hácia el Norte, único camino que le quedaba franco, y le pareció ver, como Baltazar, sobre aquel cielo que empezaba á inundarse de luz, la fatídica sentencia bíblica que le anunciaba el fin de su despotismo... reflexionó que era necesario tomar sin pérdida de tiempo una resolucion, y al fin retrocedió espantado yendo á ocultar su miedo en casa de Mme. Lynch.

Algunas horas despues, abandonaba pa-

